Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica | 1941 | Sábado 20 de Setiembre | Nos. 17-18

Año XXII — Nos. 921-922

En este número:

Homenaje a Chile

(En el aniversario 131 de su Independencia)

Carta explicativa

Querido don Joaquín:

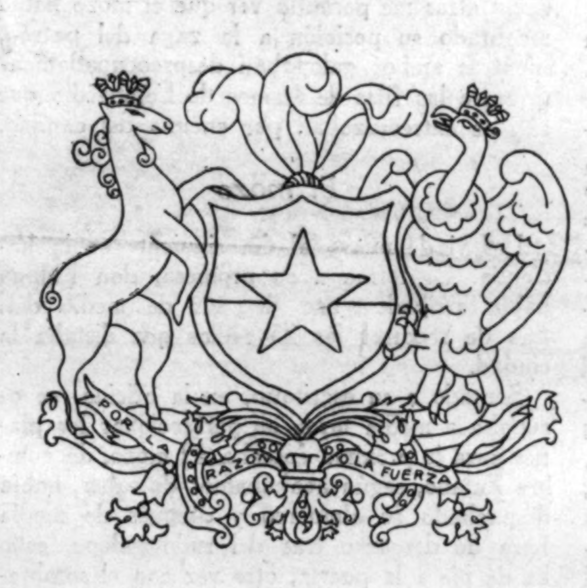
Me apresuro a enviarle con la rapidez que me ha sido posible los materiales que ha tenido a bien pedirme para un número del Repertorio dedicado a Chile.

Desde luego, incurro en numerosas omisiones; pero sólo le mando aquello que tenía más a mano en libros y revistas. Es posible hacer un buen número con estas pocas páginas. En conjunto dan una idea más o menos aproximada de la hermosa tierra chilena, tan digna de ser conocida por todos los americanos.

No conozco nada mejor como introducción a este conocimiento que el capítulo inicial del libro del Dr. Jorge M. McBride, que ha traducido don Guillermo Labarca y publicado la Universidad de Chile. Desgraciadamente dicho libro no ha tenido gran difusión. Así que Ud. contribuirá a ello, insertando el capítulo sobre don Fulano y don Zutano bajo el título tolstoiano de amo y criado que le ha puesto el autor.

Otra nota imprescindible, a mi juicio, en contraste con la anterior, es el fragmento de don Pedro Prado sobre la Ciudad de los Césares, que tanto preocupa la imaginación de los novelistas chilenos. En los últimos tres años se han publicado aquí por lo menos tres libros sobre este mito. El fragmento de Pedro Prado, el extraordinario autor de La Reina Rapa Nui *y de* Alsino, *salió a fines del año pasado en el número 2 de la* Revista Universitaria.

Sobre el Norte del país, donde yace la verdadera riqueza mineral de Chile y donde el roto se ha mostrado en toda su pujanza a través de cruentas luchas sociales, no recuerdo nada mejor que una novela inédita de Ernesto Montenegro. En la imposibilidad de obtener algunas páginas inéditas de ella porque su autor se halla actualmente en Nueva York, me limito a indicarle la reproducción de una amable visión de Pica —un oasis de aquel desierto— que Montenegro publicó hace algunos años en Atenea, *al regreso de su penúltimo*



viaje al Norte. (Yo escribí sobre el autor en la misma revista).

Sobre el gusto chileno por la superchería, le recomiendo muy especialmente una página de Joaquín Edwards Bello, titulada La Adivina. *Esta es hoy una institución nacional en decadencia. Pero hasta hace poco todo un Presidente de la República recurría a tales sacerdotisas. La breve estampa de su ilustre tocayo chileno, dice más que muchos estudios sociológicos. Cuando yo vine por primera vez a Santiago, en 1935, nuestra querida amiga Marta Brunet (si no me han engañado las malas lenguas) se ganaba la vida echando las cartas en un hotel bajo no sé que seudónimo oriental...*

Del libro de Mariano Picón Salas, Intuición de Chile, *vale la pena transcribir las páginas 38, 39 y 40 referentes a los alemanes del Sur. Hechos resientes han venido a confirmar cuanto se dice allí.*

Chile es país de poetas. Sin duda el más famoso y discutido entre los nuevos es Pablo Neruda. Sus seguidores y adversarios suelen beber en la misma fuente de suficiencia, que se llena con facilidad. Pero el propio poeta, por encima del bien y del mal ha declarado en un reportaje estas palabras memorables: "Si yo mismo, Pablo Neruda, no doy la expresión de mi raza, no será porque a mi raza le falte riqueza y cualidades, sino porque mi corazón fue demasiado chico. El primer poeta de Chile está por salir."

Sobre el valle central de Chile, que es maravilloso, he buscado en vano algo definitivo. Sin tiempo de escribirles a D'Halmar, Mariano Latorre o Manuel Rojas (de este último le mando una nota de carácter general; si Ud. tiene recortado algo de los anteriores, inclúyalo) me decido por una evocación de Quillota que ha publicado hace veinte años don Ricardo Rojas en la fenecida revista Síntesis *de Buenos Aires. Póngale al pie la notable frase de Heine que le acompaño, para que se vea que en todas partes es lo mismo y que los sudamericanos no somos tan originales como algunos creen, sino hombres como todos los demás, aptos para el bien y para el mal.*

Unas pocas palabras aún, quiero agregar a propósito del desconocimiento de chilenos y argentinos ilustres, que surge del artículo de Ricardo Rojas. Durante la última década se ha adelantado mucho en sentido contrario. Han pasado la cordillera millares y millares de paisanos de Sarmiento y de Alberdi. Este amigo suyo que reside aquí con ligeras interrupciones, algo ha hecho también, a pesar de las trabas que le han puesto algunos efímeros directores de diarios y revistas.

Last but not least, *le ruego que no olvide la hermosa* Estampa nocturna *de González Vera, uno de los escritores más finos de Chile y un hombre íntegro, que está haciendo una verdadera labor de acercamiento entre los intelectuales del continente.*

Creo que con este material podrá Ud. llenar las 16 páginas del Repertorio *sin autógrafos ni avisos oficiales, a fin de dar el buen ejemplo.*

Quedo como siempre a su disposición para lo que pueda hacerle falta. Mientras, reciba Ud. un gran abrazo con la esperanza de verlo pronto por aquí, celebrando el cuarto centenario de Santiago.

ENRIQUE ESPINOZA

Santiago de Chile.

El patrón y el sirviente

(Es el Cap. I de la obra: *Chile: su tierra y su gente*, por Jorge M. McBride. Versión castellana de Guillermo Labarca H.— Prensas de la Universidad de Chile. 1938).

Los encontré en el camino real, don Fulano y su mozo, el último cabalgando detrás, a respetable distancia. Montaba don Fulano una hermosa yegua mora de gran alzada, algo membruda como caballo de silla, pero muy adecuada para dilatados galopes a lo largo de ásperos caminos. El del mozo era una verdadera jaca campesina, más pequeña, peluda, de tipo montañés, pero excelente viajadora también. Ambos usaban monturas chilenas, de hermoso cuero la del patrón, con el asiento mullido por la piel suave y flexible de algún gran pájaro serrano, los estribos tallados al modo nativo en pesados trozos de madera y sostenidos por una banda de hierro con incrustaciones de plata. El freno, con cabezadas y riendas de limpio trenzado cuero sin curtir, lucía asímismo ornamentos de plata en el bocado y en el frontal. Ambos calzaban espuelas de grandes rodajes. Los aperos del mozo eran más sencillos: sobre los peleros, un burdo casco de madera, y encima, varios pellejos de cordero; riendas y chicote de cuero sobajeado.

Habían partido en las primeras horas del fundo hacia donde nosotros íbamos y llevaban ya varias horas de camino cuando los encontré. Con el sombrero de anchas alas echado hacia atrás don Fulano había doblado sobre el hombro el poncho que todo jinete viste en el país, para dar más soltura al movimiento del brazo y gozar del fresco aire mañanero. Debajo se percibía su elegante traje moderno con pantalones de montar y botas cuidadosamente lustradas. Su cuerpo vigoroso, firme y graciosamente erguido sobre la montura, y la hermosa estampa de su caballo enjaezado, hacían de él un personaje atrayente y viril, de aspecto próspero y dominante. Agudo contraste ofrecía su compañero. Estaba lejos de ser un andrajoso, pero debajo de su poncho groseramente tejido, se advertían sus pantalones mal hechos y la chaqueta exigua de los campesinos; sus zapatos tenían demasiado uso, lo mismo que el veterano sombrero de paño que cubría su cabeza. Estaba a la vista que el mozo pertenecía a una clase diferente. Era recio y musculoso aunque de estatura menor que don Fulano y sus facciones acusaban menos trazas europeas, aun cuando ambos delataban el hilo de sangre araucana de algún remoto antepasado.

El mozo permanecía en silencio, algo retirado, dejando a su caballo ramonear los arbustos que lindaban el camino, mientras Fulano nos saludaba. Desmontó en seguida el servidor, y sombrero en mano trajo unas preciosas alforjas que llevaba detrás de su montura, de las cuales el patrón extrajo la carta de presentación que le habíamos enviado y, mientras nos explicaba las instrucciones impartidas para nuestra recepción, su acompañante las corroboraba respetuosamente con repetidos sí, señor; sí, señor.

Don Fulano nos manifestó cuánto sentía no darnos personalmente la bienvenida en su casa, a causa de que un asunto de suma urgencia que lo reclamaba en la ciudad, de la cual regresaría al día siguiente, expresándonos al mismo tiempo su placer y el de su familia ante la perspectiva de una visita de varios días del amigo de sus amigos. A continuación se despidió de nosotros con un sincero "hasta lueguito" y clavando espuelas a su hermosa cabalgadura, se alejó, en tanto que nosotros continuábamos nuestra peregrinación. Una ojeada hacia atrás me permitió ver que el mozo había recobrado su posición a la zaga del patrón, mientras ambos galopaban despreocupadamente entre las filas de álamos de Lombardía que casi se entrecruzaban por encima del camino.

El mozo

Los vi de nuevo al día siguiente en la hacienda. Conforme a su promesa, don Fulano había arribado poco después de medio día, tras de recorrer las 25 millas que distaba la ciudad.

Sentado a su escritorio, en la oficina, se ocupaba a media tarde en perfeccionar los planes para la próxima cosecha. El mozo, de nombre Zutano, según acabábamos de saber, había despachado su almuerzo y después de media hora de descanso tras del rudo galope, estaba de pie a la puerta, otra vez con el sombrero en la mano, escuchando las instrucciones que el administrador alemán impartía al mayordomo. Recibió asimismo las suyas respecto a la tropa de cabalgares medio salvajes que debía bajar desde los pasturajes de verano en la montaña y tenerlos listos para pisotear el grano en la era. A veces intervenía en la conversación, ofreciendo algunos informes sobre cuál campo estaba más maduro o sobre cuántos hombres podrían extraerse de entre los vaqueros para el período de la cosecha.



(Cuadro de *Laureano Guevara*).

Era diez años mayor que el patrón y durante la infancia de éste había sido con frecuencia su guardián y compañero, hasta que ya crecido, aquél llegó a ser el dueño de las propiedades de la familia. El padre y el abuelo de Zutano habían nacido en la misma hacienda. De igual modo, la familia de su madre viviera en algún sitio distante, dentro del mismo fundo, por tantas generaciones como podían recordar, y en consecuencia, todos ellos tenían un interés en el trabajo enormemente mayor que el que deberían en relación con la magra compensación que del mismo obtenían. Parecía una parte de sus vidas, y como sus vidas eran también parte del trabajo, aun cuando sabían bien—sin detenerse nunca a considerarlo—que no les pertenecía una pulgada de tierra ni participarían de un céntimo de los productos. Esto nada importaba, ya que de todos modos eran parte de la hacienda y ésta les pertenecía a su vez tanto como a la familia misma del patrón. Con el celo nacido de tan largas relaciones y con una libertad que aunque siempre respetuosa, no dejaba de admirar a los visitantes extranjeros, Zutano y muchos de sus compañeros de trabajo intervenían en la dirección de la hacienda.

Esta tarde, fuera de las instrucciones generales, nada más fué necesario. Don Fulano había estado fuera la mayor parte del año y las labores quedaron a cargo del administrador y mayordomos. Terminados esos detalles, se advirtió a las visitas que había llegado la hora del té.

La familia del patrón

Acompañados del administrador, seguimos al propietario hasta el comedor de las casas, mientras que los trabajadores, avisados por medio de la campana del fundo, iban a recibir su ración de harina tostada y de galleta campesina.

Esperábamos una simple taza de té servida

a la manera inglesa, pero nos encontramos con una larga mesa sobre la cual se esparcía una gran variedad de frutas, cakes, quesos criollos, melones y confituras, a la vez que se nos ofrecían varias clases de bebidas chilenas. Presidía la señora, la gentil esposa de don Fulano, en tanto que la familia de ocho hijos escalonados entre cinco y veinte años, ocupaban sus respectivos sitios. Una institutriz francesa completaba el grupo. Varias sirvientas asistían a la señora, o cuidaban a los niños menores. La conversación se mantenía en tres idiomas y aún el alemán era ensayado a veces en tono de broma, por alguno de la familia, cuando se dirigía al administrador. Prevalecía en la mesa una cortesía refinada, excepto cuando alguno de los chicos creía necesario alzar la voz para ordenar a alguna de las sirvientas que tardaban en servirlo.

Una vuelta por la hacienda

Mientras tanto Zutano, después de haber engullido su sencillo alimento, se ocupaba en alistar los animales para la cabalgata que se nos había ofrecido, a fin de visitar una de las secciones cercanas del fundo. Lo encontramos en el patio, a la sombra de un ampuloso castaño, cuidando media docena de caballos, cuyas riendas permanecían atadas a las ramas inferiores.

Don Fulano montó un vigoroso y bien delineado potro de evidente sangre árabe y nos condujo a través de un laberinto de graneros, corrales, silos y cobertizos; atravesamos en seguida un huerto de perales que nos mostró con gran orgullo y seguimos durante varias millas por un camino interior del fundo, orillado de eucaliptus; llegamos así frente a extensos potreros de alfalfa, donde pastaban docenas de vacunos, y por último, al pie de una colina desde donde se divisaba una extensión de muchas millas cuadradas.

Atravesamos muchas puertas de golpe y al aproximarnos a cada una, se adelantaba don Zutano para abrirla y mantenerla mientras nosotros pasábamos. Una de las veces, un hijo de don Fulano, de 14 años, intentó realizar este pequeño trabajo, pero el padre le advirtió en tono perentorio que dejara esa tarea al mozo. A veces don Fulano, girando sobre su montura, lo interrogaba sobre algún detalle concerniente a la labranza, y obtenía siempre la misma respuesta: sí, señor; sí, señor. Cuando llegamos a la senda que conducía al mirador que buscábamos, Zutano espoleó su caballo para tomar la delantera y servirnos de guía, escogiendo el mejor camino, rompiendo alguna rama que lo obstruía y desmontándose a veces para quitar de la senda un tronco o una piedra. Por último, cuando arribamos a un sitio demasiado pendiente, aun para las seguras patas de nuestros caballos, se bajó rápidamente y arrojando las riendas al suelo a la manera de los cowboys, se apresuró a mantener nuestros animales mientras trepábamos a pie hasta la cumbre rocosa de la colina. Nuestro huésped había traído un rifle con la esperanza de disparar sobre algunos zorros que estaban cometiendo perjuicios en los gallineros, pero el arma había sido confiada al mozo, y un par de esos animales pudieron ponerse en salvo sin dificultad antes de que el rifle llegara desde la retaguardia.

Al regreso a lo largo de un camino semipúblico que atravesaba la propiedad, pudimos ver las casas de los inquilinos enhebradas como cuentas a ambos lados. Don Fulano se detuvo frente a una de ellas, explicándonos que uno de los niños del mozo que nos acompañaba, se había quebrado un brazo y desconfiaba de la atención que había podido prestarle el curandero. En la comitiva iba un médico y se prestó gustoso para examinar al enfermo y ver qué otra cosa requería. Zutano se convirtió en huésped al punto. Llamó a un desarrapado muchachito que haraganeaba en el camino para que cuidara los caballos y nos condujo a través de un portillo en la cerca de zarzamora hasta el patio, apresurándose a traer algunas rústicas sillas de fabricación doméstica, mientras don Fulano, sin esperar a la madre que se disculpaba de recibirlo en esa forma, se inclinó para avanzar hacia el oscuro interior del humilde rancho de carrizo. Saludó al muchachito amigablemente, al mismo tiempo que le echaba una semi-reprimenda para que no fuese tan atolondrado en el futuro, y después de observar personalmente el brazo, interrogó al doctor sobre si estaba debidamente soldado, y como encontrara que la curación estaba bien hecha, a pesar de lo mucho que dejaban que desear las vendas en cuanto a limpieza, dió algunas instrucciones a los padres, mirando alrededor, y volvió al camino.

Historia de la vida del mozo

Despierto mi interés por el patrón y el sirviente, traté de obtener cuantos datos pude concernientes a la vida de cada uno.

Ambos nacieron en el fundo. El último no había vivido nunca en otra parte y escasamente había estado fuera por más de un par de días. Hijo de inquilino, empezó a trabajar a los siete años como niño de los mandados en la casa del patrón; a los diez había ascendido a pastor de ovejas y ejercía su oficio cotidiano al pie de las colinas cercanas, excepto en los meses de verano, cuando en compañía de otros ovejeros apacentaba el ganado durante la estación en los pasturajes andinos, próximos a la línea de las nieves en constante retirada. En esas ocasiones aprendió a luchar con los grandes cóndores que de continuo revoloteaban en pausados círculos, al acecho de poder atrapar un corderito y hasta algún carnero ya crecido; hubo veces, asimismo, en que tuvo que encarar algún puma que amenazaba por las noches los corrales. Aprendió, por último, a ser un buen jinete, a conocer cada senda a través del valle o la montaña, a descubrir dónde se encontraban las mejores pasturas, a hurgar los secretos del tiempo en forma de anunciar la tormenta venidera, a conocer las virtudes y usos de cada planta, así fueran yerbas, arbustos o árboles. Y entonces su educación estuvo casi completa. Durante su niñez no había escuela en el fundo y la aldea más cercana distaba muchos kilómetros, y así llegó a la edad viril sin haber tenido oportunidad—poco necesaria, por lo demás—de aprender a leer y escribir. Era, pues, un analfabeto, pero estaba lejos de ser un ignorante; antes por el contrario, era un hombre muy versado en todos los conocimientos propios de su pequeño círculo, aun cuando casi nada sabía de lo que existiera más allá de los límites de la comarca donde residía. Su experiencia de los negocios públicos consistía en dos incidentes. Una vez, junto con muchos otros inquilinos, tuvo que ir a la ciudad a votar en unas elecciones. Para el efecto hubo primero de aprender trabajosamente a escribir su nombre, a fin de estampar su firma sobre una hoja de papel, en el sitio que le indicaron. Años después tuvo que aprender de nuevo la misma lección con el objeto de ganar algunos pesos ofrecidos por un candidato a municipal. Igual había sido la existencia de su padre, de su abuelo y de tantas y tantas generaciones precedentes. Ninguna había conocido otra condición que la de inquilino hereditario.

La carrera del patrón

Don Fulano comenzó su vida aprendiendo a mandar. Casi antes de que supiera hablar o balancearse en sus primeros pasos, supo ya imponer su voluntad en la mayor parte del círculo que lo rodeaba. Del alba a la noche algún servidor lo atendía. Aprendió a amar y respetar a sus padres y pronto se dió cuenta que sólo eran sus pares los hermanos y hermanas de su larga familia; fuera de este grupo, su voluntad era ordinariamente la ley. Ninguna tarea le fué impuesta; otros hacían siempre cuanto él necesitaba y, en una palabra, actuaba como un pequeño rey de su pequeño mundo, así fuera en el campo o en su casa de la ciudad donde residía la mayor parte del año. Algo cambió la situación cuando a temprana edad, fué matriculado en un colegio particular. Un sirviente lo acompañaba todas las mañanas y lo aguardaba todas las tardes, al final de la jornada, llevándole los libros durante el corto trayecto que los separaba de la casa. En la escuela, sin embargo, encontró que el mundo escolar no estaba totalmente sometido a sus órdenes, lo que le produjo alguna pena y dió margen a varios choques más o menos agrios con sus profesores—

sacerdotes en su mayor parte—y sus condiscípulos, hasta que poco a poco pudo medir el límite hasta donde podía imponer su voluntad.

Hasta los veinte años la mayor parte de su vida la había empleado en aprender, primero bajo la guía de la institutriz en la ciudad provinciana, luego en la escuela sacerdotal, más tarde en la capital, donde también había una residencia de la familia, y por último, durante dos años de estudios en Francia. Su educación se había consagrado principalmente a ramos de artes y letras, sin haber estudiado nunca agricultura ni una palabra de administración. Durante esos años pasaba siempre las vacaciones en el campo con su padre, familiarizándose así con algunos de los problemas concernientes a la finca. Jamás había realizado un trabajo con sus manos, tales como revolver una palada de tierra, coger la mansera, lechar una vaca o conducir una yunta; a lo sumo aprendió cómo ensillar y poner el freno a su caballo, sin ayuda del mozo. Su preparación y sus experiencias sólo lo habían capacitado para dirigir y mandar, y aun para esto su habilidad se basaba en exiguos conocimientos de algunos detalles prácticos.

Al término de su período adolescente siguió irregularmente algunos cursos de derecho que sólo sirvieron para ponerlo en contacto con las actividades políticas y pronto la influencia de su familia y amigos, como asimismo el prestigio de su riqueza, le proporcionaron rápidos progresos. Ocupó así numerosos puestos públicos, tales como intendente de provincia, diputado; y luego, senador por una de las provincias donde su parentela poseía gran influencia. Una vez había formado parte de una comisión internacional destinada a solucionar un conflicto de límites, lo que lo condujo a Europa, donde permaneció varios años rebuscando archivos y documentos concernientes. Acompañábalo su familia y una pequeña comitiva de secretarios y criados.

Su esposa estaba entroncada con la propia familia y su herencia lo hizo propietario de una segunda hacienda, no muy distante de la primera. Trató de supervigilar una y otra o ambas en épocas de siembra o cosechas, pero ello no fue siempre posible y por lo general las propiedades quedaban a cargo de los administradores. Don Fulano era, pues, habitante de la ciudad mejor que del campo, un caballero hacendado más bien que un agricultor. Otro tanto hizo su padre, y asimismo, las generaciones anteriores, remontándose a lo largo a cuatrocientos años de orgullosa genealogía, hasta el conquistador que constituía el tronco primitivo y a quien la corona de España había donado las tierras que formaban hoy todavía la propiedad familiar.

Las dos clases de la sociedad chilena

Estos dos caracteres, don Fulano y su mozo, son figuras ficticias a las cuales he dado un nombre. Su descripción es la resultante de muchas personas observadas durante una larga permanencia en Chile. Este procedimiento se ha inspirado en la conocida historia de Tolstoy sobre los antiguos tiempos de Rusia y de allí mismo proviene el título de este capítulo.

Estos hombres representan las dos clases tan distintas que han formado la sociedad chilena durante varios siglos. Hasta hace poco no había otras clases sociales.

Existía, pues, una aristocracia dueña de la tierra, bien educada, de alta cultura, casi siempre con experiencia europea, que mantenía el control de la vida nacional; y completamente separada de ella, otra clase más baja, a la cual se designaba con una mezcla de desdén y afecto, con el nombre de **rotos** y que formaba el inquilinaje permanente de las propiedades rurales. Esta denominación de origen claramente agrario, se ensanchó después abarcando la estructura social de la población entera y dándole un molde a la nación.

Eran muy pocas las familias en todo el país cuya ubicación en la vida colectiva no estuviese determinada por esta clasificación. Aun aquellas que no tenían relación alguna con los asuntos rurales, se agrupaban del mismo modo. Cualquiera que fuese la ocupación de un hombre o donde quiera que residiese, pertenecía a una u otra de las dos clases: era amo o criado. Los trabajadores eran descendientes y pertenecían al grupo de los rotos. Los comerciantes—excepto los extranjeros o los de especial carácter—, los que ocupaban los ínfimos puestos de la administración pública, aun algunos de rango profesional, provenían y eran considerados como pertenecientes a la clase baja. Los señores de la tierra casi nunca se ocupaban en el comercio o las industrias; sus miembros mantenían, no obstante, el control del sistema bancario y desempeñaban altos cargos en las grandes empresas mineras o comerciales. En esta clase se reclutaba asimismo, la mayor parte de quienes se consagraban a las profesiones intelectuales, y de aquí provenía el clero, el profesorado universitario, las lumbreras literarias, los artistas, abogados, médicos, políticos y estadistas. Era una clase de holgados medios, cuyos miembros se dedicaban a tales actividades, más bien por diletantismo que por necesidad de ganarse la vida.

La diferencia entre ambos grupos no radicaba solamente en la riqueza. Algunas de las estratas inferiores, por medio de excelentes negocios, lograban amasar grandes fortunas y no obstante, no lograban incorporarse a la clase directora. Por el contrario, sujetos de las viejas familias aristocráticas descendían a veces hasta caer en la miseria, pero esto no les hacía perder su sitio aun cuando permanecieran como allegados al hogar de algún pariente rico o que a través de sus conexiones familiares, lograsen alguna sinecura en los negocios públicos. Raramente, sin embargo, descendían tan bajo que fueran obligados a participar en las ocupaciones de las capas inferiores.

Tampoco radicaba esta diversidad de los grupos en diferencias radicales. Ambos derivaban de la mezcla de sangre española y araucana y de ello se jactaban por igual. En las dos clases aparecían individuos que mostraban a las claras rasgos de una u otra raza. Por lo general, los inquilinos descendían más directamente de los indios que ocupaban el país antes de la conquista, en tanto que muchas de las gentes distinguidas acusaban claras muestras de su ascendencia europea, pero todos se decían chilenos, hablaban la misma lengua y no hacían caudal de diferencias étnicas.

Así, pues, la estructura social de Chile se estabilizó sobre bases agrarias y la vida entera de la nación hubo de moldearse en relación con la tierra. Los dueños de ella mandaban, y a los que nada poseían correspondía obedecer. La condición de cada cual estaba determinada por el hecho de poseer o no poseer una hacienda, o al menos formar parte de una familia terrateniente. Posición social, ocupación, oportunidades, dependían principalmente de tal circunstancia. Habilidad, grado de educación, éxito en cualquier sentido, aun la adquisición de riquezas significaban menos que el hecho de haber nacido en el círculo de quienes monopolizaban la tierra y sus productos. **El privilegio de la cuna** era el factor decisivo.

He aquí, pues, un país del nuevo mundo con la organización social de la vieja España, una comunidad del siglo XX que aun conserva la organización feudal; una república basada en la igualdad de sus ciudadanos y no obstante, con una aristocracia de sangre azul y una clase servil absolutamente separadas, a semejanza de cualesquiera de las monarquías europeas. Tal ha sido la situación existente a través de la historia de Chile y es esta herencia social la que constituye el fondo de los problemas del presente.

Analizar esta perspectiva agraria y su influencia en la vida chilena es el propósito del presente estudio.

JORGE M. MCBRIDE

La madre: obra maestra

(*La Nación*. Buenos Aires, 8. setiembre. 1940)

El amor de la madre se me parece muchísimo a la contemplación de las obras maestras. Es magistral, con la sencillez de un retrato de Velázquez; tiene la naturalidad del relato en la "Odisea", y también la familiaridad, que parece vulgar, de una página de Montaigne. No hay dramatismo histérico ni alharaca romántica en los días de la madre. Su vivir cotidiano corre parejas con la de una llanura al sol: en ella, como en el llano agrario, la siembra y la cosecha se cumplen sin gesticulación, dentro de una sublime llaneza.

A nadie le parece maravilloso que la mujer amamante. El amor material, al igual de la obra maestra, no arrebató a su creadora, ni asusta, por aparatosa, a su espectador. Aquel bulto doblado de palmera de leche, que se derrama sin ruido dos horas al día, no se nos ocurre que sea asunto de dolor. Pero recordemos al indiferentón que pasa sin mirar a la doblada que esa leche no es cosa aparte de la sangre, que es la manera que la sangre inventó en la mujer para sustentar, y el que no había parado mientes tal vez se quede un poco azorado... La sangre de él se dió algna vez en préstamo a un enfermo, pero nunca se regaló diez y ocho meses y de este modo admirable.

Nadie se asombra tampoco de que la madre tenga desvelo y goce sólo la mitad de su noche. El hombre ha hecho vigilia de soldado en un cuartel o tuvo noches de pescador en alta mar o ha cumplido el velorio de sus muertos algunas veces en su vida. El desvelo de la madre le parece cosa normal, como la pérdida de la luz a las seis de la tarde; y es que, sin saberlo, el varón asimila el dolor de la mujer a cualquier operación de la naturaleza. Lo turbaría sólo el que las madres, al fin cansadas, rompiesen la cuerda de su costumbre. Pero no se cansan la llanura nutricia ni la mujer; aquel cuerpo, al que llaman flaco, de poco hueso y poco músculo, y que se cree hecho para el trabajo mínimo o para las fiestas del mundo, resiste como el junco o la vara de vid al peso y a la podadora del dolor.

El espectador mira tranquilamente también a la madre del hijo loco o del degenerado. Aquella paciencia que se aproxima a la de Dios, la carencia en esa criatura de toda repugnancia; el que aquella mujer sea capaz de amar a su monstruo, no como al hijo cabal, sino mchísimo más, todo esto se contempla sin asombro. Y, sin embargo, lo que vemos en una especie de aberración, el "milagro puro". Escribir la "Ilíada" en unos años o esculpir en semanas la cabeza de Júpiter vale mucho menos que enjugar día a día la baba del demente y ser golpeada en la cara por el loco. En madres de este género yo he visto momentos que no sé decir y que me dieron calofrío, porque me pareció tocar los topes de la naturaleza y ver el punto en el que la carne se abre y muestra por el desgarrón un fuego que ciega, el del Querubín ardiendo, que en el cielo representa al amor absoluto.

Y sin ir tan lejos como en lo contado, sin apurar la desventura, acordémonos del hecho corriente de la mujer que cría hijos mediocres, guardando la actitud que tendría la madre de Marco Aurelio o la de San Agustín.

El cosa de verle el primor con que sirve el desayuno de su rey bueno para nada; cosa de gozarle el cuidado que pone al peinarlo y vestirlo, usando en el hijo la coquetería que antes puso en ella misma. Y es inefable segirle el encantamiento en que vive su día entero, alindando su cuarto, alisando ropas estrujadas y volviendo válido lo viejo. ¡Qué ingenio gastado en su pobre diablo! Es siempre menos fantástico el engaño del que juega sin saberlo con polvo de oro que el engaño del otro que exprime el barro bruto, tomando por un fogonazo de diamante el relumbrón de la mica... La madre del hijo necio se siente tan favorecida como la madre de San Juan de la Cruz. Ella no creerá nunca en que la naturaleza la engañó, en que ella fué burlada por el Destino, en que está regando la higuerita estéril, que no echará ni sombra a su espalda, porque ya está comida del gorgojo.

La madre del inútil ignora su fracaso, y ¡ay del que quiera volverla lúcida! De su pecho cae sobre el infeliz un chorro de luz que lo hace relumbrar; la fuerza que canta en su propia sangre le afirma que el hijo es fuerte. Si leyó mitologías, su hijo será Hércules, y si oyó contar "Vidas" su hijo será Marcelino Berthelot, de no ser Marie Curie... Testaruda santa, ojo con viga de oro, caracol de música que oye siempre un coro que canta, por más que sólo ella lo sienta...



(Escultura en piedra del costarricense *Francisco Zúñiga*.)

Finalmente, a nadie deslumbra la pasión de la mujer por el hijo, aunque sea la pasión que más dure. Veinte, sesenta años está en pie, y esto no lo produce la mera naturaleza: el frenesí del viento no dura mucho y el fervor de la cascada a ratos se relaja; la pasión del animal, más flaca que la de los elementos, vale menos aun, ya que no va más lejos que la estación. La madre rebasa lindamente la naturaleza, la quiebra, y ella misma no sabe su prodigio. Una pobre mujer se incorpora por la maternidad a la vida sobrenatural y no le cuesta—¡qué va a costarle!—entender la eternidad: el hombre puede ahorrarle la lección sobre lo Eterno, que ella lo vive en su loca pasión. En donde esté, viva o muerta, allá seguirá haciendo su oficio, que comenzó en un día para no parar nunca. La hora en que nació su hijo, ella cogió los remos del forzado y se echó a un viaje perdurable. Se me ocurre que en el cielo de las madres ha de haber una lonja donde no existe la libertad, donde dura la servidumbre, sólo que más gozosa de la que ellas vivían sobre el cascarón terrestre.

El cariño materno tiene el mismo absurdo del amor de Dios por nosotros. Vive, alimentado o abandonado; no se le ocurre esperar "retorno" y apenas para mientes en el olvido. La zarza ardiendo asustó a Moisés; pero a ningún hijo le turba esta otra zarza que, al lado de él, se quema sin soltar ceniza, sin ralear la llama, ancha y alta como la hoguera que da la ceiba cuando sube entera.

Preciosa criatura que vive la gracia del genio dentro de una rasa naturalidad. El genio le cayó al pecho, no a la frente, pero bajó en un torrente más cálido que el del genio intelectual (luz de luna que a veces no fecunda cosa que valga), y este genio se transfiguró en ella en humildad, matando el orgullo que en el hombre es la costumbre genial.

GABRIELA MISTRAL.

Río de Janeiro, agosto de 1940.

La adivina

(De *La Nación*. Santiago de Chile, 14 de abril de 1940.)

La vista de películas modernas y la lectura de novelas parisienses le habían volado un poco la cabeza. En la juventud es casi una obligación perder un poco la cabeza para volver a encontrarla en seguida y recomenzar. Las vastas y desnudas salas del casino municipal le vieron ganar dinero algunas veces, lo cual coincidió con el revoloteo de amigotes y hermosas muchachas a su alrededor. Después, la suerte se volvió; comenzó a perder sin remedio; bastaba que apuntara a un número, al punto 0 a la banca, para que se diera la contraria.

Pocos remordimientos igualan al del jugador fracasado cuando recuerda el dinero que ganó y cuánta cosa pudo hacer con él. El valor del dinero, dentro de la atmósfera caldeada del casino, es uno; en la calle es otro; el aire del mar nos dice la verdad.

Sebastián había perdido hasta la última ficha y se dedicaba a mirar el juego de un nuevo rico oriental, de rostro color tabaco y manos velludas. Jugaba como hombre para quien se hizo el dinero: lo mandaba, lo dirigía y parecía que lo despreciara; cuando acertaba grandes jugadas, lejos de repartir el dinero a los mirones sin esperanzas, le daba por azotar una ficha de cinco mil en el tapete al mismo tiempo que ordenaba: "Para los empleados". Gentes humildes de Valparaíso miraban con ojos desorbitados las manos velludas del oriental, que en cada pase se jugaba el dinero equivalente a los sueldos de medio año, a la dote de una hija, al precio de una casa, según fuera la "parada".

Como todo jugador sin chapa, Sebastián se transformaba en filósofo. En esos momentos se le aparecía a lo vivo la estupidez de los jugadores y del mundo en general. El espectador de las salas de juego, el crupier y las mujeres, sobre todo, son personas de juicios simples y someros; para sus ojos el jugador ganancioso asume contornos de superhombre. El perdedor, en cambio, merecerá el mote de incauto. ¡No sabe jugar! Acertar es la prueba auténtica de talento tangible alrededor del tapete de color de alfalfa, donde pace ilusiones el rebaño de puntos; por consiguiente, el pobre Sebastián quedó reducido a la ínfima ralea de mirones. No había más remedio que retirarse para continuar las observaciones en la terraza.

La temporada de juego estaba en pleno vuelo. Sebastián, admirablemente vestido mediante las ganancias de otras ocasiones, rectificó la postura dorsal, estiró los músculos y esparció la mirada dominadora de sus buenos tiempos por la terraza donde se daba cita lo mejorcito de esa "pepiniere" de nuevos ricos que se llama la Ciudad Jardín. El aire marino le acusaba de imprevisor y vicioso. Las mesitas aparecían ocupadas por el público frívolo de las vacaciones: argentinos dudosos; madres casamenteras; jugadoras de oficio; snobs criollos, aficionados a parlar el "talky talky", aprendido en Mac-Kay; santiaguinos y santiaguinas de aires importantes. Sebastián saludaba a todos lados. Podía jactarse de ser un simpático y de conocer la gente en boga hasta en sus detalles caseros. La mañana siguiente partiría a Santiago. ¡Uf! La Ciudad Jardín; la pepiniere de los snobs; la flor en el ojal de Valparaíso. Estaba harto de todo. ¡Al diablo el casino, las fichas, el turco, los crupieres! "Voy a dormir", se dijo. "Necesito un buen reposo".

Pedía el sombrero para salir, cuando vió a esa dama francesa aparatosa que venía directamente hacia él. Se trataba de una de tantas conocidas de las mesas de juego. ¿Madame... cómo? Ya no recordaba. De edad incierta... las francesas no envejecen... admirablemente vestida siempre... un tipo algo novelesco de femme vampire... Sonrió y se saludaron.

—¿Se marcha?

—A Santiago. Desfondado.

—Es posible? Es que usted pide mucho al tapete y eso no resulta.

Le vi jugar algunas veces... quiere llevárselo todo.

De pronto la dama le miró en los ojos, varió bruscamente las ideas y le dijo:

—Noto en el fondo de sus ojos algo así como una desesperación, una amargura grande.

Sebastián notó que la extranjera le escrutaba hasta el fondo del alma y le veía la verdad. Se ensombreció.

—Sí, sí, volvió a decirle. Usted ha vivido presa de la agitación, de la inquietud. Se encuentra en la curva peligrosa...

—Es verdad, dijo Sebastián, recordando. Me han dicho que es usted adivina.

—Es verdad. Lo soy de oficio. Vivo en Buenos Aires y he venido a descansar entre las flores y las montañas.

—¡A descansar!—exclamó Sebastián. ¿Acaso es posible descansar? Pero diga: ¿Es adivina en efecto?

—Soy adivina de oficio, pero no adivino nada. ¿Por qué había de adivinar? Las gentes me tomarían miedo si fuera tan odiosa como para decirles la verdad de su destino. Yo les dijo naderías, les forjo ilusiones. ¿Entiende?

—¿A eso le llama usted forjar ilusiones? ¡Me llamó amargado y sin brújula!

—Con usted es diferente, explicó la madama.

—¿Diferente?

—Sí. Vamos a un rincón apartado. Soy más vieja de lo que parezco. No se trata de una declaración, no tenga miedo.

Sebastián iba de asombro en asombro. ¿Qué le quería esa mujer de maneras tan francas y bizarras?

—Verá. Usted conoce a toda esa gente de Viña del Mar... ¿Verdad?

—Y la de Santiago.

—Conformes.

Le agrada jugar. El dinero le atrae y se ha colocado precisamente en el sitio donde es más difícil atraparlo: el tapete. ¿Por qué no se ha colocado precisamente debajo de un grifo auténtico, de oro?

—¿Un grifo de oro?

—Sí. Nos inundaremos de oro. Tendrá dinero: las chicas de Viña y de Santiago correrán tras de usted. Más vale enamorarse de las mujeres que de las cartas. Las primeras parecen ser tiranas y a veces lo son, pero las segundas son siempre diabólicas. Las dos... no, no, nada de amores, soy vieja... Los dos haremos una sociedad para ganar dinero. Yo le necesito a usted.

—¿A mí? ¿Para ganar dinero? No comprendo nada.

—Sí, señor, continuó la francesa... he instalado aquí, en la calle de las Buganvilias, un pabellón de adivina. Mañana aparecerán los anuncios en la prensa: "Olimpia D'Avigny, tirense de cartes parisienne". Aquí es mejor así, un nombre de guerra, en francés. Es muy sencillo. Usted conoce a todo el mundo...

—Bueno, ¿y qué?

—La persona deseosa de conocer su destino será introducida en el salón oscuro. Nosotros permaneceremos en la sala contigua, detrás del pesado cortinaje de terciopelo negro. Entonces usted me contará lo que sabe de la visitante: sus gustos, sus amores, sus aventuras, su marido... Yo arreglaré el resto, cuando levante el cortinaje y me presente.

—o—

En Viña se habló mucho, durante la temporada de baños y de ruleta, de la maravillosa Olimpia D'Avigny.

Las damas de la mejor sociedad, los políticos, las chicas del Crillón, los inglesados de la calle Condell, iban a pedir un turno, a implorar que les recibiera. La calle de las Buganvilias se hizo estrecha: carruajes de diversa categoría esperaban pegados a las aceras. La fama de la adivina francesa rebalsó a la capital.

Sebastián entró una tarde a la sala del punto y banca. Su cartera parecía nuevamente inagotable. La señora del general Tobalaba y sus hijas, Maruja y Chepita, se acercaron a saludarle.

—¿No fué a ver a madame D'Avigny?—preguntó la señora de Tobalaba. Es fantástico. Figúrese usted que acaba de llegar de Buenos Aires, no conoce a nadie, apenas habla castellano, y me ha dicho la profesión y el nombre de mi marido, la edad de mis hijas, el estado de nuestros negocios y...

Los ojos de la señora de Tobalaba se entornaron como si escuchara una armonía extraterrena.

—Y... me ha dado una noticia triste... Parece que voy a enviudar...

Sebastián sonrió. Era el truco de Olimpia D'Avigny para agradar a las damas. Se lo decía siempre que fueran casadas.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

El ejemplo del P. Matías

El P. Matías decía misa por las tardes. Además todas sus misas eran con sermón. En los sermones no hablaba de la liturgia; prefería explicar en ellos cosas relativas a la injusticia de los hombres. La iglesia donde oficiaba se llenaba de gente; es decir, de indios. Los ricos se quedaban en casa murmurando. A los que le llamaban la atención por su conducta contestaba:

—Has de saber que para esto tengo permiso del señor Obispo.

Las limosnas que recogía para el culto las repartía entre los indios.

A los que pedían explicaciones por esto, decía;

—Has de saber que el P. Matías le dió permiso al P. Matías para hacer la caridad del mejor modo posible.

(E. Abreu Gómez, *Canek*. México. 1940).

Quillota (*)

(De *Síntesis*, Buenos Aires. Año II, junio de 1928, Nº. 13)

Para los turistas que parten de Santiago a Viña del Mar, ansiosos de llegar a la ribera, Quillota es apenas el nombre de una estación sobre el camino. Para los chilenos, Quillota es una aldea rutinaria, desprovista de motivos estéticos que justifiquen un viaje hasta ella. Para mi, en cambio, Quillota era una ciudad de leyenda, por haber Alberdi escrito allí contra Sarmiento las formidables epístolas que llamamos *Las Quillotanas*, precisamente por el sitio en que las escribió.

Cuando algunos amigos chilenos oyéronme decir una tarde en la redacción de *El Mercurio*, que deseaba visitar este pueblo, todos me desanimaron, asegurándome que carecía de interés.

—Para mí lo tiene—respondí.

—Para U.? —Y por qué?

—Porque allí vivió Alberdi durante una época decisiva de su vida.

—Es un noble motivo —me observaron—, pero no es suficiente para ir a padecer malos hospedajes. Allí no van sino viajantes de comercio y agricultores de la región.

—Me bastaría estar allí unas horas, para poder decir que he estado en ella, y que Quillota, como la Mancha, existe...

Pocos días después realicé mi propósito. Un rápido mañanero que corre de Valparaíso a Santiago, me llevó en una hora desde Viña a Quillota, y volví en el rápido de la tarde, que regresa de Santiago al balneario del mar.

Quillota existe, puedo afirmarlo ahora: existe la ciudad que Alberdi hizo famosa en la Argentina, por haber datado allí sus cartas contra Sarmiento, después de la caída de Rosas y su sistema.

Pero qué digo? Sarmiento mismo estuvo en Quillota el año 1842 y la describió en *El Mercurio* de Valparaíso, fingiéndose un turista norteamericano. Hizo el viaje a caballo desde el puerto; pasó por el Almendral, el Cerro Alegre, el Campo de las Siete Hermanas, el valle de San Pedro, y una hora después su cabalgadura entró en la aldea del verdegueante quillotano.

"Es Quillota —dice Sarmiento— una población reducida, con poca extensión y contadas habitaciones en derredor de la única plaza que tiene; la mayor parte de sus habitantes reside en un arrabal llamado la calle Larga que se prolonga por más de dos leguas, alineadas por ambos costados las habitaciones mezquinas, pero que abrigan en cambio mujeres lindísimas que por lo general ostentan en su fisonomía y sin el triste auxilio del arte, la bella mezcla de los colores de la azucena y de la rosa. El clima es delicioso, dando, por su temperamento ardiente en el estío y benigno en el invierno, crecimiento y sazón a varios árboles de los trópicos; el aromático chirimoyo y el verde lúcumo mezclan sus follajes con el naranjo y el limonero, cuyas frutas gozan de merecida reputación por su exquisito refresco en todo el ámbito de la república; y aunque los primeros no podían brindarnos sus frutos, los reemplazan con ventajas las manzanas camuesas que esceden en bondad a todo lo que en otras partes he gustado."

El artículo de Sarmiento (que puede verse en tomo primero de sus *Obras*, tan henchido de substancia chilena) describe luego el origen de esta ciudad, sus fiestas sociales, sus prácticas religiosas, uniendo a la pintura la crítica, con esa mezcla de ingenuo romanticismo y de propósitos sociales que entonces procuraba realizar en sus escritos.

Ochenta años después que Sarmiento, he realizado yo mismo su itinerario; pero en ferrocarril, como él lo hubiera deseado. El camino ha cambiado un tanto, en población, en nombres, y en cultivos. ¿Cuál es el Cerro Alegre de antaño? ¿Cuál es el Campo de las Siete Hermanas, donde apretaba el corazón del caminante una leyenda de bandidos?... Por aquel entonces Viña del Mar no existía, ni eran tan extensas las hoy famosas viñas de Limache. Cuando el tren ha pasado este lugar, el panorama se abre en un anfiteatro de altas serranías, y el convoy entra por lo que debió ser la antigua calle Larga, entre quintas que sazonan el aire con el perfume de las más sabrosas frutas. En la estación, las vendedoras se acercan a los coches ofreciendo manojos de flores en sus canastillas, suculentas ciruelas, carnosos priscos, refrescantes peras de agua.

Salí de la estación para recorrer al azar las calles del pueblo, las calles angostas y rectas, las manzanas cudrangulares, las casas bajas, con aleros de teja, según el aspecto de las viejas villas hispanoamericanas. El ámbito era silencioso y de una dulce tibieza; el cielo, intensamente azul; las montañas aparecían al fondo de las calles, con sus moles obscuras. Las gentes iban a pie, bajo el dorado sol de la mañana; unas mujeres, con la canasta al brazo, volvían de hacer sus provisiones; otras, con el manto a la cabeza, volvían de oír su misa. ¿Era Jujuy, acaso? ¿Era el antiguo Tucumán? Quizá vino Alberdi a recogerse en este pueblo, porque encontraba en él un ambiente análogo al de su aldea nativa... La montaña ataja aquí las brisas de la costa; cálidas aguas fertilizan el valle; prosperan en la atmósfera húmeda las naranjas y las chirimoyas; los patios se cubren de lujuriantes helechos y jazmines embriagadores; la carne femenina se macera en ensueños de misticismo y sensualidad. Algo de todo ello descubrió Sarmiento, en rápida visión, con sus ojos de artista. Mucho de todo ello debió sentirlo Alberdi cuando aquí viniera hace ya tantos años.

Yo había querido ir a Quillota, en edad en que aún sentía estas emociones, sin cartas de presentación, y a nadie conocía en el pueblo. Había caminado a la aventura por la calle principal y por el suburbio, viendo acá la tienda de un mercader de paños, allá el taller de un artesano herrador, acullá la acequia que regaba una huerta, y mientras yo pasaba por ahí atrayendo las miradas de los vecinos, que se acercaban a ver el forastero, de pronto una anciana sencilla, con esa amabilidad curiosa que suelen tener las viejas de los pueblos apacibles, me saludó muy gentilmente.

Esta viejecita de cabellos canos, que así me sonríe, debe ser la tradición y el alma de Quillota, pensé.

Y seguro de que hablándola satisfacía mi curiosidad y la suya, me llegué a la puerta en donde estaba, que era un puesto de frutas y le dije:

—Señora: Yo soy argentino, y he venido a conocer su pueblo, que es famoso en mi tierra.



Alberdi en 1879-1881

La buena mujer se mostró muy hospitalaria y ladina. Como yo le dijese que en Quillota había vivido hacia 1853 el doctor don Juan Bautista Alberdi, hombre célebre en América y le preguntara si ella no lo había oído nombrar, me respondió que no, pero agregó en seguida:

—Más anciano que yo, y de una familia quillotana más vieja, es el propietario de esta casa, don Eleuterio, que vive aquí en los fondos; si usted es gustoso de ello, yo lo puedo llamar, y él ha de complacerlo mejor que yo sobre noticias antiguas de este pueblo.

Fué la señora al traspatio y volvió con don Eleuterio, personaje cuellicorto y obeso, de tez amarillenta, de párpados rojizos y pelados, de hablar pastoso y tartamudo. Lo traía la curiosidad, pero lo retraía la desconfianza. Don Eleuterio era sordo, pero al fin conseguí que me entendiera.

—Sí, señor: le pregunto si usted no ha oído nombrar a un tal Alberdi, que cuando usted era niño, vivió aquí en Quillota.

—¿Valverde, me dize? Como no. Sí los hei conocido. Vivían aquí a la güelta. Los Valverdes han sío toos d'este pueblo.

—No, señor, Valverde, no... Al-ber-di, don Juan Bautista Alberdi, un doctor argentino.

—¿Argentino? Entonces ha e ser don Cesáreo Gardel. Zi, pués eze era argentino. Fué mi preceltor. El nos enseñó el silabario, a mi y a mi hermana Balbina.

Vi que nada podía conseguir con don Eleuterio, y pregunté si no había en Quillota algún anciano que pudiese darme otras noticias. La viejecita de cabellos blancos, deseosa de mostrarse más amable, me avisó en donde vivía el Señor X, un octogenario, cuyo padre, hombre principal, había sido un emigrado argentino, que se casó en Quillota, y él debía saber lo que yo preguntaba. Al oír aquello, se me antojó la ilusión de que podría averiguar hasta en qué casa había escrito Alberdi sus *Quillotanas*.

A la plaza llegué caminando primero por la calle principal, en donde está el comercio cosmopolita, acaparado por gente de nacionalidad improbable, judíos y sirios en su mayoría. Pasé por "la paquetería" que se llama "La Flor de Grecia": doblé por otra calle donde está la "Panadería de los Aliados", a

(*) D. Ricardo Rojas estuvo en Chile en el año 1921, siendo allí objeto de múltiples atenciones. Como resultado de su viaje, ha escrito un pequeño libro intitulado *Gentes y paisajes de Chile*. A dicho opúsculo pertenece el capítulo sobre Quillota que el auttor ha cedido a *Síntesis* como una primicia. (*N. de la D.*)

cuya puerta aguardaba un hirsuto burrito con las árganas repletas de bollos perfumados, y llegué sin mucho andar a la esquina de la plaza. Había en torno la inevitable iglesia, la necesaria botica, la indispensable escribanía, y entre los frondosos árboles del centro, el quiosco de las eróticas retretas en donde suelen "pololear" las bellas quillotanas. Una paz realmente provinciana reinaba en aquel lugar. El sol de mediodía doraba ya las aceras y las polvorosas calzadas. En un banco de la plaza, guarecido a la sombra, estaba un chiquillo harapiento, pregonando diarios; me vendió *El Mercurio* de Valparaíso, de esa mañana y él me avisó cuál era la casa que yo buscaba.

La casa que me indicó era baja, con rejas a la calle y ancho zaguán cuya cancel dejaba admirar el espacioso patio florecido. Mientras aguardaba a que viniesen a abrirme, eché una ojeada al periódico de Valparaíso, y con grata sorpresa vi mi retrato y mi nombre en grandes letras, seguido de un artículo que me saludaba por haber estado el día anterior en aquel puerto. "He aquí una buena presentación para el señor X", pensé... La criada que me atendió díjome que el amo no estaba en casa; acababa de salir a ver un hermano muy enfermo; pero el señor X era, precisamente, aquel caballero que iba entrando en la plaza, y, si yo tenía urgencia, podía alcanzarlo. Así lo hice. Me acerqué al caballero, un hombre distinguido, de tez rosada y barba blanca. Le di mi tarjeta y el número de *El Mercurio;* le pedí excusas por aquella manera de presentarme y le dije que estaba pasando unos días en Viña; que se me había ocurrido conocer Quillota por haber vivido en ella nuestro Alberdi; que yo estaba encantado de su pueblo, y que deseoso de saber si alguien recordaba allí al autor de las *Quillotanas,* me había dirigido a él, por ser en cierto modo argentino...

—Yo soy chileno, señor —me contestó secamente.

—Sí, señor. Me dicen que usted nació en Quillota, hace ya setenta años, pero que su señor padre fué argentino.

—El era de Córdoba, donde dejó muchos parientes.

—¿Debió venir a Chile en la época de la tiranía de Rosas?

—Sí, el año 40. Después de una revolución que hicieron en Córdoba.

—Luego, pues, ha sido compañero de adversidades con los otros argentinos que emigraron a Chile. Alberdi entre ellos.

—¿Quién?

—Alberdi.

—No lo conozco.

—¿No lo conoce usted?

—No, señor.

—Eso es raro, siendo usted quillotano e hijo de argentino. Aquí vivió Alberdi, compatriota de su señor padre, traídos los dos por una misma fatalidad, y aquí escribió Alberdi un libro que los argentinos llamamos *Cartas Quillotanas,* escrito después de la caída de Rosas, contra Sarmiento, a quien acaso habrá oído nombrar usted.

Mi interlocutor me miró silencioso.

—Pues vea usted qué cosa más absurda, observé: Quillota es conocida de los argentinos por Alberdi, y aquí nadie lo recuerda. Yo creía que usted al menos, conocería su nombre. Perdóneme usted, señor.

Y me alejé, saludándolo con mucha reverencia.

Después de aquel diálogo frustrado, resolví regresar a Viña en el primer tren, y me encaminé a la estación reflexionando sobre estos mitos que nos forjamos a veces los hombres familiarizados con la historia. De pronto, una experiencia nos revela que nuestra ilusión individual no corresponde a la realidad colectiva. Así Quillota existe en Alberdi, pero Alberdi no existe en Quillota. Yo creo que la enseñanza primaria de uno y otro país, en ambos lados de los Andes, podría divulgar ciertos nombres que dan persistencia a la tradición local de una aldea y que tejen la trama de dos naciones en una sola cultura: Henríquez, Bilbao, Lastarria, para los argentinos; Mitre, Sarmiento, Alberdi, para los chilenos.

Y mientras me encaminaba de regreso a Viña del Mar, mi silencioso monólogo evocaba esos nombres en el ambiente de aquella aldea borrosa, y de sus lejanas montañas azules, perdidas en el horizonte.

RICARDO ROJAS

Cosa singular! Cuando en el extranjero oímos hablar de una ciudad donde vive tal o cual grande hombre, nos lo imaginamos a éste involuntariamente como el punto céntrico de esa ciudad, cuyos mismos techos irradian su gloria. Qué sorpresa la nuestra al llegar a ella y tener que informarnos largamente antes de descubrirla entre el montón! De igual modo el viajero descubre desde una gran distancia la catedral de una ciudad; pero una vez en ella, ésta desaparece de su vista, y sólo después de recorrer una cantidad de calles estrechas y tortuosas, el gran edificio se le presenta de nuevo, en la vecindad de casas ordinarias y de almacenes que lo tienen casi escondido...

(Enrique Heine, sobre *Ludwig Boerne*)

Pasto de llamas

Traducción de Pablo Neruda

(Del *Song of Myself*)

Las casas y las habitaciones están llenas de perfumes, los anaqueles están repletos de perfumes.
Respiro la fragancia yo mismo y la conozco, y me gusta.
Las esencias podrían embriagarme a mí también, pero no lo permitiré.

La atmósfera no es perfume, no tiene olor a esencias, es inodora,
está en mi boca para siempre, estoy enamorado de ella,
iré a las márgenes del bosque y me sacaré el disfraz, y me desnudaré,
estoy loco por sentir el contacto de la atmósfera.
El vaho de mi aliento,
ecos, arrugas, rumor de murmullos, raíces del amor,
hilos de seda, pámpanos y parras.
Mi espiración e inspiración, el paso de la sangre
a través de mis pulmones,
el olor de las hojas verdes y las hojas secas, y de las playas y de las rocas oscuras, y del heno en el pajar,
el sonido de las palabras que arroja mi boca, tiradas a los remolinos del viento,
unos pocos besos ligeros, unos pocos abrazos, unos abrazos echados alrededor de mi cuello,
el juego de la luz y la sombra sobre los árboles cuando las flexibles ramas se inclinan,
la delicia de estar solo o en el tumulto de las calles o en las colinas o en los campos,
la sensación de salud, el himno del pleno mediodía,
mi canto cuando salgo de la cama y me encuentro con el sol.

¿Has pensado que mil hectáreas eran mucho?
¿Has pensado que la tierra era mucho? ¿Has trabajado mucho para aprender a leer?
¿Te sientes orgulloso de penetrar el sentido de los poemas?

Quédate este día y esta noche conmigo y tendrás el origen de todos los poemas, poseerás lo bueno de la tierra y el sol (hay aún millones de otros soles).

No seguirás en lo sucesivo recibiendo las cosas de segunda o tercera mano, ni mirarás a través de los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros que yacen en los libros,
no mirarás a través de mis ojos tampoco, ni recibirás las cosas de mí,
sino que pondrás el oído en todas partes y filtrarás las cosas a través de ti mismo.

2

He oído lo que los habladores estaban diciendo, hablaban del comienzo y del fin, pero yo no hablo del comienzo ni del fin.

Nunca ha habido más comienzos que los que hay ahora,
nunca tanta juventud o ancianidad como hay ahora, y nunca habrá más perfección de la que hay ahora, ni nunca más cielo o infierno del que hay ahora.

Impulso, impulso, impulso, siempre el procreador impulso del mundo.
Desde la oscuridad, opuestos iguales avanzan,
siempre la substancia y la multiplicación,
siempre el deseo,
siempre un tejido de identidad, siempre la diferenciación, siempre la procreación de la vida.
Elaborar no sirve para nada, los sabios y los ignorantes sienten que es así.
Seguros como las certidumbres más seguras, enhiestos de aplomo, bien articulados,
robustos como un caballo, afectuosos, altaneros, eléctricos,
aquí estamos de pie, yo y este misterio.

Límpida y dulce es mi alma, y límpido y dulce todo lo que no es mi alma.
Si falta uno faltan ambos, lo invisible se prueba por lo visible, hasta que esto se hace invisible, y a su vez es probado.
En mostrar lo mejor y separarlo de lo peor, una tras otra las edades se maltratan.

Conociendo la perfecta justeza y ecuanimidad de las cosas, mientras ellos discuten, yo permanezco en silencio y luego voy a bañarme y admirarme!

Bienvenido cada órgano y atributo mío y los de todo hombre cordial y limpio.

Ni una pulgada ni una partícula de pulgada de nuestros órganos es vil y ninguno de ellos debe sernos menos familiar que los demás.

3

Todas las verdades esperan en todas las cosas, no apresuran ni retardan su salida, no necesitan los forceps del cirujano,
lo insignificante es tan grande para mí como todo lo demás,
¿qué puede ser inferior o superior a un contacto?

La lógica y los sermones no convencen jamás,
la humedad de la noche penetra en mi alma más profundamente que ellos.
(Sólo lo que se prueba por sí mismo a todo hombre y a toda mujer, es así, sólo lo que nadie niega es así).

Un minuto y una gota de mi ser calman mi cerebro, creo que los terrones húmedos se convertirán en amantes y luces, y resumen de resúmenes es la carne del hombre o la mujer,
y cima y flor es el sentimiento que tienen el uno por el otro,
y deben ramificarse sin límite fuera de esa lección, hasta que este sentimiento llegue a crearlo todo,
y hasta que uno y todos se deleiten con nosotros y nosotros con ellos.

WALT WHITMAN

De Rousseau se trata

Con no menor altivez hacía profesión de protestantismo, bien que las circunstancias le hubieran llevado, en su juventud, a dejarse convertir al catolicismo. Pero reingresó solemnemente en la iglesia protestante reformada, en 1754, en pleno fulgor de su incipiente gloria, y se atrevió a proclamar: "Yo soy confesor de la fe protestante en París". Y ante las protestas furiosas que levantó entre las camarillas de pastores de Ginebra y Neuchatel su amplio y generoso cristianismo, sentido cordialmente, tolerante y humano, aseveraba que él "había seguido lo más cerca que pudo la doctrina del Evangelio... Yo la he amado, y la he adoptado, difundido, explicado y estoy unido a ella con todo el celo de mi corazón. Todos mis escritos respiran el mismo amor por el Evangelio y la misma veneración por Jesucristo. Nada hay comparable al Evangelio. Hay que conservar ese libro sagrado como la regla de conducta del maestro, y mis comentarios, como los del discípulo." En la época de sus más grandes triunfos en París, entre los filósofos enciclopedistas, enemigos de Dios, por la noche su lectura es la Biblia; la leyó de cabo a rabo, cinco o seis veces seguidas, en el recogimiento de sus largos insomnios. Se llamaba, con cierta exageración, "el único hombre que en Francia creía en Dios."

(Román Rolland, en *El pensamiento vivo de Rousseau*. Edit. Losada. Bs. Aires. 1939).

Estampa nocturna

(De la revista *M. A. S.* Santiago de Chile, 29, agosto, 1933)

A Norberto Pinilla, el sufista.

Antes del Año Nuevo tenía señaladísimo encanto. Una multitud abigarrada, incontable, rumorosa y ondeante, ocupaba la Alameda en toda la zona comprendida entre Bandera y la Estación Centrl. Allí estaban los ricos con sus magníficas mujeres, la pijería inclasificable, los obreros acomodados y su prole, todas las fámulas de la ciudad y como marco una turba de mocosos y pililos impresionantes, de esos pililos hechos tirilla, que uno sólo ve en las manifestaciones excepcionales y en los grabados sobre la Revolución Francesa. Ellos solos producían la aplastante sensación de un mar espeso y negro. Matizando la muchedumbre iban y venían bandadas de marineros azules y blancos y desordenados pelotones de grises milicos tostados, de paso cansino, esquiva mirada y aire gregario.

Las ventas corrían en la misma extensión por ambos costados del paseo. ¡Y qué no había allí! Sobre larguísimos mesones se amontonaban los vasos con ponche, las botellas de aloja, las mistelas, los azafates pletóricos de arrollados bermejos, las rumas de sopaipillas y picarones, los pescados fritos, las malayas, la frutas de la estación.

De trecho en trecho, en rectángulos más o menos aislados, sonaba el arpa, la guitarra y el acordeón. Y allí dentro los pijes, los milicos y los huasos de zapatos Luis XV bailaban cuecas trepidantes, muy zapateadas, con pasos de filigrana. Las mujeres con el largo vestido, un poco alzado, mostraban las pantorrillas como dádiva a los adolescentes. Algunos animaban la cueca gritando retahilas de graciosos disparates. Otros bailaban con potrillos, sobre la cabeza, llenos hasta el borde y sin derramar una gota.

En otros puntos se elevaban globos, se disparaban cohetes y se realizaban actos de fuerza y agilidad. Algunos ciegos sueltos cantaban canciones sobre crímenes, formando con sus oyentes islas movibles.

Más adelante seguían las novedades: estaban los pianos mudos que por diez centavos y mediante dos cordones, que el curioso se aplicaba a sus orejas, transmitían una insulsa y misteriosa tocata.

Seguía luego el vistoso tíovivo, en que cada asiento tenía la forma de un animal, girando siempre al son de una empalagosa musiquilla. Giraban las parejas, la madre y el niño, el milico y el marinero.

Después estaban las mesas con objetos y figurillas de greda. Eran en conjunto como una visión de la vida campestre realizada por los propios campesinos. Fuera de las ollas, lebrillos, fuentes, cayanas y cántaros, había sólo figuras. Una era la mujer, sacando hileras de panes del horno con una larga paleta. Otra representaba al huaso montado en el momento de alzar el vaso con chicha. En una tercera, una mujer tocaba el arpa, rodeada de oyentes sentados. La cuarta se componía de una pareja bailando cueca. Venían luego el pollero, el lechero, el vendedor de frutas con las árguenas llenas, el cura montado en un burro y en seguida infinidad de animalitos y aves ingenuamente modelados.

En otros mesones exponíanse infinidad de canastillos de mimbre pintarrajeado, de botellas con el interior lleno de objetos curiosísimos que hacían asombrarse a la gente y decirse en todas las formas que cómo habían podido meter todo eso dentro.

Más allá estaban instalados diversos juego en que se estafaba al gentío, con argollas para tirar sobre el gollete de las botellas de champaña, pisco y otros licores; con fusiles que nunca daban en el blanco o que si llegaban a dar, recibían premios ridículos.

Mientras corría la hora desde las nueve a las doce de la noche, iba creciendo la multitud y aumentando la confusión, la algazara y el bullicio.

Las familias después de probar la mistela y el ponche, comenzaban a retirarse. Los jóvenes badulaques, los marineros y los milicos, que a fuerza de beber habían cobrado cierta audacia, iniciaban cerca de las once el acercamiento de las mozas, de las aumentadas cocineras, de las sirvientes de mano y de todas las mujeres que en parejas vagaban entre alegres e inquietas por entre la muchedumbre.

Pitos extraños, inquietantes bocinas y campanas jubilosas unían sus sones a medida que el minutero corría hacia las doce.

Ya cuando sólo faltaban minutos para la hora consagrada, algunas mujeres temerosas de lo imprevisto, escapaban hacia las aceras o huían por las calles que desembocan en la Alameda.

Por fin, sonaba el cañonazo fatal y mil bocinas y estridentes instrumentos hendían el aire. Y como fondo se alzaba la inmensa voz de la dilatada muchedumbre y perduraba con impresionante vibración.

Entonces los hombres sueltos, de todo pelaje, se precipitaban sobre las mujeres que aún permanecían en el paseo y las estrujaban en sus brazos con un frenesí salvaje. Los más audaces, y no eran los menos, las abrazaban y besaban con minuciosidad.

Durante esa noche centenares de casas grandes se quedaban sin servidumbre y, en cambio, todos los hoteluchos del barrio estación henchíanse de apasionadas parejas.

GONZÁLEZ VERA

El evangelio de Ignacio

(1 de agosto de 1850)...; *del mismo modo se puede decir que nuestros tiempos, estos tiempos muy afortunadamente moribundos, son dignos de ser denominados, en lenguaje general, la Edad del Jesuitismo; una época de la cual es causante el pobre hombre conocido bajo el nombre de Ignacio de Loyola. Desde hace cerca de dos siglos, el genio humano ha sido dominado por el evangelio de Ignacio, el más extraño quizá, y ciertamente uno de los más fatales, que haya sido jamás hasta ahora predicado bajo el sol. Me he familiarizado, por el Padre Bartoli y otros, con este individuo, y he estudiado con calma sus trabajos, y me parece históricamente definible, él más que ningún otro, como la fuente envenenada de donde han salido esas oleadas de amargura que sumergen ahora al mundo* (*).

(T. Carlyle, folleto *Jesuitismo*, en los *Folletos de última hora*. Madrid, 1909). 1900).

(*) Pensemos en lo que viene sucediendo de 1936 a 1941...

Las arenas milagrosas de Pica

Por Ernesto Montenegro

(De *Atenea*. Concepción, Chile, junio de 1936)

Desde el Alto de Bellavista, en el Cantón sur de la Pampa del Tamarugal, divisábamos tan claramente el oasis de Pica—un manchón claro y otro verdioscuro medio de través y algo más arriba—recostado contra los faldeos amarillentos que forman las primeras estribaciones del Altiplano de Bolivia, que no pude menos de declarar que en un par de horas nos pondríamos allá.

—Así es de engañosa la Pampa, me dice mi acompañante, pampino viejo. El ojo lo pone a uno donde quiere mucho más ligero que los pies. Apuesto cualquier cosa que de aquí allá, donde usted lo ve, hay bien sus cuarenta y cinco o cincuenta kilómetros. Sin contar con que tendremos que repechar unos mil metros por unos arenales de todos los diablos.

Decordé entonces que algo parecido me había tocado experimentar días antes, en un sentido opuesto, al bajar de Chuquicamata por ese camino que los ingenieros americanos trazaron recto como la huella de una bala de cañón, en dirección a Tocopilla, y que una vez transpuesta la serranía que separa al mineral de la Pampa del Toco, desciende parejo como el techo de una iglesia campesina.

—Mientras que por allá por el sur, en Aconcagua, por ejemplo, dice mi amigo, hay que afirmarse en la montura al pasar del plan a la cuesta, aquí uno va ganando altura sin darse cuenta, salvo el recalentamiento del motor, o cuando el *pingo* revienta su sangre a causa del **soroche** allá por los tres o cuatro mil metros.

Y debe ser así, porque de donde estamos la vista abarca sin esfuerzo unas cien leguas en redondo, desde las sierras del norte de Tarapacá hasta los conos volcánicos de la Puna de Atacama. Una cordillera mucho más antigua que los Andes se ha desgranado al roce de los siglos y rellenó con lava y aluvión la ancha cuenca marina que hoy se extiende hasta las cadenas de la costa. Es un panorama áspero y desnudo que no deja de imponerse al ánimo con cierta salvaje grandeza.

Una tarde de septiembre dejamos el tren en la estación de Pintados y abordamos uno de los camiones "para bultos y pasajeros" que sirven el tráfico entre Pica y el Ferrocarril Longitudinal. El "Longino" como se llama aquí familiarmente a ese ferrocarril, tiene en Pintados la estación de término de la línea fiscal, y por ella distribuyen los piqueños las frutas y hortalizas que les dan fama y provecho, e importan todo lo que puede necesitar un pueblo que es como una isla de vegetación en el océano del desierto.

Aparte de esto, Pintados es más bien una reliquia arqueológica que un centro viviente de la Pampa. En todo el Cantón sur, no hay más que una planta salitrera en actividad, y el resto es un cementerio de maquinarias inertes y de campamentos abandonados que añaden a la desolación del páramo no sé qué trágica sugerencia de multitudes humanas tragadas por una catástrofe reciente. Del poblacho de Pintados no quedan, pues, sino la inevitable mediaguas de calamina que recuerda el centro comercial frente a la estación, junto con esos extraños signos que trazaron en los cerros vecinos los pobladores indios de hace muchos siglos atrás. De ahí el nombre de *Pintados* con que bautizó el lugar uno de los soldados de la Conquista.

Mi compañero de viaje sigue vaticinando una travesía dilatada y penosa; pero los conductores del "ómnibus" no muestran prisa alguna. Al fin, a eso de las cinco de la tarde aquél se pone en movimiento con el estruendo de una locomotora. Por espacio de treinta o cuarenta minutos, nos lanzamos a buena marcha siguiendo un camino muy tolerable, relleno con la costra salitrera, y regado alguna vez al parecer con petróleo crudo. Hacemos luego un alto al pie de un pimiento huérfano que se retuerce al viento, junto a una posada del camino, y allí los del auto se proveen liberalmente de agua para enfriar el motor.

Poco más lejos el camino falla por todas partes, se hunde, se deja invadir por el arenal, y llega el momento de abandonarlo, como a un animal ingobernable o un enfermo sin remedio. Cortamos por una huella paralela y dejamos el camino público en manos de una cuadrilla tan desproporcionada a su tarea de repararlo, que así al vuelo calculamos ha de tomarles algunos años antes de volver a poner a los piqueños en fácil comunicación con el mundo.

De ahí para adelante la marcha se va poniendo más y más pesada, a medida que engruesa el médano que barren los vientos de la costa en dirección a los Andes. Cada media hora al comienzo, cada veinte minutos luego y por último de diez en diez minutos, hay que detenerse a refrescar la máquina y renovar la provisión de agua que se escapa en chorro humeante por la tapa del radiador. Las ruedas resbalan en la arena fina y fofa de la huella; pica en las narices un tufo de caucho retostado y caemos al fin en un "bache" de polvo más reseco en que el auto patina desesperadamente, hundiéndose en vez de avanzar. Cuando nos bajamos para aligerar peso, descubrimos que el tubo de escape está al rojo blanco, o más bien de un tono tierno de carne de melón, y parece a punto de derretirse.

A duras penas llegamos hasta el alojamiento de las cuadrillas que están reparando el camino. Una media docena de hombres y una mujer se hallan descansando bajo el galpón. Les pedimos agua, y no sabiendo que es para refrescar el motor, nos ofrecen vino. Están celebrando el Dieciocho por anticipado, y allí mismo hacen una colecta y echan un **chuico** al camión, a fin de que se los traigan lleno con la anilina espirituosa que corre por la Pampa con el nombre de vino tinto.

De aquí para arriba el suelo se pone gredoso, resquebrajado y con escamas y crestas como la piel del dragón. El sol se apaga detrás de las lomas costeras, y un crepúsculo de acuarela vuelca sobre el paisaje sus tonos enternecidos. Hemos pasado unas dos horas deteniéndonos al parecer a medio camino entre el punto de partida y el de llegada, hasta que de repente Pica se nos viene encima...

Nos dejamos resbalar hasta el fondo de un zanjón y repechamos enfilando el costado opuesto, bordeamos pircas y matorrales aislados, cuando al salir arriba la noche se derrama de golpe sobre nosotros como un manchón de tinta sobre un papel secante, sorbiendo instantáneamente todos los contornos y no dejando visible más que un chispear de enormes luceros en un cielo que se acerca a ojos vistas a medida que subimos...



Ernesto Montenegro



(Cuadro de *Juan Francisco González*)

Entre el deslumbramiento de los reflectores vemos pasar casuchas ruinosas, *quiscos* de grandes palas erizadas de púas, árboles medio resecos, y entramos a la aldea dormida. Pero no es Pica aún. Es solamente Matilla, la hermana segundona de Pica, que recoge casi al pie del faldeo las filtraciones de las vertientes que riegan las huertas piqueñas. No hay una sola luz en todo el pueblo, y los buenos matillanos deben contentarse, como los trogloditas, con la claridad difusa de las estrellas. Y cuando la aldea se despierta a la novedad de este mensajero algo averiado de la civilización chilena, algunos vecinos vienen a leer su correspondencia y echarle un vistazo a un diario al resplandor de los focos delanteros del camión. De la tiniebla que nos rodea nos llega un rumor de risas y de voces a la sordina, en que las *eses* resuenan al fin de las palabras, silbantes como la cola de un áspid...

Las ruedas vuelven a morder en caminos duros y firmes y zumbando de contento se lanzan a la carrera por la empinada cuesta. Vislumbramos la silueta de un campanario, y volvemos a hundirnos en un camino arenoso. Es la calle principal de Pica. La luz enfermiza de una lámpara de kerosene alumbra nuestra bajada del camión, y nos enterramos inmediatamente hasta el tobillo en la arena. Estamos en la capital del desierto, en un oasis auténtico, en el corazón del médano milagrosamente vivificado por el agua.

Por precarias aceras revestidas con tablas de cajones, aceras que trepan en peldaños irregulares para amoldarse a la pendiente, llegamos hasta nuestro alojamiento. Y después de algunas semanas del silencio mortal de la Pampa, vuelve a corear la medianoche el clarín ufano de los gallos, el ladrido de los perros y hasta algún rebuzno de poderosas resonancias que va rebotando bajo la espléndida noche estrellada.

El sol de la mañana viene a descubrirnos un pueblo semitropical, con casitas de tabique de caña revestidas con yeso y enjalbegadas de cal. Hay corredores que dan a la calle, azoteas y miradores; enredaderas que trepan por pilares; fragancia de huertos todavía invisibles y copas de árboles de verdor perenne, asomándose por encima de mojinetes casi planos, que nos hablan de un clima cálido de una punta a la otra del año. Y este agrupamiento de casuchas resecas entre los naranjales y limoneros en eterna floración, no ocupará más de algunas decenas de hectáreas de terreno fértil, y no abulta más que un pañuelo de yerbas tirado sobre el ancho lomo de la serranía.

Porque es de observar que Pica no está en una quebrada, al igual que otras manchas de vegetación que asoman aquí y allá en la Pampa salitrera. Precisamente Pica está en la comba de la meseta, como un islote de verdor amenazado en sus flancos por el oleaje coagulado del médano. Edades incontables mellaron a su paso los flancos de las montañas, y el porfiado viento del mar envolvió en lluvia fina esta arena que ahora alcanza hasta media falda de las cordilleras. Pero algunas vertientes secretas, torrentes de agua ciega que se escurren por entre los cimientos del globo, que han rozado allá dentro el secreto mismo de creación, reventaron poco más arriba de este oasis para fecundar en épocas inmemoriales las semillas traídas por los pájaros o los huracanes. Y así debió nacer Pica.

Unas mil quinientas personas habitan el pueblo. Aunque en su conjunto no cubre más que algunas cuadras de tierra, el piqueño vive en el "centro" y tiene las pocas varas cuadradas de su quinta en las afueras. En su totalidad la población proviene de la mezcla de unos cuantos colonos españoles con la tribu indígena que ya habitaba el oasis antes de la Conquista. Algunos nombres indios usados como apellidos por familias del pueblo están indicando ese fuerte arraigo, el que corroboran por lo demás las fisonomías de color de viejo beduíno, con uno que otro rasgo europeo. Pero la sangre africana que tanto prosperó en el Perú, no parece haber llegado hasta aquí.

Su vida insular, hecha de rutina y recogimiento, ha dado a Pica rasgos propios y un patriotismo de campanario. Así, cuando uno pregunta, por la pura manía de documentarse, a éste o al otro vecino:

—Dígame, ¿se sienten ustedes peruanos, o bolivianos?

—¿Nosotros? Nosotros, señor, ¡somos *piqueños*! dicen con entonación a la vez enfática e ingenua.

A renglón seguido nos hablarán de las maravillas del suelo de Pica, de su feracidad, de las bondades del clima, y de la cultura tradicional de una población entre la que había "caballeros" y "señoras", cuando los demás andaban todavía con taparrabos...

Y en el entusiasmo delator de unas copas, un vecino nos asegura a gritos que "todo el resto de Chile no vale lo que Pica", sin reparar en que precisamente los tragos que le afirmaban en tal convicción provenían de ese Chile remoto que él menospreciaba.

En realidad, el forastero comienza a descubrir poco a poco ese don de gentes, esa hospitalidad cortés y cautelosa, esa gentileza que madura a lo largo de una dilatada vida de hogar. Para esta existencia hecha de recuerdo, apozada en los remansos del tiempo, el chileno de cualquiera categoría aparecerá poco menos que como un advenedizo. ¿Qué son después de todo cincuenta años de dominio chileno contra los siglos de la tradición perulera y de lenta infiltración boliviana? Nuestra aspereza innata, nuestra habla desaliñada y nuestras maneras abruptas serán siempre chocantes para esta reproducción, descolorida como un daguerrotipo, de la sociedad limeña; de la vivacidad, la gracia y la picardía de la corte virreinal.

Por sobre todo eso, y para explicarnos mejor la indisimulable prevención antichilena de los piqueños, debemos recordar que fuimos los invasores y opresores de dos generaciones atrás, y que esas cicatrices fueron removidas más tarde con mano brutal por la periódica persecución a los trabajadores peruanos de la Pampa o por las atrocidades sistemáticas del Plebiscito de Tacna y Arica. Por último, no debemos olvidar que el Cuerpo de Carabineros tuvo en sus comienzos prerrogativas tales, que junto con el ejercicio de una autoridad sin contrapeso, se declararon en mucho de sus grados inferiores unas ínfulas temibles.

—Algunos de esos jefes de la policía de Pica, nos cuenta un antiguo residente extranjero, fueron el terror del vecindario. Nuestras personas, el domicilio de cada uno de nosotros, estaban expuestos a cualquier atropello de parte de un sargento mandón. Afortunadamente, la revolución de 1932 vino a probarles a los Carabineros que vale más contar con la buena voluntad de la opinión pública que con el favor de un gobernante; y ahora tenemos en los jefes de policía que aquí vienen la mejor garantía de tranquilidad.

¡Tranquilidad! ¿No es esa la aspiración de todas las gentes maduras, lo mismo que de las sociedades aconchadas? Por amor al reposo se resignan los piqueños a no extender su parcela por medio de un aumento del regadío; por no violentarse se dejaron arrebatar el agua de Chintaguay sus vecinos de El Valle, y por la misma razón carecen de un buen camino hasta el ferrocarril, y de luz eléctrica, a pesar de que hace años fué instalada la red de alambres con los postes. Las calles son tembladeras de arena donde se hunden los pasos, y se anda como en las pesadillas, sin poder avanzar casi. El agua potable gotea apenas en los grifos, cuando habría bastado el esfuerzo cooperativo de los vecinos para captar alguna de las muchas venas subterráneas que van a reventar en el plan en forma de salares o de puquios.

Porque lo más sorprendente de la fertilidad de Pica es que hay aquí un milagro sin misterio. De poder hacer brotar agua en cualquier terreno de la pampa que no esté propenso a ser alcanzado por las revenidturas salobres, el desierto tendría millares de oasis como Pica y Matilla. Esos naranjos enormes de aquí, en cuyas copas se muestran al mismo tiempo el azahar, las naranjas pintonas y las maduras, con cosechas anuales de doscientas cincuenta a trescientas docenas por árbol, conservan en torno al tronco parte de la arena que no ha sido desplazada aún por el humus creado por la misma vegetación. Este suelo cálido y poroso debe beberse el agua por toneladas; pero ya se ve que no podría acusársele de no ser agradecido.

Visitamos la Comunidad. Pica es una calle principal en cuesta, de unas ocho cuadras de largo. Dos calles paralelas contienen a uno y otro costado a la población de más modestos recursos. En el costado que mira al sur quedan los huertos más extensos, generalmente de no más de una hectárea, pero en muchos casos de no más de un cuarto de hectárea. Los mangos, los naranjos y los limoneros se aprietan avariciosamente en esos cuatro terrones, y rebosan por encima de las pircas. Esos pequeños limoneros de Pica, que como los de Sicilia, son puramente una delgada corteza

repleta de jugo ácido, están botados por centenares a lo largo de los callejones transversales que dan acceso a las quintas. La más grande de todas, en buena cuenta una chacra formada por la reunión de varias posesiones indígenas, es, como su nombre lo advierte, la Comunidad.

Ahora se halla entregada a un concesionario. Son tres cuadras a lo sumo de terreno arenisco, atravesado por un canal de cemento donde borbota alegremente el agua del riego. Las flores y los pájaros, aparecen de nuevo a nuestra vista, entre esas dos desolaciones de la Pampa y la Cordillra. Descansando al pie de un mango centenario, oímos cifras que hablan de la generosidad de esta minúscula Tierra Prometida. A creerle al joven que administra el predio, un peruano de Iquique, la Comunidad le deja recoger, semanalmente, unos siete mil pesos de fruta, o sea, mil pesos diarios por ocho o nueve meses del año. Y el resto lo dan las viñas de Pica, cuyos vinos añejos son famosos de Pisagua a Taltal y de los cuales, estadísticas no menos añejas, nos apuntan un promedio de "doce mil botijos por vendimia". Vemos todavía repollos enormes; una mata de ellos bastaría para alimentar a todo un convento.

El agua que da vida a los huertos de Pica, proviene de un aljibe labrado en la roca misma, allá a la cabecera del pueblo. Es la "Cocha", una concavidad de unos diez metros en cuadro y de cinco de profundidad y cuyos costados se recubren con plantas rastreras y acuáticas. En estas aguas claras y tibias, los piqueños se bañan antes de vaciarlas sobre la arcilla de sus huertos. La Cocha es un centro social, tanto por lo menos como el manantial de la prosperidad colectiva.

Esos frutos que amarillean en todo tiempo en los naranjales de Pica y Matilla, son realmente oro para sus dueños. La naranja es la bendición del desierto, y ya uno no volverá a pegar sus labios resquebrajados por la sed de una naranja, en todo ese infierno de la pampa salitrera sin hacer, mentalmente, acción de gracias por los milagrosos arenales de Pica.

Pero, aparte sus huertos y huertas, el oasis es tan reducido, que no podría esperarse mucho de él como proveedor del pan nuestro de cada día. Maizales tempraneros, cebollas, lechugas, tomates; pero no papas ni trigo. Tampoco forraje para el ganado. El pobrerío come, pues, carne de "machorra" (llama hembra), alimento algo fuerte para el forastero. Y se viste con los tejidos bolivianos que les traen esas mismas tropillas de llamas que vienen del interior y que no vuelven ya al Altiplano.

La vida doméstica de los piqueños tiene, en lo externo, ese decoro imperturbable de la tradición española. Algunas viviendas son el epítome de ese afán de presentar el mejor cariz al mundo, con su **salón** en que hay muebles tapizados y hasta piano, y luego el dormitorio sin catres, con cueros de oveja por cama. Pero si uno encuentra en la calle a estos señores y señoras de semblante grave y cetrino, no faltarán nunca un saludo ceremonioso y unas palabras bien moduladas y cortesanas.

¡Curiosa psicología la de los pueblos pequeños! Y cómo ellos resumen en miniaturas caricaturescas las pasiones y los vicios de los pueblos grandes. Entre los nativos de Pica y los de Mantilla existe una malquerencia enconada por su misma vecindad; y como los varones de ambos villorrios salen en edad temprana a ganarse la vida en las salitreras o en los puertos del litoral, circulan por la Pampa infinidad de chascarros en que el piqueño aparece como la personificación de la tacañería, y el matillano de la simpleza rústica, o por lo menos de la **gedeonada.**

Matilla es un pueblo de unos quinientos habitantes; un pueblo que se debate desganadamente, al parecer, contra el desierto y la sequía. Sus huertos comienzan a secarse por los bordes, como si empezaran a alcanzarle los primeros efectos de la sangría de Chintaguay. Para aumentar su provisión de agua, los matillanos de antaño discurrieron un sistema de socavones, que acaso no conocieran esos ingeniosos agricultores que fueron los moros. La tradición dice que un español enamorado de la hija del cacique del lugar, ideó los socavones de Matilla y dió agua a sus tierras a cambio de la muchacha. Pero es posible que esos túneles provengan de la época incaica o de una cultura anterior. En todo caso, estos socavones que se internan hasta quinientos metros en el corazón del cerro, van recogiendo las hebras de humedad que rezuma el subsuelo y las juntan hasta formar los regatos de que viven, precariamente, los huertos de Matilla.

Pero los habitantes de El Valle, los pobres "vallesteros", no han tenido siquiera esa suerte. Su caserío y sus pequeñas huertas estaban en el fondo y en los flancos de la quebrada que ciñe a Pica y Matilla por el costado sur. Se alimentan ellos y sus tierras de las vertientes que bajan del interior de la quebrada, y no habían pensado, pues, en recurrir a la ayuda de los socavones, cuando una malhadada inspiración de la política oficial—hecha por lo común de ignorancia y testarudez—quiso que se proclamara una campaña "para regar la pampa salitrera".

La cosa comenzó, naturalmente, por algunas andanadas de discursos en el Congreso, y luego por esas sentenciosas declaraciones gubernativas, en que se va tras un objetivo cualquiera atropellándolo todo, a condición de acallar por el momento los clamores que han levantado las propias promesas fiscales.

Con esa simpleza característica, se pensó que cavando pozos artesianos en cualquier lugar de la pampa, podía reproducirse por dondequiera el milagro de Pica. Y efectivamente, las comisiones enviadas por el Gobierno, comenzaron a picar aquí y allá; pero no hallaron en ninguna parte agua apta para el

riego, y solamente cuando a insinuación de algunos vecinos de Pica se internaron hasta Chintaguay, *descubrieron* el agua que venía manifestándose, desde hace siglos acaso, en las vertientes que regaban El Valle.

Aquella funesta comisión de técnicos hizo reventar, pues, una abundante vena de agua, que tuvo una larga resonancia en la prensa y las cámaras gubernativas. Por supuesto, nadie, podía oír a tal distancia las protestas y lamentaciones de los infelices "vallesteros", que veían secarse sus arboledas y sus huertas a medida que el pozo y las cañerías de Chintaguay succionaban las venas de agua subterránea, a razón de seis mil litros por minuto.

—Y esa agua se la arrebataban al Valle, para ir a aumentar la provisión de una ciudad despoblada, como es Iquique, nos advierten los piqueños. Pasaron meses y años, sin que se cumplieran las promesas de indemnizar a los propietarios de Quisma. Hasta se les prohibió cavar socavones. Algunos de ellos murieron de miseria en esa espera, mientras Iquique gastaba en regar las calles el agua que se les robó a los desgraciados vallesteros...

El episodio pinta a un pueblo resignado, sin arrestos viriles. Cuando los campesinos de Minnesota, en Estados Unidos, vieron que iban a embargarles sus fincas por dilación en el pago de las contribuciones, durante la última crisis, corrieron con sus escopetas a los curiales y corchetes de la ciudad, obligando a las autoridades y tribunales a suspender los remates de sus tierras. Así también los vallesteros debieron correr con sus horquetas y azadones a los flamantes técnicos que venían a robarles el agua providencial de la quebrada de Chintaguay; debieron formar comicios en Pica, enviar delegaciones a Iquique y Santiago, y no cejar ni en la vigilancia ni en la protesta hasta hacerse oír de los sordos.

Pero, en Pica y Matilla el vecindario está dividido en dos bandos: los radicales y los conservadores, y a cada grupo le importa mucho más que se mantenga intacta su *ideología* (por más que en caso de apuro no supieran cómo definir el terminacho) antes que unirse en pro del interés regional y en defensa de los más débiles. Pero, seguramente, por ideología esos señores entienden, como en otras partes, llevarse la mayoría más uno de los puestos públicos y de los contratos municipales; y, entonces, ¿a quien podría importarle la suerte de unos pobres diablos que vegetaban allá en la linde de la quebrada; gente humilde e ignorante, de seguro sin voz ni voto?

Se consumó, pues, la hazaña del pozo artesiano de Chintaguay, y aunque la Pampa siguió tan reseca y desolada como antes, la política de reclamación de tierras obtuvo uno de sus más sonados triunfos . Hay que venir hasta aquí y recorrer, como lo he hecho yo, este faldeo quemado de Quisma, con sus árboles en esqueleto, sus campos arrasados y sus casas desiertas para sentir la enormidad del contraste, lo triste del reverso de esa medalla triunfal que se prendió al pecho la estolidez administrativa.

Por más que, cuando todo está dicho, sea vano clamar contra los hechos consumados. Estamos seguros que de interrogar a los geólogos e ingenieros, me dirían altaneramente:

—Nosotros no sabemos nada de eso. Se nos mandó a ubicar y hacer manifestarse las corrientes subterráneas de esa región, ¿y no está viendo usted cómo las descubrimos? El técnico no tiene para qué pensar ni en los motivos ni en las consecuencias de una orden de la superioridad...

De esta manera se cierra uno de los capítulos más bullados de la historia de Pica. Volviendo la espalda a ese pasado reciente, nos enfrentamos con una población que se dispone a celebrar el Dieciocho. Despiértase la curiosidad por saber quién va a celebrar el Día Nacional de Chile, aquí donde casi nadie se dice chileno, fuera del maestro de escuela, los Carabineros y dos o tres vecinos, cuyos padres llegaron "de Chile", hace muchos años. Los comerciantes son chinos; el dueño del hotel es un italiano, y no falta algún judío que posea el almacén mejor presentado del pueblo. El Cura es un sacerdote alemán, "viejo solterón", como él mismo me advierte con teutónico humorismo, a pesar de ser considerado como el patriarca local; y naturalmente todos estos forasteros avecinados tienen especiales consideraciones con el complejo patriótico de la población.

Y aquí entra en juego la firmeza de voluntad y la malicia de mi amigo el jefe de Carabineros, quien se lanza a última hora a citar a los miembros del Club peruano que forman la única banda de música de Pica, y que se habían excusado hasta ahora con diversos motivos de ensayar las músicas marciales chilenas. A la mañana siguiente, y hasta el mediodía tenemos, pues, una repetición desesperante de la Canción de Yungay, que parece formar todo el repertorio improvisado por la banda. Y es de ver a los cholitos de la escuela con qué clara entonación recitan los poemas de los libros escolares, y cómo siembran por los aires con gestos vibrantes la semilla de la chilenidad, que acaso no ha de prender tan pronto entre las fauces resecas del arenal.

De la Plaza donde se mantienen algunos pájaros en una gran jaula verde, como por el temor de que se vayan de Pica para no volver más, pasamos a la iglesia, una gran bodega con techo de paredes de caña, donde preside en un altar el Santo Patrono de Pica, San Andrés. Su día y el 28 de julio, sí que son las verdaderas festividades del lugar; pues ni los recuerdos patrióticos ni las supersticiones religiosos se borran en una o dos generaciones. San Andrés es una imagen vestida con lujo oriental, y sus barbas renegridas y espesas, junto a la efigie de bulto de Santa Filomena y de otras vírgenes, le dan al santo un aire de Sultán morisco en su serrallo.

Antes de irse, quisiera uno preguntarle al Cura:

—Y dígame, señor, ¿cómo le va a San Andrés cuando bajan las procesiones hasta Matilla? ¿O tiene ese pueblo algún santo rival?

Porque en estos pueblos mestizos, los buenos curas saben conciliar muy habilidosamente la hermenéutica del culto con las tradiciones populares de juerga y orgasmo místico—San Andrés y Viracocha.

De cierto cura de Camiña o de Soga, se cuenta, por ejemplo, que habiendo sabido que unos facinerosos disfrazados de policías venían a asaltar al pueblo, reunió a sus feligreses, montó a caballo llevando un blandón por arma de combate y puso en fuga a los salteadores a los ecos de unas letanías con Kyrie Eleison y todo.

Pica, igual que los demás pueblos cordilleranos rociados por las vertientes de los Andes, recibe su contingente de visitantes para las fiestas. Su acogida es siempre amable, dentro del ambiente local que da al carácter del piqueño las condiciones contradictorias de apocamiento y jactancia, humildad y orgullo:

—¿Ya va sabiendo acostumbrarse aquí, señor?, dicen los vecinos, con su entonación de *cuicos* y su gramática de Tihuantisuyu.

Y ciertamente que uno se acostumbra pronto a este clima de invernadero, refrescado a ratos por las ráfagas cargadas de aromas que vienen de los huertos. Si el visitante es de confianza, se le invita a una riña de gallos, celebrada en casa particular, a fin de evitar las complicaciones con la letra de la ley. Los galleros viejos pasean inquietos por el redondel, y se le antoja a uno que su amor al arte les va dando cierta semejanza con un gallo de pelea jubilado. Cada uno lleva a su pupilo debajo de brazo, le alisa las plumas de oro o de turquesa con mano nerviosa, mientras se tirotea de palabra con otros aficionados. Cada gallo mira ya a sus probables rivales con el ojo bien redondo y la pupila de brasa líquida. Husmean la sangre, presienten la pelea y la muerte. Ningún teólogo que se asomara a una rueda de gallos podría ya negarles que posean un alma, y que esta alma alerta y combativa absorbe en estos momentos toda la energía y toda la destreza de que es capaz su cuerpecito esbelto y acerado de músculos y estacas, para lanzarlo como un resorte del más fino metal contra su adversario.

Es una riña de gallos a la peruana; vale decir que es más corta y mortífera que la pelea a la chilena, por cuanto la estaca está reforzada con un puñal afilado como una aguja, de unos cuatro centímetros de largo. El gallo, bien amaestrado, lleva una sola arma, emplea un solo golpe, de arriba abajo, y suele matar a su rival a la primera puñalada. La lucha es, pues, menos cruel y repugnante que la pelea "al natural", en que los gallos se destrozan la cabeza y suelen arrancarse los ojos, sin acertarse un golpe mortal. Toda la vida de los tiempos coloniales, la necesidad de emociones fuertes para espantar el aburrimiento, revélase a lo vivo en estas supervivencias de la rueda clandestina.

Puesta así al margen de la vida moderna, Pica vive mucho de sí misma, siente que se basta a sí misma. Ensimismada y todo, no podría negar que depende de la prosperidad de la Pampa y los puertos salitreros para su existencia. La ausencia de juventud masculina le da un cariz conventual a estas viviendas en que vegetan muchachas ya condenadas a la soltería, pues los jóvenes que salen a realizar sus ambiciones en las oficinas del comercio y la industria del litoral chileno, rara vez vuelven a escoger su compañera de toda la vida entre las compañeras de juego de su niñez. Sin teatro ni cine, Pica no tiene otra ventanita abierta sobre el horizonte mundano, que la retreta de su banda de músicos y las festividades

---

Tántas así!

Llegó a la hacienda, doña Charo, una de las tías de Guy. Llegó remilgosa y asmática. Se pasaba el día tomando té y pastillas de menta. De pronto corrió desalada, en aspas las manos, apechugado el corpiño, arremangada la falda. Se refugió en la sala. Cien veces dijo que no quería ver más indios; y menos a uno que estaba ahí, horrible, estirado, como piedra rota. Al decir horrible, se cubría la cara; se santiguaba y bisbiseaba:

—Tiene las manos sarmentosas; los ojos hinchados; los pies llagados; la piel agrietada.

Canek le dijo:

—Niña, es que trabaja en los hornos de cal; en los secaderos de tabaco, en las ciénagas y en las salinas.

(E. Abreu Gómez, en el precioso librito) *Canek*. México, 1940).

cívico-religiosas del 28 de julio y el 30 de noviembre.

Y en este aislamiento, en este remanso de la historia júzguese la sorpresa de mi acompañante cuando, en una visita hecha anteriormente en compañía de otro inglés, van descubriendo donde menos lo pensaban que la mayoría de los chiquillos acomodados de Pica hablaban su lengua tan bien como ellos.

—¡*Look at that boy! He doesn't seem to mind the hot sands at all*, había dicho uno de los gringos visitantes. Y por poco se les salen los ojos de la cara, al ver que el muchacho descalzo les responde con un tonillo picado y cierto acento de Oxford:

—*Why should I? The soles of my feet have grown accustomed to the heat.*

Y por el mismo chicuelo y en el mismo idioma descubrieron en seguida la explicación del prodigio. Era el caso que unos cinco años antes, un caballero inglés llegó a Pica en busca de salud o de un retiro apacible contra quebrantos morales. Sus recursos no duraron largo tiempo, y cuando se vió en apuros, acudió en busca de consejo y ayuda a un vecino emigrado de Aconcagua, hombre de cierta ilustración y de alma comprensiva.

—¿Por qué no abre un colegio particular y enseña en su idioma a un grupo de muchachos?—fué la indicación que recibió del bueno de Mr. Robertson.

Así fué como una generación de piqueños deletreó las primeras letras con el acento de Oliver Twist Tal conciencia y tal amor debió poner en su enseñanza el pobre emigrado, que hasta hoy en día aquellos muchachos, ya maduros padres de familia, siguen hablando la lengua extranjera y recordando con veneración conmovida a su antiguo *schoolmaster*.

La tarde que me contaron la anécdota, la víspera de mi partida, yo pensaba mirando el pueblo y el arenal que lo estrecha por sus cuatro costados, que podría llamarse afortunado el hombre que deja una huella semejante en el pequeño mundo en que se mueve cada uno de nosotros. En Pica o en Londres, la naturaleza pasa a ser lo secundario cuando uno piensa en las aspiraciones humanas. En las escuelas se nos enseña que un oasis es un retazo del Sahara con palmeras, agua que corre por entre la hierba y tiendas nómades y recuas de camellos. Aquí en la frontera social de Chile hay, sin embargo, un oasis que no tiene nada de eso, porque se trata de un pueblo asentado entre los arenales desde antes de la fundación de todas las ciudades del continente, y sin embargo, las preocupaciones, las luchas y los intereses de estas gentes despiertan nuestro interés y nuestras simpatías, por encima de las barreras de clima e historia.

Silueta de María Luisa Bombal

(En el *Rep. Amer.*)

A *Nora Paredes*, admiradora ferviente de Chile.

Reviví aquellos días de infancia en que mi alma, despertando apenas, se veía poblada por los cuentos mil y una nochescos, de palacios encantados, jardines magníficos, líneas de luz opaca. ¿Verdad o ficción? Maravillosa realidad: era una noche espléndida y la vida me había llevado a la ciudad-jardín, la grandiosa Viña del Mar. Chalets con terrazas que ostentan los colores alegres y brillantes de la gama floral de Chile. Desde la playa hasta los cerros, cinco millas de extensión en que el paseante puede admirar las villas apretujadas por flores. Y donde el cielo y unas rocas en su austeridad, completan una admirable sinfonía en gris y azul.

Fué en 1910 y ante ese paisaje pródigo en cambiantes, que se abrieron a la luz del mundo los ojos de una niña sensitiva: María Luisa Bombal. Fácil imaginar la avidez con que un temperamento rico, producto de razas disímiles, empezó a captar lo que en dación generosa le ofrecía un ambiente pleno de belleza.

Creo a los psicólogos modernos cuando aseguran que hay influencia perdurable en las circundantes en la época de la niñez. En el caso de la escritora chilena (materia prima combustible), los resultados han debido ser opimos. Entre las líneas de una breve biografía (seca como las de diccionario) se lee que María Luisa Bombal ha disfrutado de posibles. En 1932, partió hacia Europa en busca de satisfacción a sus tántas inquietudes. Varios años en el superfino París de entonces; ingresó a la Sorbona hasta recibirse con notas sobresalientes de Licenciada en Filosofía y Letras.

Son curiosos y grandes a veces los tipos que engendra la mezcla de razas distintas (el producto maravilloso Thomas Mann por cuyas venas circula sangre portuguesa-hindú y alemana). María L. Bombal lleva en conjunción la francesa que le confirió sensibilidad y sutileza latinas (copio), reflejadas en su obra literaria. Y la alemana que le dió el concepto hondo y trascendental de la vida y de la muerte que caracteriza a los filósofos de la "otra Alemania". Ella es asidua lectora de esas arduas obras (Nietzsche su favorito por hipersensible?)

María Luisa regresó a Chile en 1931. Al año siguiente, Pizarro Espoz formó una compañía teatral de aficionados que brindó al público santiaguino, una corta temporada. Marta Brunet, Vera Zouroff y la Bombal, figuraban ahí.

El imán poderoso que es Victoria Ocampo, debió atraer a la gran chilena que trato de delinear. Durante algún tiempo, hizo traducciones del francés para diversas editoriales argentinas. Me informa García Monge que M. L. Bombal traduce libros raros, con preferencia de la literatura fantástica. La Pajarita de Papel publicó una traducción suya, *La desconocida del Sena* de Jules Supervielle. La prestigiosa *Sur* le ha publicado cuentos. Es finísimo, una real filigrana, *Las Islas nuevas* (Apud *Antología de la Literatura fantástica* por J. L. Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares).

En 1933 la Bombal publicó *La última niebla*, un verdadero presagio, juzgó la crítcia bonaerense. Ese mismo año, la autora contrajo matrimonio efímero con el pintor argentino Jorge Larco.

El vaticinio se cumplió: en 1938, el libro *La amortajada* consagró a María Luisa Bombal como novelista cumbre de Iberoamérica.

Construyo con referencias, con noticias de segunda mano, porque en este continente iberoamericano tan desunido, se vive en ansia continua y creciente de ciertos regalos espirituales jamás obtenido (ver las telas auténticas de Cossío del Pomar, ser dueño de un ejemplar de *Xamaica* de Güiraldes, hablar con Eduardo Mallea y con Victoria Ocampo, ir en peregrinación por Michoacán...) Oh la desesperación inútil del que mucho anhela y no tiene cómo irse por los largos caminos...

"Y los viajes absurdos que no tienen
ruta fija ni punto cardinal."

Me cuentan que algún listo creyó ver plagio de *La amortajada* en *Anticipación a la muerte* del colosal Rubén Romero, pues hay parecido en la técnica. Conozco la estupenda novela del mejicano que fué publicada en el 39. De aquí, posiblemente, la suspicacia.

María L. Bombal asistió como invitada de honor al Congreso de los P. E. N. Club verificado en New York con motivo de la inauguración de la Feria Mundial (1939).

Al regresar a Buenos Aires, realizó el argumento de la película *La casa del recuerdo*, protagonizada por Libertad Lamarque. Ya la ausencia de su terruño se prolongaba; es posible que sintiera nostalgia y volvió a Chile, en octubre del 40, donde prosiguió sus actividades literarias, dando remate a su novela *La historia de María Griselda* (autobiográfica?) y que ella considera su mejor obra.

Y ahora viene el episodio que debe haber suscitado más comentarios que su excelsa producción literaria. Hasta es probable que muchos la desconozcan y sepan con prolijidad del drama ocurrido en los albores del 41.

¿Cuándo comenzó el idilio? 1931...32...? Lo penoso es que María L. Bombal se equivocara en la elección, como ha sucedido y sigue sucediendo a gentes de talento cuando de lances amorosos se trata. Eulogio Sánchez Errázuris ha sido un hombre de acción: fundador de una empresa petrolífera, organizador de la milicia republicana de Chile, periodista activo. ¿Por qué se deshizo el romance?

Un amigo de la escritora le contó que en un almuerzo de hombres de negocios, Eulogio había leído en alta voz una carta de mujer enamorada. Entre bromas y decires, ¿qué mucho?, se había susurrado su nombre. Imposible que acto tan despreciable no provocara en ella alguna reacción. Imposible que en ella muriera aquel ultraje inferido por hombre que nunca la mereció.

En enero regresó Sánchez de E.E U.U. e iba a ser festejado por sus amigos con una copa de champán. En calle céntrica de Santiago, lo encontró María Luisa y le disparó los cinco tiros de una pistola de salón. Su mano habilísima de artista titubeó en ese momento álgido, y el individuo escapó con vida. ¿Habrá aprovechado la lección?

Imagino reclusión sedada la de María L. Bombal en la Clínica del Dr. Allen de Navarro. El ilustre psicólogo es de generosidad amplia y versado en tántas cosas admirables que deben hacer amable la estada en su sanatorio. Fué él quien me inició en los estudios de la Psicología Moderna que sigo queriendo apasionadamente.

¿Está aún recluída M. L. Bombal? ¿Qué resolvió la justicia chilena? Preguntas mil que quisiera ver satisfechas, ya que el destino y la obra de la Bombal me son hondamente dilectos, aunque apenas adivinados.

GUIOMAR

Costa Rica, setiembre de 1941.

Escriba a la casilla de Correos X. San José. de Costa Rica.

Canto general de Chile

(Fragmentos inéditos)

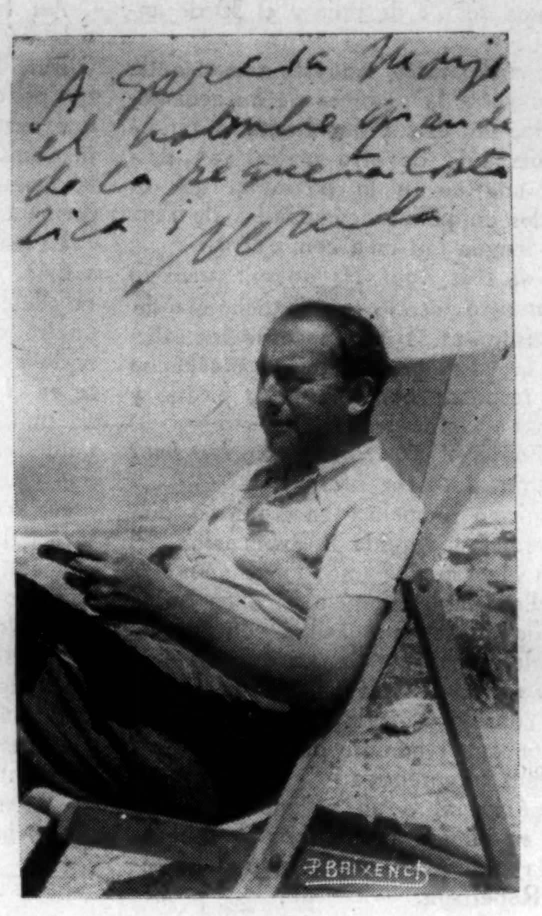
(De *Letras de México*. México, D. F., 15-IV-41)

TOCOPILLA

De Tocopilla al Sur, al Norte, arena
cales caídas, el lanchón, las tablas
rotas, el torcido hierro.
Quién a la línea pura del planeta
áurea y cocida, sueño, sal y pólvora
agregó el utensilio deshecho, la inmundicia?
Quién puso el techo hundido, quién dejó las paredes
abiertas, con un ramo
de papeles pisados?
Lóbrega luz del hombre en ti destituído,
siempre volviendo al cuenco de tu luna calcárea,
apenas recibido por tu letal arena!
Gaviota enrarecida de las obras, arenque
petrel ensortijado,
frutos, vosotros, hijos del espinel sangriento
y de la tempestad, habéis visto al chileno?
Habéis visto al humano entre las dobles líneas de frío
y de las aguas, bajo la dentadura
de la línea de tierra, en la bahía?
Piojos, piojos ardientes atacando la sal,
piojos, piojos de costa, poblaciones, mineros,
desde una cicatriz del desierto hasta otra,
contra la costa de la luna, fuera!
picando el sello frío sin edad,
Más allá de los pies del alcatraz cuando
agua ni pan ni sombra tocan la dura etapa,
el ejercicio del salitre asoma
o la estatua del cobre decide su estatura.
Es todo como estrellas enterradas
como puntas amargas, como infernales
flores
blancas, nevadas de luz temblorosa
o verde y negra rama de esplendores pesados.
No vale allí una pluma sino la mano rota
del oscuro chileno, no sirve allí la duda.
Sólo la sangre, sólo ese golpe duro
que en la vena pregunta por el hombre.
En la vena, en la mina, en la horadada cueva
sin agua y sin laurel.
Oh pequeños
compatriotas quemados por esta luz más agria
que el baño de la muerte, héroes oscurecidos
por el amanecer de la sal en la tierra
dónde hacéis vuestro nido, errantes hijos?
Quién os ha visto entre las hebras rotas
de los puertos desérticos?



(Cuadro de *Rafael Correa*)



Pablo Neruda
(1941)

Bajo la niebla de salmuera
o detrás de la costa metálica, o tal vez o tal vez,
bajo el desierto ya, bajo
su palabra de polvo,
para siempre!

Chile, Metal y Cielo,
y vosotros, chilenos,
semilla, hermanos duros,
todo dispuesto en orden y silencio
como la permanencia de las piedras.

QUIERO VOLVER AL SUR

Enfermo en Veracruz, recuerdo un día
del Sur, mi tierra, un día de plata
como un rápido pez en el agua del cielo,
Loncoche, Lonquimay, Carahue, desde arriba
esparcidos, rodeaos por silencio y raíces,
sentados en sus tronos de cueros y maderas.
El Sur es un caballo echado a pique
coronado con lentos árboles y rocío,
cuando levanta el verde hocico caen las gotas,
la sombra de su cola moja el gran archipiélago
y en su intestino crece el carbón venerado.

Nunca más, dime, sombra, nunca más, dime, mano,
nunca más dime pie, puerta, pierna, combate,
trastornarás la selva, el camino, la espiga,
la niebla, el frío, lo que, azul, determinaba
cada uno de tus pasos sin cesar consumidos?
Cielo, déjame un día de estrella a estrella irme
pisando luz y pólvora, destrozando mi sangre
hasta llegar al nido de la lluvia!
Quiero ir
detrás de la madera por el río
Toltén fragante, quiero salir de los aserraderos
entrar en las cantinas con los pies empapados,
guiarme por la luz del avellano eléctrico,
tenderme junto al excremento de las vacas,
morir y revivir mordiendo trigo.
Océano, tráeme
un día del Sur, un día agarrado a tus olas,
un día de árbol mojado, trae un viento
polar azul a mi bandera fría!

El colocolo

Por Manuel Rojas

Negra y fría era la noche en torno y encima del rancho de José María Pincheira, uno de los últimos del fundo Los Perales. Eran ya más de las nueve y hacía rato que el silencio, montado en su macho negro, dominaba los caminos que dormían vigilados por los esbeltos álamos y los copudos boldos. Los queltehues gritaban, de rato en rato, anunciando lluvia, y algún guairao perdido, mientras volaba, dejaba caer su graznido estridente.

Dentro del rancho la claridad era muy poco mayor que afuera y la única luz que allí brillaba era la de la una vela que se consumía en una palmatoria de cobre. En el centro del rancho había un brasero y alrededor de él dos hombres emponchados. Sobre las encendidas brasas se veía una olla llena de vino caliente, en el cual uno de los emponchados, José Manuel, dejaba caer pequeños trozos de canela y cáscaras de naranjas.

—Esto se está poniendo como caldo—murmuró José Manuel.

—Y tan oloroso... Déjame probarlo—dijo su acompañante.

—No, todavía le falta, Antuco.

—¡Psch! Hace rato que me está diciendo lo mismo. Por el olorcito, parece que ya está bueno.

—No... Acuérdese que tenemos que esperar al compadre Vicente, y si nos ponemos a probarlo, cuando él llegue no habrá ni gota.

—Pero tantísimo que se demora!

—Pero si no fué allí no más, pues, señor. Tenía que llegar hasta los potreros del Algarrobillo, y areando. Por el camino, de vuelta, lo habrán detenido los amigos para echar un traguito...

—Sí, un traguito... Mientras el caballero le estará atracando tupido al mosto, nosotros estamos aquí, escupiendo cortito con el olor... Déjame probarlo, José Manuel.

—Bueno, ya está, condenado; me la ganaste. Toma.

Metió José Manuel un jarrito de lata en la olla y lo sacó chorreando de oloroso y humeante vino, que pasó a su amigo, el cual, atusándose los bigotes se dispuso a beberlo. En ese instante se sintió en el camino el galope de un caballo; después, una voz fuerte dijo:

—¡Compadre José Manuel!

—¡Listo!—gritó Pincheira, levantándose, y en seguida a su compañero:—¿No te dije, porfiado, que llegaría pronto?

—Que llegue o no, yo no pierdo la bocarada.

Y se bebió apresuradamente el vino, quemándose casi.

Frente a la puerta del rancho, el campero Vicente Montero había detenido su caballo.

—Baje, pues, compadre.

—A bajarme voy...

Desmontó. Era un hombre alto, macizo, con las piernas arqueadas, vestido a usanza campesina.

—Entre, compadre; lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

—¡Ah, eso es muy bueno para matar el bichito! Aunque ya vengo medio caramboleado. En la casa del chico Aurelio casi me atoraron con vino.

Avanzó a largos y separados pasos, haciendo sonar sus grandes espuelas, golpeándose las polainas con la gruesa penca. A la escasa luz de la vela se vió un instante el rostro de Vicente Montero, oscuro, fuerte, de cuadrada barba negra. Después se hundió en la sombra, mientras los largos brazos buscaban un asiento. Está haciendo frío.

—Debe estar lloviendo en la costa.

—Bueno, vamos a ver el vinito.

—Sirve, Antuco...

Llenó Antonio el jarrito y se lo ofreció a Vicente. Este lo tomó, aspiró el vaho caliente que despedía el vino, hizo una mueca de fruición con la nariz y empezó a bebérselo a sorbitos, dejando escapar gruñidos de satisfacción.

—Esto está bueno, muy bueno. Apuesto que fué Antuco el que lo hizo. Es buenazo para preparar mixturas. Creo que se ha pasado la vida en eso.

—No—protestó Pincheira,—lo hice yo, y si no fuera porque lo cuidé tanto, Antuco lo habría acabado probándolo.

Rió estruendosamente Vicente Montero. Devolvió el jarrito y Antonio lo llenó de nuevo, sirviéndole esta vez a José Manuel.

—Bueno, cuenta, ¿cómo te fué por allá?

—Bien; dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistades.

—¿Cómo está la gente?

—Todos alentados... ¡Ah, no! Ahora que me acuerdo, hay un enfermo.

—¿Quién?

—Taita Gil... Pobre viejo, se va como un ovillo.

—¿Y qué tiene?

—¡Quién sabe! Allá dicen que es el colocolo el que lo está matando, pero para mí que es pensión, ¡Le han pasado tantas al pobre viejo, y tan seguidas!

—Bien puede ser el colocolo...

—¡Qué va a ser, señor! Oye, Antuco, pásame otro traguito...

Volvió a circular el jarro lleno de vino caliente.

—¿Tú no crees en el colocolo?

—No, señor, cómo voy a creer... Yo no creo más que en lo que se ve. Ver para creer, dijo Santo Tomás. ¿Quién ha visto al colocolo? Nadie. Entonces no existe.

—¡Psch! ¿Así que tú no crees en Dios?

—Este... No sé, pero en el colocolo no creo. ¿Quién lo ha visto?

—Yo lo he visto—afirmó José Manuel.

—Sí, con los ojos del alma... ¡Son puras fantasías, señor! Las ánimas, los chonchones, el colocolo, la calchona, las candelillas... Ahí tienes tú: yo creo en las candelillas porque las he visto.

—¡No estés payaseando!—exclamó asustado Antonio.

—Claro que las ví.

—A ver, cuenta.

—Se lo voy a contar.. Oye, Antuco, pásame otro trago.

—¡Así tan seguido se pierde el tañido!

—¡No lo hicieron para tomar? Tomémoslo, entonces.

José Manuel y Antonio se echaron a reír.

—¡Este diablo tiene más conchas que un galápago!

—Bueno, cuenta...

—Espérense que mate este viejo.

Se bebió el último sorbo que quedaba en el jarro, lanzó un sonoro ¡ah! y dijo:

—Cuando yo era muchachón, tendría unos diez y nueve años, fuí un día a la ciudad a ver a mi tío Francisco, que tenía un negocio cerca de la plaza. Allá se me hizo tarde y me dejaron a comer. Después de comida, cuando me vieron



Manuel Rojas

preparándome para volver a casa, empezaron a decirme que no me viniera, que el camino era muy solo y peligroso y la noche estaba muy obscura. Yo, firme y firme en venirme, hasta que para asustarme me dijeron:

—No te vayas, Vicente; mira que en el potrero grande están saliendo candelillas...

—¿Están saliendo candelillas? Mejor me voy; tengo ganas de ver esos pajaritos.

Total, me vine. Traía mi buen cuchillo y andaba montado. ¿Qué más quiere un hombre? Venía un poco mareado, porque había comido y tomado mucho, pero con el fresco de la noche se me fué pasando. Eché una galopada hasta la salida del pueblo y desde ahí puse el caballo al trote. Cuando llegué al potrero grande, tomé el camino al lado de la vía, al paso. Atravesé el río. No aparecían las candelillas. Entonces, creyendo que todas eran puras mentiras, animé el paso del caballo y empecé a pensar en otras cosas que me tenían preocupado. Iba así, distraído, al trote largo, cuando en esto se para en seco el caballo y casi me saca librecito por las orejas. Miré para adelante, para ver si en el camino había algún bulto, pero no ví nada. Entonces le pegué al caballo un chinchorrazo con la penca en el cogote, gritando:

—¿Qué te pasa, manco del diablo?

Y le aflojé las riendas. El caballo no se movió. Le pegué otro pencazo. Igual cosa. Entonces miré para los costados, y ví, como a unos cien pasos de distancia, dos luces que se apagaban y encendían, corriendo para todos lados. Allí no había ningún rancho, ninguna casa, nada de donde pudiera venir la luz. Entonces dije:

—Estas son las candelillas...

—¿Las candelillas?—preguntó Antonio.

—Las candelillas... Pásame otro trago, por preguntón... Como el caballo era un poco arisco, no quise apurarlo más. Me quedé allí parado, tanteándome la cintura, para ver si el cuchillo saldría cuando lo necesitara, y mirando aquellas luces que se encendían y se apagaban y corrían de un lado para otro, como queriendo marearme. No se veía sombra ni bulto alguno... De repente, las luces dejaron de brillar un largo rato y cuando yo creí que se habían apagado del todo, aparecieron otra vez, más cerca de lo que estaban antes. El caballo quiso recular y dar vuelta para arrancar, pero lo atrinqué bien. Otro rato estuvieron las luces encendiéndose y apagándose y corriendo de allá para acá. Se apagaron otra vez sin encenderse un buen momento, y aparecieron después más cerca. Así pasó como un cuarto de hora, hasta que acostumbrándome a mirar en la obscuridad, empecé a ver un bulto negro, como una sombra larga, que corría debajo de las luces...

—Aquí está la payasada—me dije.

Y haciéndome el leso, principié a desamarrar uno de los pesados estribos de madera que llevaba; lo desaté y me afirmé bien la correa en la mano derecha. Con la otra mano agarré el cuchillo, uno de cacha negra que cortaba un palo en el aire, y esperé.

Poco a poco fueron acercándose las luces, siempre corriendo de un lado para otro, apagándose y encendiéndose. Cuando estuvieron como a unos cuarenta pasos, ya se veía bien el bulto; parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse un poquito más y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firme las espuelas y me fuí sobre el bulto, haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: ¡Allá va, allá va valla valla vallaaaaa! El bulto quiso arrancar, pero yo iba como un celaje. A quince pasos de distancia *revolié* con más fuerzas el estribo y lo largué sobre el bulto. Se sintió un grito y la sombra cayó al suelo. Desmonté de un salto y me fuí sobre el que había caído, lo levanté con una mano y zamarreándolo, mientras lo amenazaba con el cuchillo, le grité:

—¿Quién eres tú? ¡Habla!

No me contestó, pero se quejó. Lo volví a zamarrear y a gritar, y entonces sentí que una voz de mujer, ¡de mujer, compadre!, me decía:

—No me hagas nada, Vicente Montero...

—¿Era una mujer?

—¡Una mujer, compadrito de mi alma! Y yo, bruto, le había dado un estribazo como para matar un burro... Pásame otro trago, Antuco. Al principio no me dí cuenta de quién era, pero después, al oírla hablar más, vine a caer: era una mujer, conocida de la casa, que tenía tres hijos y a quien se le había muerto el marido tres meses atrás. Le pregunté qué diablos andaba haciendo con esas luces, y entonces me contó que eso lo hacía para ganarse la vida porque como la gente era tan pobre en el pueblo no tenía a quien trabajarle y no quería irse para la ciudad y dejar abandonados a sus niños. En vista de todo esto, había resuelto ocuparse en eso.

—¡La media ocupación que había encontrado!

—Se untaba las manos con un menjurje de fósforos y azufre que se las ponía luminosas y salía en el potrero a asustar a los que pasaban, abriendo y cerrando las manos y corriendo para todos lados. Algunos se desmayaban de miedo; entonces ella les sacaba la plata que llevaban y se iba... Total, después que se animó y se sacó la sotana en que andaba envuelta, la subí al anca y la traje para el pueblo... Y desde entonces, hermano Juan de Dios, cuando me hablan de ánimas y de aparecidos, me río y digo: ¡Vengan candelillas, ánimas y fantasmas, teniendo yo mi estribo en la mano! Sírveme otro traguito, Antuco...

—¡Pero, hombre, te lo has tomado casi todo vos solo!

—¿Pero no lo habían hecho para mí?

—¡Ahí tienes tú, Vicente; yo no creo mucho en ánimas, pero en el colocolo, sí. Mi padre murió de eso.

—Sería alguna enfermedad—dijo Vicente, desperezándose.—Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas. ¡Ah!—bostezó.

—Y te voy a contar cómo fué, sin quitarle ni ponerle nadita.

—Cuenta, cuenta...

—Hasta los cuarenta y cinco años, mi padre fué un hombre robusto, bien plantado, macizote. Cuando esto pasó, yo tendría unos diez y nueve años. Vivíamos en Talca, cerca de la estación. Un día, por éstas y por las otras, mi padre decidió que nos cambiáramos a otra casa, a una que estaba al lado del presidio. La casa era de adobe grande, aunque muy vieja; pero nos convenía el cambio porque andábamos un poco atrasados. Cuando nos estábamos cambiando, vino una viejita que vivía por ahí cerca y le dijo a mi padre:

—Mira, José Manuel, no te vengas a esta casa. Desde que murió aquí el zambo Huerta, nadie ha podido vivir en ella sin tener alguna desgracia en la familia... La casa está apestada; tiene colocolo...

Mi padre se rió con tamaña boca. Colocolo! Eso estaba bueno para las viejas y para asustar a los chiquillos, pero a los hombrecitos como él no se les contaba esas mentiras.

—No tengas, cuidado, abuela; en cuanto el colocolo asome el hocico, lo hago ñaco de un pisotón.

Se fué la veterana, moviendo la cabeza, y nosotros terminamos la mudanza. La casa era muy sucia, había remillones de pulgas y las murallas estaban llenas de cuevas de ratones... En el primer tiempo no sucedió nada, pero, a poco andar, mi padre empezó a toser y a ponerse pálido; se fué enflaqueciendo y en la mañana despertaba acalorado. De noche tosía tan fuerte que nos despertaba a todos. Le dolía la espalda y sentía vahidos de cabeza.

—¿Qué diablos me está dando?—decía.

Mi madre le preparó algunos remedios caseros y le daba friegas. No mejoraba nada.

—¿Por qué no ves un médico, José Manuel? —le decía mi madre.

—No, mujer, si esto no es nada. Debe ser el garrotazo el que me ha dado... Pasará pronto.

Pero no pasaba; al contrario, empeoraba cada día más. Después le vino fiebre y un día echó sangre por la boca. Se quejaba de dolores en la espalda y en los brazos. No pudo ir a trabajar. Una noche se acostó con fiebre. Como a las doce, mi madre, que dormía cerca de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

—¡El colocolo! ¡El colocolo!

—¿Qué te pasa, José Manuel?—le preguntó mi madre, llorando.

—El colocolo! ¡Me estaba chupando la saliva!

Nos levantamos todos. Mi padre ardía de fiebre y gritaba que había sentido al colocolo encima de su cara y que le estaba chupando la saliva. Esa noche nos amanecimos con él. Al otro día llamamos un médico, lo examinó y dijo que había que darle estos y otros remedios. Los compramos, pero mi padre no los quiso tomar, diciendo que él no tenía ninguna enfermedad y que lo que lo estaba matando era el colocolo. Y el colocolo y el colocolo y de ahí no lo sacaba nadie.

—¡Y dale con el colocolo!—murmuró Vicente Montero.

Los últimos libros:

Oscar Castro Z.: ***Huellas en la tierra.*** Cuentos.—En la Biblioteca Americana, dirigida por Armando Bazán.

Manuel Frontaura Argandoña: ***El precursor o sea El Romance de don Joseph Alonso de Ibañez,*** Villa Imperial de Potosí, Año del Señor de MDCXII.—En la Biblioteca Americana.

Walter von Hollander: ***Después de los 40 años.*** Traducción de Luis Briones Carvajal.

Se le undieron los ojos y las orejas se le pusieron como si fueran de cera. Tosía hasta quedar sin alientos y respiraba seguidito.

—No me dejen sólo—decía.— En cuanto ustedes se van y me empiezo a quedar dormido, viene el colocolo. Es como un ratón con plumas, con el hocico bien puntiagudo. Se me pone encima de la boca y me chupa la saliva. No lo he podido agarrar, porque en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y lo veo cuando va arrancando. ¡No me dejen solo, por diosito!

En la casa estábamos con el alma en un hilo, andábamos despacito como fantasmas y no sabíamos qué diablos hacer. No es broma ver que a un hombre tan fuerte como un roble se lo lleva la Pelada sin decir ni ¡ay!

Hasta que mi padre pidió que llamaramos a la viejita que le había aconsejado que no nos fuéramos a esa casa. Fuimos a buscar a la señora, vino, y cuando vió el estado en que se encontraba mi padre, le dijo:

—¿No te dije, José Manuel Pincheira, que no te vinieras a esta casa, que había colocolo?

—Sí, abuelita, tenía razón usted... Pero, ¿qué se puede hacer ahora?

—Ahora, lo único que se puede hacer es aguaitar al colocolo y matarlo. Para esto hay que saber en qué cueva vive; a veces se sabe por el ruido que hace; se queja y llora como una guagua recién nacida. Cuando no grita, para encontrarlo hay que hacer lo siguiente: espolvorear el suelo con harta harina echándola de modo que no quede ninguna huella encima. El otro día se busca en la harina el rastro del colocolo y una vez que se ha dado con la cueva, se la llena de parafina mezclada con agua bendita... Con esto no vuelve nunca más.

—¿Es un ratón el colocolo?— preguntó mi madre.

—No, mi señora, parece un ratón y no lo es; parece un pájaro y no es pájaro; llora como una guagua y no es guagua; tiene plumas y no es ave.

—¿Qué es, entonces?

—Es... el colocolo. Nace del huevo huero de una gallina. Cuando se deja abandonado un huevo así, sin hacerlo tiras, viene una culebra, se lo lleva y lo empolla; cuando nace, ella le da de mamar y le enseña a chupar la saliva de las personas que duermen con la boca abierta.

Se fué la señora, dejándonos más asustados de lo que estábamos antes. Esa noche llenamos de harina todo el piso de la pieza, desparramándola de adentro para afuera, de modo que no quedara rastro alguno. Mi hermano Andrés y y yo nos tendimos en la puerta, de guardia, armados de piedras y palos, listos para entrar cuando mi padre llamara. Conversando y fumando, nos quedamos dormidos. A media noche nos despertó el grito de mi padre:

—¡El colocolo! ¡El colocolo!

Entramos, pero no hallamos al dichoso bicho. Buscamos las huellas, pero había tantas que nos salió lo mismo que si no hubiera ninguna. En todas las bocas de las cuevas había huellas de entradas y salidas de ratones. ¿Cómo íbamos a saber cuáles eran las del colocolo?

Al otro día se repitió la pantomima. Mi padre estaba muy mal, tosía y tenía una fiebre de caballo. Más o menos a la misma hora de la noche anterior, sentimos que mi padre se quejaba como una persona que no puede respirar. Escuchamos un rato y oímos como un gemido de niño chico. De repente mi padre se sentó en la cama y dió un grito terrible. Entramos corriendo y vimos al colocolo; iba subiendo por la muralla hacia el techo.

—¡Allá va, Andrés, mátalo!

Mi hermano, que estaba del lado en que el animal iba subiendo, le tiró un peñascazo, con tanta puntería que le pegó medio a medio del espinazo. Se sintió un grito agudo, como de mujer, y el colocolo cayó en un rincón. Si lo hubiéramos buscado en seguida, tal vez lo habríamos encontrado, pero con el miedo que teníamos y con lo que nos demoramos en tomar la luz, el colocolo desapareció dejando rastros de sangre a la entrada de una cueva.

En la mañana murió mi padre. Vino el médico y dijo que había muerto de la calientita, que la

casa estaba infectada y que nos debíamos cambiar de ahí.

Después que enterramos al viejo, hicimos una excavación en la cueva en que se había metido el colocolo, pero no encontramos nada. Esa cueva se comunicaba con otra.

Nos fuimos de la casa, y un mes después, en la noche, volvimos mi hermano Andrés y yo y le prendimos fuego. Y dicen que cuando la casa estaba ardiendo, en medio de las llamas se sentía el llanto de un niñito...

Terminó su narración José Manuel Pincheira y en el instante de silencio que siguió a su última palabra, se oyó un suave ronquido. Vicente Montero se había dormido.

—Se durmió el compadre.

—Debe estar cansado... y borracho.

—¡Eh!—le gritó José Manuel, dándole un golpe con la mano.

Dormido como estaba y medio borracho, el empujón hizo perder el equilibrio a Vicente Montero, que osciló como un barril, inclinándose hacia atrás. Alcanzó a enderezarse y saltó a un lado, gritando:

—¡Epa compadre !

—¿Qué le pasa, señor?—le preguntó irónicamente Antonio.

—¡Por la madre! Estaba soñando que un colocolo más grande que un ternero me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed.

Se rieron José Manuel y Antonio. Vicente, desperezándose, dijo:

—Ya debe ser muy tarde.

Buscó en todos sus bolsillos, diciendo:

—¿Dónde está mi reloj?

—¿Tienes reloj, Vicente? Andas muy en la buena.

—Sí, tengo un reloj que le compré al mayordomo. Aquí está.

Y sacó un descomunal reloj Waltham.

—¡Ja, ja! Ese no es un reloj, pues, señor... Eso es una piedra de moler. ¡Una callana!

—Sí, ríanse, no más... Este es un reloj macuco. Anda mejor que el de la iglesia. Cuando el la iglesia da las doce, el mío hace ratito las ha dado. Me sirve muchísimo. Estuve como un año juntando plata para comprarlo. No lo dejo ni de día ni de noche. Cuando me acuesto lo cuelgo en la cabecera y le digo: Mañana a las seis, ¿no? Y a las seis en punto despierto. No lo cambio ni por un caballo con aperos de plata... Ya son las once y media. Me voy.

Se despidieron los amigos y después de dos tentativas para montar, Vicente Montero montó y se fué. Dejó que su caballo marchara al trote, abandonándose él a su suave vaivén. Tenía sueño, modorra; el alcohol ingerido se desparramaba lentamente por sus venas, produciéndole una impresión de dulce cansancio. Inclinó la cabeza sobre el pecho y empezó a dormitar, aflojando las riendas al caballo que aumentó su carrera. Insensiblemente se fué durmiendo, desliándose por una pendiente suavísima. De pronto, apareció ante sus ojos, en sueños, un enorme ratón con ojos colorados y ardientes que empezó a correr delante del caballo. Corría, corría, dándose vuelta de trecho en trecho para mirarlo con sus ojos ardientes. Después, se paró ante el caballo y dando un salto se colocó sobre la cabeza del animal, desde donde empezó a mirarlo fijamente. Era un ratón horrible, con pequeñas plumas en vez de pelos, la cabeza pelada y llena de granos de sarna y el hocico puntiagudo, en medio del cual se movía una lengua roja y fina como la de una culebra. Mucho rato estuvo allí, mirándolo sin cerrar los ojos, hasta que dando un chillido saltó y quedó colgado de la barba de Vicente Montero.

—¡Eh— gritó este angustiosamente, tirando con todas sus fuerzas de las riendas.

Detenido bruscamente en su carrera, el caballo dió un fuerte bote hacia el costado y Vicente Montero, después de dar una vuelta en el aire, cayó de cabeza al suelo. La violencia del golpe y el estado de semi embriaguez en que se encontraba, hicieron que Vicente se desvaneciera. Rezongó unas palabras y allí quedó, medio desmayado y medio dormido.

Así estuvo largo rato... Después despertó, sintió un escalofrío, se restregó los ojos y miró a su alrededor, atontado. Vió a su caballo, unos pasos más adelante, mordisqueando unas hierbas.

—¿Qué dieblos me habrá pasado?

El aire y el sueño le habían avivado la borrachera. Se puso de rodillas, tiritando, procurando explicarse la causa de su estada en ese sitio y en esa postura. Recordó algo, muy vagamente: el colocolo, un hombre que se había muerto porque se le había acabado la saliva, una vieja que echaba harina en el suelo, y un ratón con ojos colorados, sin saber si todo eso lo había soñado o le había sucedido a él.

Se afirmó en una mano para levantarse, y al ir a hacerlo miró hacia el suelo. Allí vió algo que lo dejó inmóvil. A un metro de distancia, entre el pasto alto, un ojo claro y brillante lo miraba fijamente.

—Esta sí que es grande—murmuró, volviendo a caer de rodillas y mirando asustado aquel ojo amenazante. Recordó entonces el horrible ratón de ojos ardientes que había visto o soñó ver. Hizo:

—¡Chis!

Queriendo espantar a aquel ojo fijo, pero este continúo mirándolo. Si hubiera tenido la estribera... De pronto se estremeció de alegría: recordó que en el sueño, o en lo que fuera, alguien había muerto un colocolo de un peñascazo.

—Espérate, no más... ¡Colocolos conmigo!

Tanteó en el suelo, buscando una piedra; encontró una, de tamaño suficiente como para aplastar media docena de colocolos, y calculando bien la distancia la lanzó hacia aquel ojo luminoso y fijo, gritando:

—¡Toma!

Se sintió un leve chirrido y él saltó hacia adelante, estirando la mano hacia el supuesto colocolo. Cogió algo frío y lleno de pequeñas puntas afiladas. Sintió un escalifrío de terror y lanzó violentamente hacia arriba lo que había tomado, pero en el momento de hacerlo recordó algo que le era familiar al tacto en la forma y en la frialdad. Estiró la mano y recogió el objeto que descendía. Lo acercó a sus ojos y vió algo que le hizo darse un golpe de puño en el muslo, al mismo tiempo que gritaba con rabia:

—¡Por la misma remadre! ¡Mi reloj Waltham!...

La Ciudad de los Césares

Por Pedro Prado

(De *Revista Universitaria*. Santiago de Chile, 1939)

Deseo hablar de Chile y los chilenos, y para ello nada encuentro mejor que hablar de la Ciudad de los Césares, de los soñadores y descontentos que sin saber la buscaban, de los guerreros que ignorándola la defendían. De todas nuestras ciudades la de los Césares es la única invisible, y de todos nuestros conciudadanos, los descendientes de los que lucharon por ella son los que mejor informan el acento y el sentido característico del alma de mi país.

Quien quiera conocer la profunda realidad de un hombre o de un pueblo, debe atenerse no sólo a lo que ellos hacen o dicen, a lo que parecen ser o creen representar, sino especialmente al oculto sentido revelador de sus sueños iniciales y perdurables, de sus imágenes primigenias y fecundantes.

Si esos sueños y esas imágenes emergidas en la infancia de un pueblo han persistido, adentrándose en él hasta ser inconscientes, y si la apetencia e inquietud que trajeron no han sido saciadas, habrán terminado por madurar y deshojarse, para entregar su fruto. Nadie que ignore, reconocerá en la amargura, en la acidez, en la tonicidad de ese fruto, la belleza de la flor que al gestarlo muriera. El hombre o el pueblo que reste valor a su remota infancia y tenga en olvido sus imágenes inalcanzables y deseos insatisfechos, ignorará siempre las lejanas raíces que abrevan el sentido de su actual conducta incomprensible.

Hace pocos días celebraban los habitantes de este Continente el aniversario del descubrimiento de América. Invito a los que me escuchan, si desean en verdad conocer el alcance de esta disertación, a una tarea sencilla al parecer, dificilísima en realidad. Los invito a un viaje imaginario, no a través del espacio para llegar a una comarca determinada, sino a través del tiempo, para revivir una época extinta.

He aquí ante nosotros la Europa a fines del siglo XV. Si la miramos desde el exterior, es como si la observáramos panorámicamente. La quietud de los grandes perfiles de sus montañas, la sedante sensación de sus llanuras, los trazos luminosos de sus ríos, todas las constantes del paisaje terrestre, siempre pequeño ante la prodigiosa amplitud del cielo, hoy como ayer dominan y se imponen, dejando inadvertidos los cambios efectuados en campos y ciudades, como detalles secundarios que naufragan entre las permanentes apariencias de las inmensas perspectivas.

Pero, si prosiguiendo nuestro viaje, no nos satisfacemos con llegar al aspecto que ofrece el exterior de ese tiempo, si pugnamos por cumplir nuestro propósito, si vemos por penetrar de verdad en esa época, tendremos que allegarnos a los hombres de entonces y no permanecer fuera, sino pasar a su interior; no sólo encarnar en ellos, sino poseer su espíritu. El que lo consiga—y cuán difícil es—experimentará el deslumbramiento que acompaña a todo despertar. Despertar es sentir el reinado de nuevas evidencias fundamentales. Todas las cosas del mundo que un despertar hace presentes son contempladas organizándose en jerarquías, de acuerdo con el sentido de esas evidencias. Un olvido poderoso posee y desvanece a las evidencias anteriores, cuando ya no reinan. Es entonces cuando ellas nos parecen despectivamente errores o ignorancias, absurdos o sueños. Por esto es muy difícil reconstituir un sueño y casi imposible revivir una época pasada de la historia. Cuando nos abandonan, nos abandonan con sus evidencias, es decir, el hilo que une ordenadamente las cosas de que se componen las apariencias, se rompe y las deja caer como sarta de perlas que se desbarata. Aunque algunas se recuperan, muchas se pierden al rodar hacia los rincones oscuros. Pero si es dificilísimo reconstituir un collar disperso, es imposible restablecer su orden estricto.

En nuestro viaje imaginario, si logramos poseer el espíritu de los hombres de aquella época, será, pues, preciso, al mismo tiempo, conservar celosamente nuestras evidencias contemporáneas, para apreciar toda la magnitud del cambio ocurrido. De otro modo, las nuevas se nos presentarán como únicas y naturales; tan absoluto y dominante es todo despertar.

No olvidemos que, por diferentes que sean, en esencia todas las comarcas de la tierra se parecen demasiado, y, por semejantes que se las estime, todas las épocas de la historia se diferencian profundamente.

Estemos alertas. La evidencia se caracteriza porque actúa sin necesidad de parecer presente. En estado tácito la sentimos y la poseemos. Se la siente como a la luz, invisible en sí misma, pero actuando en las cosas del mundo que ella ilumina; se la posee como la fe verdadera que sustentamos y que se nos revela, aun a nosotros mismos, por la jerarquía otorgada a las acciones humanas, por los deseos y esperanzas que enciende, por los hechos que nos hace nacer.



(Cuadro de *Israel Roa*)



Pedro Prado

Entre las evidencias de aquella época, entre los valores tácitos y por lo tanto fundamentales de fines de la Edad Media, tenía la vida la sensación de que la tierra conocida estaba circundada, no sólo por lo ignoto, estado pasivo que no ejerce siempre atracción suficiente, sino circundada por el misterio, estado tanto más activo, cuanto más intensamente se le vive.

Las fronteras del mundo entonces conocido, se degradaban como paisajes que se esfuman al penetrar en la niebla. Y si la niebla, al mismo tiempo que limita lo perceptible, amplifica lo que oculta, imaginemos cómo era de inmensa la tierra que sustentaba a nuestros ascendientes europeos. Ella, como un cuento de Lord Dunsany, limitaba al Norte con los dominios del Gigante Bóreas, al Oriente con las deseadas Indias remotas, al Sur con el Viento del Desierto, y al Poniente con el antiguo y vasto Imperio de Neptuno, el mar sin término, el mar que hacía milenios sepultara a la Atlántida, y que habíase tornado más peligroso desde la muerte del Dios Marino.

¡Cómo era de inmensa la tierra de entonces! Nada hace crecer tanto un dominio cualquiera, como saber y sentir que él tiene fronteras comunes con el misterio mismo.

Aun la parte entonces conocida de nuestro planeta era mayor que la misma extensión si la consideramos ahora. La tierra de antaño debía ser cruzada a pie o a caballo, labrada por las solas fuerzas del hombre y de los animales domésticos, los mares surcados por barcos que impelía el viento, que comandaba el coraje y que guiaba el instinto. La brújula comenzaba apenas a ser conocida.

Había una relación individual más ajustada a equidad entre el esfuerzo y el logro, entre el valor y la victoria, entre la materia dominada y el espíritu liberado. La vida tenía un ritmo propicio a procurar una asimilación más perfecta y más fortaleciente: estaba hecha más a medida humana.

Hoy, cualquiera puede viajar sin esfuerzo y ver sin fruto. La rapidez en el desplazamiento ha hecho que su sensibilidad resbale y no penetre, que le dé apariencias y no imágenes, nombres y no conocimiento; hoy cualquiera puede alcanzar pretendidas realizaciones y victorias con mínima constancia y valor escaso, pues si un ejercicio imperfecto de las virtudes basta hoy para darnos el triunfo, sus consecuencias serán más funestas que si hubiésemos fracasado.

Pero, a causa de todo ello, en el tiempo presente es difícil, casi imposible, por la facilidad de obtener éxitos aparentes sobre las cosas exteriores, conseguir las prerrogativas que implica el verdadero estado de dominio. Sólo se domina cuando en verdad se conoce, y todo conocimiento valedero comienza sólo por el conocimiento íntimo, o sea por un dominio sobre nosotros mismos.

Aquel misterio que rodeaba la tierra conocida, al llegar el Renacimiento y comenzar la revelación de la cultura clásica, se hizo tan poderoso, que las imaginaciones al excitarse, como ocurre a los poseídos por sueños más y más intensos, acabaron por despertar a los hombres. Despertar único y extraordinario. Unas islas, luego otras y otras, un continente, un inmenso continente, emergieron ante la humanidad. Navegantes impávidos, penetrando y perdiéndose en lo desconocido, acabaron por dar la vuelta al mundo. La tierra era redonda. Aquella antigua evidencia de misterio se desvaneció como la absurda y pretendida realidad de un sueño que pasa. Otra potente y desconocida evidencia nacía para reinar sobre la humanidad en el insólito y resplandeciente reino de su nuevo despertar. Esa evidencia era la realidad de lo maravilloso como ofrecimiento de posibilidades infinitas.

Ninguno de los grandes hechos históricos conocidos de origen material ha tenido una repercusión semejante para la humanidad.

¿Era posible que los grandes pueblos antiguos no hubiesen conocido nada de ese continente, de esas islas, de todas esas revelaciones que extasiaban? Pueblos tan extraordinarios como los egipcios, los griegos y los romanos nacieron, vivieron y desaparecieron sin haber visto con sus propios ojos lo que ahora veían aventureros audaces. Y por miles y miles de años ese mundo había estado aguardando la llegada del hombre blanco. ¡Qué de cosas extraordinarias, qué de maravillas no albergaría en su seno!

Acaso ni una posible y futura visita a nuestro satélite y a los planetas, produciría un efecto parecido en la humanidad. A la Luna, a los astros, bien que remotos, los tenemos ante la vista, y aunque sea suave y débil su brillo, algunos rayos de luz llegan hasta nuestras pupilas.

Pero la América no, la América era desconocida e invisible, surgió repentinamente forjando y ampliando el espacio que los más audaces de los soñadores habían asignado a la extensión de la tierra.

Es necesario que veamos por imaginar el nacimiento y desarrollo durante siglos de ese incomparable estado de alma. El no era sentido por todos con igual intensidad, pero era vivido cada día con mayor significación y trascendencia. El sortilegio de América comenzó a actuar como un reactivo sobre Europa, y especialmente sobre España y Portugal. Una selección automática principió a efectuarse.

Los aventureros puros, seres en quienes se estagna y perdura la juventud, y para quienes la vida toda sigue ofreciéndose como un juego; los descontentos natos, los que sólo saben desear deseos sin formas y sin nombres, los soñadores profundos a quienes sus dueños galvanizan y como sonámbulos ejecutan impertérritos los actos y recorridos más arriesgados, todos aquellos otros susceptibles de recibir el contagio de estados imaginativos, en fin, los ambiciosos y los fuertes, los hambrientos de oro y de gloria, y los capaces de aventar la angustia de una tragedia y conquistar el olvido, formaron huestes y huestes expedicionarias.

Muchos otros soñaban con venir, pero no supieron cómo se debe soñar para que los sueños muevan la osadía, rompan todo lazo y forjen la aventura. Hubo quienes no fueron contagiados, merced al deleite que acaso encontraban en el despunte de un amor, de una riqueza, de unas prerrogativas, o merced a su capacidad de fatiga, desprecio, indiferencia, pereza o cobardía.

No quiero decir que vinieron a América los mejores. Afirmo, sí, que automáticamente se estableció una diferenciación, viniendo los más necesitados de aventuras, de sueños, de oro, de olvido, los más descontentadizos, los más creyentes en la nueva evidencia invisible que comenzaba a reinar.

Pero América era inmensa y desconocida. En Méjico, en el Perú, en todas partes, las aventuras eran portentosas. Los aventureros y los hambrientos de oro iban quedando saciados, pero los descontentos natos, los soñadores empedernidos, seguían insatisfechos.

El oro imaginario resultaba ser más rutilante que el oro real. Entonces, así como había surgido América de entre el Mar Misterioso, surgió para los insatisfechos El Dorado, en mitad del corazón de la América desconocida. Los mitos provienen del crecimiento de las imágenes más primordiales y significativas del alma humana. Al alcanzr ellas su máxima potencia, sobreviene en el ser un desdoblamiento. Lo más intenso que lo agita y hiere se exterioriza lejos del que lo experimenta. El mito nace y el hombre acude alucinado, persiguiendo el sitio cambiante donde se ofrece, ignorando que es la imagen de su propio espíritu.

Es verdad que los conquistadores buscaban el oro, pero el oro más estrictamente real sólo vale por lo que tiene de oro esencialmente imaginario, y por desgracia de este último metal imponderable, el oro que amonedamos tiene sólo una escasísima ley.

El oro real es fuente de goces limitados, y, por limitados, causantes de desengaños y desventuras. En el laberinto de la vida el camino que él nos ofrece da muchas vueltas y revueltas, y cuando más avanzamos y más parecemos llegar al logro de la felicidad ambicionada, el camino que nos conduce se presenta de pronto definitivamente obstruído. Resulta ser uno de los tantos caminos de engaño. Al llegar a su extremo, al comprender que no es posible avanzar, nos creemos muy cerca del centro anhelado; pero, en verdad, estamos más lejos que nunca, porque, si deseamos triunfar, sería necesario desandar todo el recorrido ya hecho. Los hombres no se resignan a perder sus esfuerzos y ven inútilmente por transgredir las normas y salvar los obstáculos.

El oro imaginario es bien otra cosa. El sobrepasa en sentido a la cantidad, él es cualidad pura, por lo tanto, no es una fortuna dada, sino la fortuna misma. Por este motivo es capaz de proporcionar la libertad, la independencia, el disfrute, el goce y la alegría, y puede hacernos no sólo generosos y benevolentes, sino propicios a obtener la salud integral, la serenidad perfecta, la verdadera sabiduría. El oro imaginario se presenta como la paz misma.

El Dorado, la comarca plena de oro imaginario, era, por lo tanto, un país habitado por hombres émulos de los dioses y por mujeres que debían encarnar la belleza perfecta y la juventud imperecedera.

Los expedicionarios en demanda del espejismo de esa comarca, se sucedieron sin término, porque, como no se sabía con exactitud dónde El Dorado se encontraba, todas, en verdad, iban en su busca. Hubo varias organizadas directamente en España. En una de ellas, allá por el año de 1590, llegó a Venezuela y atravesó toda la América como un alucinado el fundador de mi propia familia. No estaría bien, en mi calidad de poeta, no saludar o reconocer a un antepasado directo y verdadero, a quien, acaso sin saberlo, revivo.

El Dorado no estaba en Méjico, el Imperio Azteca ya había sido conquistado, su riqueza no era desconocida.

El Dorado no era el pueblo Chibcha en la actual Colombia, no era el Perú ni el Alto Perú. También el Imperio de los Incas había sido destruido y su inmensa riqueza había dejado de ser imaginaria.

Con el nacimiento de El Dorado se hizo evidente la nueva y constante selección que se efectuaba entre los conquistadores. Muchos fueron los engañados, creyendo que el oro rutilante que buscaban era el oro que iban encontrando, pero hubo algunos desconfiados que no se turbaron, y siguieron impertérritos sin desfallecer ni aceptar acechanzas.

Aun quedaba tierra desconocida por donde seguir más y más lejos.

Al extremo Sur del Continente había un país de dificilísimo acceso; un desierto y una cordillera enormes lo aislaban, y el más inmenso y solitario de los Mares lo defendía. Llegar a Chile era una epopeya, salir de él, un milagro. Sin embargo, muchos volvían diciendo que era un país pobre defendido por indios tenaces. Pero Chile ocultaba una significación única y definitiva. Chile era el extremo de la tierra, la postrera posibilidad, el último rincón del mundo. Hasta el Bío-Bío, con grandísimos esfuerzos, se podía llegar. Más allá era casi imposible. Los araucanos, como si defendieran el mayor de los tesoros, cerraban el paso con una bravura desconocida en las otras tribus indígenas de América. Entonces, por encima de todos los obstáculos, saltó el espíritu de los conquistadores, y en el extremo Sur del continente, entre las cordilleras cubiertas de bosques y coronadas de ventisqueros, nació y vivió por siglos, casi hasta nuestros días, el nuevo mito: la Ciudad de los Césares.

El Dorado era toda una comarca. Los Césares habitaban sólo una ciudad. El mito era más pequeño en extensión, pero fué más potente en perdurar. El Dorado se desvaneció hace siglos. En cambio, no hace muchos años todavía, silenciosa y mohina como tantas otras, volvía la expedición de don Lázaro Pérez, párroco que fué de Ancud, que había salido en busca de los Césares sin solicitar permiso a sus superiores.

Hoy la creación y el progreso de la provincia de Aysen han hecho imposible la existencia de la Ciudad de los Césares. Los Césares han emigrado. ¿A dónde? ¡Ya no queda tierra donde sustentar un sueño!

Los mitos irrealizados se defieden con una tenacidad terrible, transformándose con una astucia sin semejante. Cuando para ellos ya todo es imposible, sin resignarse a morir pasan a marcar indeleblemente la conducta posterior a los fieles, no sólo como lo hace un gran deseo insatisfecho, o un sueño irrealizado, o un amor tiránico e imposible, sino como lo haría la muerte, de una fe inconsciente en una evidencia obscura, sin conseguir en la soledad que viene sino una conciencia, incapaz, sin embargo, de extinguir la inquietud sin nombre, el deseo sin objeto, la angustia sin causa, que quedan alentando, a la vez vivos y muertos, como una ceniza que quema.

Sobre esa sangre española que contribuyó a la formación del pueblo de Chile, recaen sospechas fundadas de que irrigó a gentes varias veces más y más insatisfechas. La sangre indígena que nos integra no alimentó cultura autóctona digna de mención, pero sustentó a uno de los pueblos primitivos más bravos de verdad. El juicio corriente y actual sobre los araucanos, es falso. Ercilla supo lo que dijo en su **Araucana.** Un poeta es capaz de saber de ralidades indemostrables. Por algo los más grandes filósofos griegos citaban, como prueba de sus asertos, las palabras reveladoras de los poetas antiguos.

Que Ercilla pintó indios falsos, que embelleció las apariencias, sin duda alguna; pero así nos reveló mejor el sentido oculto.

Esa la ley. El sentido verdadero que posee la vida más miserable se refiere siempre al espíritu que ella encierra. Y, en última instancia, cualquier espíritu posee belleza potencial.

El valor físico es una cualidad que en esta época blanducha, estamos siempre tratando de menospreciar, poniéndolo por debajo de todas las otras más finas calidades del valor. Y no siempre es así, porque el verdadero valor físico es una síntesis de los demás, como que con él se arriesga, en último término que lo compendia todo, la vida, y que, por su intermedio, aun se encaran las consecuencias posteriores de morir. Es, pues, una de las más auténticas y fundamentales de las virtudes.

Los araucanos no desmintieron a Ercilla. Si antes de la llegada de los españoles, siempre se habían opuesto a la penetración del Inca, durante casi cuatro siglos, pelearon, oponiéndose a la penetración de los blancos. Nuestros abuelos peleaban aún en las campañas de la pacificación de la Araucanía. Toda la región de Chile allende el Bío-Bío, la llamamos todavía la Frontera, y lo fué durante siglos.

A Chile lo informan un mito y una epopeya. Mito cuyas raíces abrevaron en la creencia en maravillas que reinó durante la época del Renacimiento. Epopeya que es el único poema épico digno de ese nombre en la lengua castellana.

La generación a la cual pertenezco nació cuando ya hacía tiempo que la epopeya que sobrevivió al poema había terminado, y que el mito se había desvanecido para siempre.

No es extraño que ahora muchos de los que me escuchen sonrían con extrañeza o desprecio. No es extraño, pero si el pasado aparente se puede rehacer, el pasado verdadero vive transformándose en nosotros. Porque fuimos en cierto modo, selección de pertinaces en esperar sin resultado, los chilenos somos ahora uno de los pueblos más descontentadizos de la tierra, sin razón visible. Lo somos por herencia ancestral y por muerte de la fe obscura en esperanzas inciertas. Todo en Chile nos parece malo: sus hombres y sus instituciones, lo que se hace y lo que se piensa.

Pero, al mismo tiempo, porque hemos soñado largo, hemos logrado despertar bastante, consiguiendo cierto conocimiento del absurdo, algo del ridículo y no escasa conciencia de la realidad.

Emigrados los Césares hace tiempo, el mito hecho polvo, bulle disperso por el mundo. ¡Ay! Europa! ¡Ay, Estados Unidos! ¡Ay, Rusia! ¡Ay, la India! Cualquier país, no importa cuál, la cuestión es que sea extranjero y nos permita imaginar.

Mas, al visitar muchos pueblos distantes, el chileno, al mismo tiempo que los admira, se asombra del exceso de optimismo, de su satisfacción exagerada, de su soberbia inconsciente. Entonces, de modo solapado, sin que lo adviertan, el chileno en el extranjero sonríe un poco. No, allí nunca han vivido los Césares.

Los chilenos, en su descontento creciente, han terminado por parecer un pueblo pesimista. Un pesimista es un insatisfecho pasivo, el descontentadizo es un pesimista activo. El chileno lo es.

Otros nos clasifican entre los pueblos fatalistas. No puede serlo el descontentadizo que, además de sus quejas, no se resigna, y los chilenos no nos resignamos. El chileno dice ahora ante cualquier cosa que vaya a ocurrirle: ¡Qué tanto será!

Parece haber descubierto el secreto de que todo resulta a la postre muy poca cosa ante lo imaginado. Pero, como es y será siempre un descontentadizo, aunque vaya a volver a desilusionarse, prosigue sin término porque, como él dice, acompañándose de su sonrisa más burlona:

"Hermano, entre ponerle y no ponerle, más vale ponerle, porque, después de todo, ¡qué tanto será!"

Y la vida así adquiere para él, sin que lo advierta con claridad consciente, el aspecto de un juego que hay que jugar, juego que no le apasiona demasiado porque él hace tiempo que ya ha ido despertando, y, cuando esto se consigue, no vale la pena apasionarse demasiado por nada. Y se burla de quienes lo toman todo tan en serio, y se ríe de sí mismo al ver que también él juega. Pero qué va a hacerle. Se comporta como si más allá de las apariencias le aguardara al fin algo en verdad real, acaso "La Ciudad de los Césares".

Y en espera de llegar a ella, mientras tanto, burlonamente le pone, como él dice, porque, después de todo, ¡qué tanto será!

P. P.

Hay que trabajar

El 13: "*Comisión militar. Primera sesión; firme, sereno y claro. Dedicados estos días únicamente a este trabajo. Me he entregado por completo a él y tengo buenos esperanzas, pues estoy seguro de perseverar. El peso de los trabajos es excelente para el alma; cuando se ve aliviado de ellos, juega más libremente y saborea mejor la vida. Nada más miserable que un hombre sin trabajo y sin preocupaciones; las cosas mejores le repugnan. Dificultad de poner en marcha máquinas terrestres y también de mantenerlas. Los manuales y la historia son igualmente ridículos para el que obra. Pero ninguna oración es más orgullosa que la que pide sabiduría, pues los dioses se la han negado definitivamente a los hombres. Sólo dan ciencia*".

(La cita es de Emil Ludwig, en *Goethe*. Historia de un hombre. Edit. Juventud Argentina. Buenos Aires. 1938).

Solicite este semanario a la Señorita
MATILDE MARTÍNEZ MÁRQUEZ
LIBROS
La Habana, Cuba. - Apartado 2070.
Teléfono Fo. 2539.

Cautin, sur de Chile

(Del libro *Intuición de Chile.* 1935.)

Tanto se elogia al alemán en la colonización del Sur, que cabe ya preguntarse si creyéndose superior, el alemán no se aisló demasiado y, bebiendo su cerveza valdiviana y cantando sus cantos, no se preocupó de que sus hijos aprendieran bien la lengua del país y arraigaran sentimentalmente en la tierra. No falta tampoco el criollo bobo que les fomente su engreída leyenda. Algunos diarios y periodiquillos del Sur, cuando en el último Enero (1935) se efectuaba el plebiscito del Saar, seguían el acontecimiento con excesivo fervor germánico. *¡Deutsche ist die Saar!*, nos decían aquellos papeles provincianos entre dos grandes y teutónicas admiraciones. En las ciudades y pueblos, el alemán va formando su círculo cerrado, su club social, deportivo o atlético, donde apenas—como señalada merced—se recibe al chileno. Pocas veces el hijo del alemán va al Liceo Fiscal o concurre en el quinto o sexto año para sacar su Licencia Secundaria, cuando ya la mentalidad y el lenguaje estuvieron formados en su hermética idiosincrasia alemana. Asi de Chile o del espíritu hispánico no recoge sino aquellas partículas indispensables para obtener su Bachillerato—si quiere seguir una carrera universitaria—, pues en el fondo de su conciencia continúa pensando y reaccionando ante las cosas de Chile, con su orgullo sajón. Economicamente ya está venciendo o ha vencido no sólo al chileno pobre, sino también al chileno rico y aristócrata que pretendía tener y usufructuar tierras desde su poltronería santiaguina. Y, ejemplo de chilenos parecen aquellos muchachos, hijos de propietarios germanos, a quienes vi en la Escuela Industrial de Temuco aprendiendo herrería y mecánica, no porque fueran a ejercer de herreros o mecánicos, sino sencillamente porque para la buena economía y administración de sus fundos, precisaban también el dominio de tales oficios. Ellos no piensan como el artistócrata o el rico criollo, que la Técnica y los trabajos manuales sólo sean buenos para "los rotos". Se pediría, sí, al Estado que tratara de nacionalizar más esas pequeñas Europas que se encierran y humillan un poco al criollo, despues que la tierra americana los enriquece. No cabe la inútil xenofobia en un mundo nuevo que da para todos, que aun necesita de muchos millares de inmigrantes, pero sí se impone la previsión del espíritu nacional. Bastaría que en esos colegios extranjeros a donde acuden en el Sur los hijos y descendientes de colonos ricos se enseñara mejor y con mayor control del Estado, la lengua materna; que la Historia de Chile se transmitiera no sólo porque lo exige el Programa, sino como un estímulo vivo; que la voluntad histórica chilena tomara esos hombres nuevos y fuera ya más fuerte que la nostalgia de su perdida Europa. Si el alemán se suele amurallar en su orgullo europeizante, en este su irracional romanticismo étnico de donde ha surgido la hoguera nacista, la muchacha alemana suele sentir en el Sur la atracción del hombre moreno. Y de esos curiosos entronques sureños de alemana y vasco-francés, de alemana y chileno, de alemana y español, surge una raza más graciosa y viva que la teutónica originaria.

Si en el combate económico prevaleció y está prevaleciendo el gringo—quizá porque la Educación chilena no ha sido todavía o lo ha sido en muy pequeña parte educación económica en el combate político, el gringo, ya latifundista, se encontraba con la imaginación más pronta y para él más enrevesada, del chileno. Algunos síntomas nos dan las formas de este resentimiento gringo cuyo auge económico no ha encontrado todavía un equiparable brillo político. No han producido un estadista, un orador, un escritor al que se le escuche. Recientemente han hallado su forma de expresión política en ciertas organizaciones militarizadas, de ideología muy simple, que la crisis de los últimos años y el ejemplo de una histérica Europa, hicieron brotar en Chile. Estas instituciones donde se realizan saludables ejercicios gimnásticos, que ofrecen al buen burgués empenachados y prusianos títulos militares y donde se conversa poco, expresan bien su escasa destreza imaginativa y su aun verde inexperiencia política. "Mucha administración y ninguna política" suelen decir esos caballeros de los que sugen algunos eficientes alcaldes. Pero es que el gobierno de un país es algo más que una confederación de alcaldías; el alcalde puede hacer jardines y acueductos, pero la Historia no sólo se hace con obras públicas sino con una fe y una voluntad nacional que anima el presente y va previendo el porvenir, o con una política. Esto aun no se ve en nuestros poderosos amigos del Sur, que toman tan obstinadamente los deberes que les imponen sus instituciones militarizadas. O no puede haber Política de sólo los mayores propietarios y contribuyentes; política que carezca del aliento del pueblo.

MARIANO PICÓN SALAS

Crónica literaria

(*El Mercurio*. Santiago de Chile, 20-X-40)

De Díaz Mirón a Rubén Darío, por Roberto Meza Fuentes. (Nascimiento)

Histórica o fabulada, nadie quitará al repertorio de las anécdotas significativas aquellas escenas del joven poeta que, ha medio siglo, llegó solo, una noche, a Santiago y descendió en la Estación de los Ferrocarriles.

Allí le aguardaba un magnate.

Alguien, sin duda el Destino, había anunciado al Rey Burgués el arribo de un personaje considerable por el tren de Valparaíso. Ocurren así providenciales equivocaciones. El Rey había acudido, en carruaje de lujo, forrado de pieles, fumando un habano. Y se paseaba, inmenso, por los andenes.

La gente salía apresurada.

Al fin no quedaron sino ellos. Tuvieron que hablarse. Darío lo ha contado con fantasía en sus Memorias y nosotros podemos imaginar el diálogo del judío rico y el judío pobre, como en los *Cuadros de una Exposición*. A la voz alta, imperiosa y robusta, resonante bajo el techo de cristales, un acento delgado responde, sumiso, tímido, de súplica. El poeta, feo, tropical y mal vestido, sujeta su equipaje de vagabundo. El Rey lo mira de alto abajo.

—Le había reservado una pieza en el Hotel. No le conviene.

Evidentemente, no le convenía aquella pieza en ese Hotel.

Pero transcurren cincuenta años.

El magnate suntuoso y ostentoso, el Rey Burgués del habano y las pieles, ha mucho tiempo que marchó, al trote de sus caballos, rumbo a una región imperceptible y se ha perdido como el humo en el aire. Se duda hasta de su nombre: sólo existe por lo que dijo aquella noche en la Estación. Mientras el pobre muchachito encogido, creciendo y estirándose, trepando de escalón en escalón, ha llegado a alturas tales de vértigo de gloria, que ya ningún ojo, aunque ciego, podría menos de admirarle y oído alguno, aunque sordo, dejaría de oír el coro continuo con que le rodean las alabanzas.

Ahora tampoco le convendría aquel Hotel ni aquella pieza...

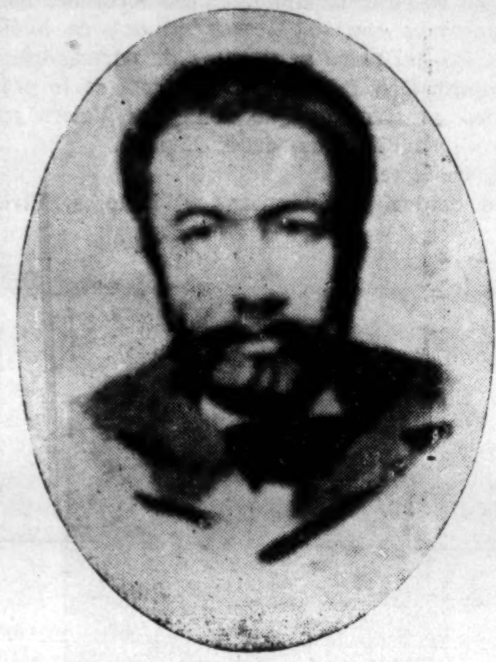
Trasmutóse del todo el carbón en diamante purísimo, foco de luz, y del gusano primero ha surgido, total, radiante, aérea, la mariposa inmortal.

—o—

Chile tenía, pues, una deuda con Rubén Darío. Y está pagándola.

Los estudios sucesivos que autores nuestros le han dedicado forman un respetable conjunto de volúmenes.

Empezó Armando Donoso, el año 27, con las *Obras de Juventud* del maestro, mirado ya como maestro. Después vino la biografía panorámica, todavía interesante, que Francisco Contreras editó en París y que se ha reimpreso, últimamente, en Santiago. El libro de Torres Rioseco, hecho en Estados Unidos, ha llegado a pocas manos en estas tierras, por razones de pesos. Un erudito exacto concienzudo, minucioso, Raúl Silva Castro, y un técnico paciente, sujeto de rigurosa disciplina, el profesor Saavedra, han comparado textos, han hecho análisis químicos, han descubierto páginas inéditas, detalles curiosos y preciosos. Sin contar innumerables homenajes, artículos, reminiscencias y semblanzas fragmentarias, como la notabilísima, tan gráfica, tan evocadora, de Rodríguez Mendoza, capítulo de uno de sus libros, tenemos hoy el curso dado en la Universidad de Chile por Roberto Meza Fuentes sobre la *Evolución de la Poesía Hispanoamericana* que acaba de aparecer bajo el título *De Díaz Mirón a Rubén Darío.*



Rubén Darío a los 29 años

(Dibujo de *Schiaffino*)

Este marca, como si dijéramos, la plenitud de los tiempos para la gloria de Darío.

Pasan a segundo término los datos biográficos, las anécdotas personales, apenas se alude a discusiones y defensas y se deja atrás la batalla entre clásicos y modernistas, cuya polvareda recordamos.

Roberto Meza, el más joven y reciente comentador de Darío, va derecho a la emoción trascendental del poeta y se detiene en su mensaje a la raza: su crítica sube con facilidad al cántico y sólo topa en el éxtasis.

Admira al poeta aun más de lo que el poeta mismo se admiraba.

En un estudio que hizo época, José Enrique Rodó había declarado que Rubén Darío, con toda su excelsitud y su cualidades absolutamente maravillosas, no podía considerarse el poeta de América. Rubén no le contradijo. Por el contrario, en abril de 1899 dice a don Miguel de Unamuno: "Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano. Mejor que yo ha desarrollado el asunto el señor Rodó, profesor de la Universidad de Montevideo... Mucho menos soy castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso ideográficamente: de ahí que mi obra no sea castiza".

Puede observarse aquí la diferencia del tono en que el poeta habla de su personalidad y su obra y el ditirambo ensordecedor a que nos tienen ¡ay! demasiado habituados otros grandes hombres del Nuevo Mundo, presentes y pretéritos.

Ello sólo permitiría afirmar que Francia había pasado por allí, profundamente.

Pero escrito está que "el que se humilla será ensalzado" y Roberto Meza se encarga de realizar esa sentencia.

Lo admirable es que lo hace de un modo concluyente.

La renovación modernista que concretó al maestro nicaragüense vino, ciertamente, de París. Lo atestiguan sus predecesores.

Los dos mejicanos: Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, los hijos de Cuba, Martí, Casal, el colombiano Asunción Silva, cada cual con su matiz y entonación distinta, forman en el libro de Meza Fuentes un coro que preludia, insinuante, el alba próxima y el estallido total de la orquesta, madura, segura; y el surgir de la canción definitiva "con Hugo fuerte, con Verlaine ambigua". Lo que allí había de novedad no procede, ciertamente, de España, largo tiempo hipnotizada por el sonsonete ritual, llamado clásico.

Es otro punto en el cual se rebela y se revela nuestro autor.

Se presentaba a Darío, en aquellos tiempos, como el antípoda del clasicismo, definiéndose este último en la rutina consagrada para uso de las clases, norma inflexible, tradicional desde el siglo de oro, que justamente debía romperse para hallar aire libre.

La eterna querella de las generaciones.

Meza Fuentes amplía ese molde, lo vacia, torna a llenarlo. Dice: "El clásico siente la armonía de los contrarios; trata de realizar en sí mismo la unidad que busca el filósofo en las cosas dispersas; quiere alcanzar la perfección suprema iluminando el caos con una ordenación que significa disciplina, amor a la norma, respeto a la jerarquía, El clásico aspira a ser eterno; pero para ello comienza por interpretar a su tiempo; pretende ser universal y, para alcanzarlo, es primero hijo auténtico de su tierra; quiere expresar lo profundo e inefable y lo logra cuando la claridad, sencilla y humilde, resplandece en su expresión. El clásico viene a acrecentar el tesoro de la tradición, viene a enriquecer el espíritu de una raza, ensanchándolo con una mayor universalidad y estremeciéndolo con una más cordial palpitación humana".

Entre las incontables fórmulas aplicadas al espíritu clásico, esta nos parece una de las buenas.

Tarde o temprano, quiéralo o no, el autor grande ha de caber ahí.

Meza Fuentes la ha hecho a la medida de Darío, teniéndolo delante de los ojos y bastaría desplegar ese ovillo para que todo el hilo de su obra poética pasara a nuestra vista.

Antiguo y moderno, pagano y cristiano, atormentado por la carne y el espíritu, Darío, como Verlaine, sufrió el drama renacentista del hombre "roto por dentro" que oscila y no se conforma, juguete del cielo y de la tierra, llevado hacia "la vida que tienta con sus frescos racimos", lleno de terror ante "la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos"... sin saber, el filósofo, "adonde vamos, ni de dónde venimos".

Eso cuanto al fondo.

Hacia la superficie, hay que ordenar el caos y establecer las jerarquías. Los muertos permanecían de pie, los valores caducos primaban todavía: era el caos. Había que empujar todo eso a la sepultura y revolucionar el orbe poético, lingüístico, mental, sentimental. El futuro clásico desempeñaba un papel romántico; pero, transitoriamente, mientras la parcela del presente, interpretada de otro modo, en otro estilo, se convertía en forma eterna.

Lapso obscuro, revuelto. Llegada del huésped desconocido a la pistación. Anuncios, adivinaciones parciales y lucha encarnizada contra el mundo sobreviviente. Todo lo que ahora mismo estamos viendo cerrado ya el círculo modernista.

Hasta que se conquista la claridad, la sencillez humilde y resplandeciente.

¿Cómo?

No porque el poeta haya cambiado. Ahí están sus primeros y sus últimos libros, coherentes, armónicos en su progresión vegetativa. Porque ha cambiado el público y los que no entendían ni aceptaban, comprenden y se han

Cautin, sur de Chile

(Del libro *Intuición de Chile*. 1935.)

Tanto se elogia al alemán en la colonización del Sur, que cabe ya preguntarse si creyéndose superior, el alemán no se aisló demasiado y, bebiendo su cerveza valdiviana y cantando sus cantos, no se preocupó de que sus hijos aprendieran bien la lengua del país y arraigaran sentimentalmente en la tierra. No falta tampoco el criollo bobo que les fomente su engreída leyenda. Algunos diarios y periodiquillos del Sur, cuando en el último Enero (1935) se efectuaba el plebiscito del Saar, seguían el acontecimiento con excesivo fervor germánico. *¡Deutsche ist die Saar!*, nos decían aquellos papeles provincianos entre dos grandes y teutónicas admiraciones. En las ciudades y pueblos, el alemán va formando su círculo cerrado, su club social, deportivo o atlético, donde apenas—como señalada merced—se recibe al chileno. Pocas veces el hijo del alemán va al Liceo Fiscal o concurre en el quinto o sexto año para sacar su Licencia Secundaria, cuando ya la mentalidad y el lenguaje estuvieron formados en su hermética idiosincrasia alemana. Asi de Chile o del espíritu hispánico no recoge sino aquellas partículas indispensables para obtener su Bachillerato—si quiere seguir una carrera universitaria—, pues en el fondo de su conciencia continúa pensando y reaccionando ante las cosas de Chile, con su orgullo sajón. Economicamente ya está venciendo o ha vencido no sólo al chileno pobre, sino también al chileno rico y aristócrata que pretendía tener y usufructuar tierras desde su poltronería santiaguina. Y, ejemplo de chilenos parecen aquellos muchachos, hijos de propietarios germanos, a quienes vi en la Escuela Industrial de Temuco aprendiendo herrería y mecánica, no porque fueran a ejercer de herreros o mecánicos, sino sencillamente porque para la buena economía y administración de sus fundos, precisaban también el dominio de tales oficios. Ellos no piensan como el artistócrata o el rico criollo, que la Técnica y los trabajos manuales sólo sean buenos para "los rotos". Se pediría, sí, al Estado que tratara de nacionalizar más esas pequeñas Enropas que se encierran y humillan un poco al criollo, despues que la tierra americana los enriquece. No cabe la inútil xenofobia en un mundo nuevo que da para todos, que aun necesita de muchos millares de inmigrantes, pero sí se impone la previsión del espíritu nacional. Bastaría que en esos colegios extranjeros a donde acuden en el Sur los hijos y descendientes de colonos ricos se enseñara mejor y con mayor control del Estado, la lengua materna; que la Historia de Chile se transmitiera no sólo porque lo exige el Programa, sino como un estímulo vivo; que la voluntad histórica chilena tomara esos hombres nuevos y fuera ya más fuerte que la nostalgia de su perdida Europa. Si el alemán se suele amurallar en su orgullo europeizante, en este su irracional romanticismo étnico de donde ha surgido la hoguera nacista, la muchacha alemana suele sentir en el Sur la atracción del hombre moreno. Y de esos curiosos entronques sureños de alemana y vasco-francés, de alemana y chileno, de alemana y español, surge una raza más graciosa y viva que la teutónica originaria.

Si en el combate económico prevaleció y está prevaleciendo el gringo—quizá porque la Educación chilena no ha sido todavía o lo ha sido en muy pequeña parte educación económica en el combate político, el gringo, ya latifundista, se encontraba con la imaginación más pronta y para él más enrevesada, del chileno. Algunos síntomas nos dan las formas de este resentimiento gringo cuyo auge económico no ha encontrado todavía un equiparable brillo político. No han producido un estadista, un orador, un escritor al que se le escuche. Recientemente han hallado su forma de expresión política en ciertas organizaciones militarizadas, de ideología muy simple, que la crisis de los últimos años y el ejemplo de una histérica Europa, hicieron brotar en Chile. Estas instituciones donde se realizan saludables ejercicios gimnásticos, que ofrecen al buen burgués empenachados y prusianos títulos militares y donde se conversa poco, expresan bien su escasa destreza imaginativa y su aun verde inexperiencia política. "Mucha administración y ninguna política" suelen decir esos caballeros de los que sugen algunos eficientes alcaldes. Pero es que el gobierno de un país es algo más que una confederación de alcaldías; el alcalde puede hacer jardines y acueductos, pero la Historia no sólo se hace con obras públicas sino con una fe y una voluntad nacional que anima el presente y va previendo el porvenir, o con una política. Esto aun no se ve en nuestros poderosos amigos del Sur, que toman tan obstinadamente los deberes que les imponen sus instituciones militarizadas. O no puede haber Política de sólo los mayores propietarios y contribuyentes; política que carezca del aliento del pueblo.

MARIANO PICÓN SALAS

Crónica literaria

(*El Mercurio*. Santiago de Chile, 20-X-40)

De Díaz Mirón a Rubén Darío, por Roberto Meza Fuentes. (Nascimiento)

Histórica o fabulada, nadie quitará al repertorio de las anécdotas significativas aquellas escenas del joven poeta que, ha medio siglo, llegó solo, una noche, a Santiago y descendió en la Estación de los Ferrocarriles.

Allí le aguardaba un magnate.

Alguien, sin duda el Destino, había anunciado al Rey Burgués el arribo de un personaje considerable por el tren de Valparaíso. Ocurren así providenciales equivocaciones. El Rey había acudido, en carruaje de lujo, forrado de pieles, fumando un habano. Y se paseaba, inmenso, por los andenes.

La gente salía apresurada.

Al fin no quedaron sino ellos. Tuvieron que hablarse. Darío lo ha contado con fantasía en sus Memorias y nosotros podemos imaginar el diálogo del judío rico y el judío pobre, como en los *Cuadros de una Exposición*. A la voz alta, imperiosa y robusta, resonante bajo el techo de cristales, un acento delgado responde, sumiso, tímido, de súplica. El poeta, feo, tropical y mal vestido, sujeta su equipaje de vagabundo. El Rey lo mira de alto abajo.

—Le había reservado una pieza en el Hotel. No le conviene.

Evidentemente, no le convenía aquella pieza en ese Hotel.

Pero transcurren cincuenta años.

El magnate suntuoso y ostentoso, el Rey Burgués del habano y las pieles, ha mucho tiempo que marchó, al trote de sus caballos, rumbo a una región imperceptible y se ha perdido como el humo en el aire. Se duda hasta de su nombre: sólo existe por lo que dijo aquella noche en la Estación. Mientras el pobre muchachito encogido, creciendo y estirándose, trepando de escalón en escalón, ha llegado a alturas tales de vértigo de gloria, que ya ningún ojo, aunque ciego, podría menos de admirarle y oído alguno, aunque sordo, dejaría de oír el coro continuo con que le rodean las alabanzas.

Ahora tampoco le convendría aquel Hotel ni aquella pieza...

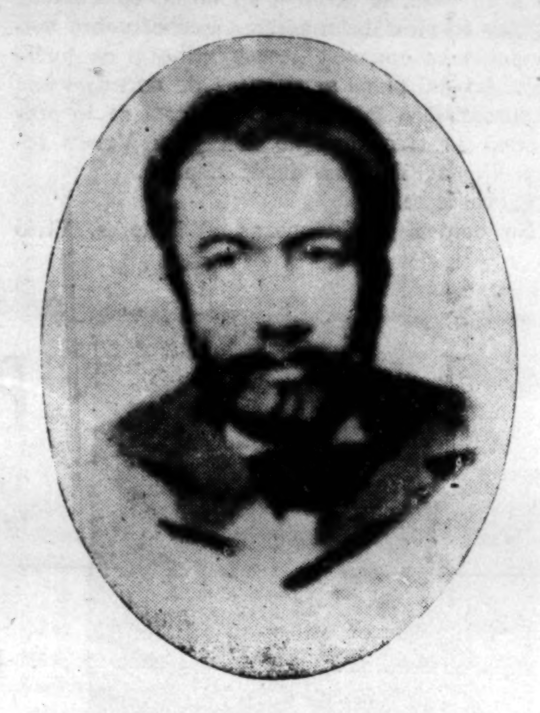
Trasmutóse del todo el carbón en diamante purísimo, foco de luz, y del gusano primero ha surgido, total, radiante, aérea, la mariposa inmortal.

—o—

Chile tenía, pues, una deuda con Rubén Darío. Y está pagándola.

Los estudios sucesivos que autores nuestros le han dedicado forman un respetable conjunto de volúmenes.

Empezó Armando Donoso, el año 27, con las *Obras de Juventud* del maestro, mirado ya como maestro. Después vino la biografía panorámica, todavía interesante, que Francisco Contreras editó en París y que se ha reimpreso, últimamente, en Santiago. El libro de Torres Rioseco, hecho en Estados Unidos, ha llegado a pocas manos en estas tierras, por razones de pesos. Un erudito exacto concienzudo, minucioso, Raúl Silva Castro, y un técnico paciente, sujeto de rigurosa disciplina, el profesor Saavedra, han comparado textos, han hecho análisis químicos, han descubierto páginas inéditas, detalles curiosos y preciosos. Sin contar innumerables homenajes, artículos, reminiscencias y semblanzas fragmentarias, como la notabilísima, tan gráfica, tan evocadora, de Rodríguez Mendoza, capítulo de uno de sus libros, tenemos hoy el curso dado en la Universidad de Chile por Roberto Meza Fuentes sobre la *Evolución de la Poesía Hispanoamericana* que acaba de aparecer bajo el título *De Díaz Mirón a Rubén Darío.*



Rubén Darío a los 29 años

(Dibujo de *Schiaffino*)

Este marca, como si dijéramos, la plenitud de los tiempos para la gloria de Darío.

Pasan a segundo término los datos biográficos, las anécdotas personales, apenas se alude a discusiones y defensas y se deja atrás la batalla entre clásicos y modernistas, cuya polvareda recordamos.

Roberto Meza, el más joven y reciente comentador de Darío, va derecho a la emoción trascendental del poeta y se detiene en su mensaje a la raza: su crítica sube con facilidad al cántico y sólo topa en el éxtasis.

Admira al poeta aun más de lo que el poeta mismo se admiraba.

En un estudio que hizo época, José Enrique Rodó había declarado que Rubén Darío, con toda su excelsitud y su cualidades absolutamente maravillosas, no podía considerarse el poeta de América. Rubén no le contradijo. Por el contrario, en abril de 1899 dice a don Miguel de Unamuno: "Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano. Mejor que yo ha desarrollado el asunto el señor Rodó, profesor de la Universidad de Montevideo... Mucho menos soy castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso ideográficamente: de ahí que mi obra no sea castiza".

Puede observarse aquí la diferencia del tono en que el poeta habla de su personalidad y su obra y el ditirambo ensordecedor a que nos tienen ¡ay! demasiado habituados otros grandes hombres del Nuevo Mundo, presentes y pretéritos.

Ello sólo permitiría afirmar que Francia había pasado por allí, profundamente.

Pero escrito está que "el que se humilla será ensalzado" y Roberto Meza se encarga de realizar esa sentencia.

Lo admirable es que lo hace de un modo concluyente.

La renovación modernista que concretó al maestro nicaragüense vino, ciertamente, de París. Lo atestiguan sus predecesores.

Los dos mejicanos: Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, los hijos de Cuba, Martí, Casal, el colombiano Asunción Silva, cada cual con su matiz y entonación distinta, forman en el libro de Meza Fuentes un coro que preludia, insinuante, el alba próxima y el estallido total de la orquesta, madura, segura; y el surgir de la canción definitiva "con Hugo fuerte, con Verlaine ambigua". Lo que allí había de novedad no procede, ciertamente, de España, largo tiempo hipnotizada por el sonsonete ritual, llamado clásico.

Es otro punto en el cual se rebela y se revela nuestro autor.

Se presentaba a Darío, en aquellos tiempos, como el antípoda del clasicismo, definiéndose este último en la rutina consagrada para uso de las clases, norma inflexible, tradicional desde el siglo de oro, que justamente debía romperse para hallar aire libre.

La eterna querella de las generaciones.

Meza Fuentes amplía ese molde, lo vacia, torna a llenarlo. Dice: "El clásico siente la ramonía de los contrarios; trata de realizar en sí mismo la unidad que busca el filósofo en las cosas dispersas; quiere alcanzar la perfección suprema iluminando el caos con una ordenación que significa disciplina, amor a la norma, respeto a la jerarquía, El clásico aspira a ser eterno; pero para ello comienza por interpretar a su tiempo; pretende ser universal y, para alcanzarlo, es primero hijo auténtico de su tierra; quiere expresar lo profundo e inefable y lo logra cuando la claridad, sencilla y humilde, resplandece en su expresión. El clásico viene a acrecentar el tesoro de la tradición, viene a enriquecer el espíritu de una raza, ensanchándolo con una mayor universalidad y estremeciéndolo con una más cordial palpitación humana".

Entre las incontables fórmulas aplicadas al espíritu clásico, esta nos parece una de las buenas.

Tarde o temprano, quiéralo o no, el autor grande ha de caber ahí.

Meza Fuentes la ha hecho a la medida de Darío, teniéndolo delante de los ojos y bastaría desplegar ese ovillo para que todo el hilo de su obra poética pasara a nuestra vista.

Antiguo y moderno, pagano y cristiano, atormentado por la carne y el espíritu, Darío, como Verlaine, sufrió el drama renacentista del hombre "roto por dentro" que oscila y no se conforma, juguete del cielo y de la tierra, llevado hacia "la vida que tienta con sus frescos racimos", lleno de terror ante "la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos"... sin saber, el filósofo, "adonde vamos, ni de dónde venimos".

Eso cuanto al fondo.

Hacia la superficie, hay que ordenar el caos y establecer las jerarquías. Los muertos permanecían de pie, los valores caducos primaban todavía: era el caos. Había que empujar todo eso a la sepultura y revolucionar el orbe poético, lingüístico, mental, sentimental. El futuro clásico desempeñaba un papel romántico; pero, transitoriamente, mientras la parcela del presente, interpretada de otro modo, en otro estilo, se convertía en forma eterna.

Lapso obscuro, revuelto. Llegada del huésped desconocido a la pistación. Anuncios, adivinaciones parciales y lucha encarnizada contra el mundo sobreviviente. Todo lo que ahora mismo estamos viendo cerrado ya el círculo modernista.

Hasta que se conquista la claridad, la sencillez humilde y resplandeciente.

¿Cómo?

No porque el poeta haya cambiado. Ahí están sus primeros y sus últimos libros, coherentes, armónicos en su progresión vegetativa. Porque ha cambiado el público y los que no entendían ni aceptaban, comprenden y se han

sometido. Lección de modestia y desconfianza que nunca debiera olvidarse. Llega un instante en que el viajero incógnito se quita el disfraz y entonces todos le reconocen, le declaran sencillo, claro. Clásico.

¿A cuál de los de ahora le tocará mañana?

Así el clasicismo, que podríamos llamar los clasicismos sucesivos, acrecientan el tesoro humano, amplían la tradición, enriquecen y ensanchan el espíritu universal.

Tal fué el significado del movimiento que cristalizó en Darío.

El mismo agente del Destino, desconoció su alcance. No se creía—por lo menos en 1899—un representante de la raza y se buscaba otras raíces. Meza Fuentes, sin vacilar, lo consagra hijo de América y España, supremo cantor del idioma y le entrega la totalidad del símbolo soberano que ha de permitir la unión ideal del Nuevo y el Viejo Mundo.

He ahí su papel.

Al designárselo, con entusiasmo y sabiduría, con pruebas, análisis, comentarios y una exposición de versos que forma admirable antología, la mejor que conozcamos del poeta, pues cada composición se valoriza por lo que sigue y la precede, Roberto Meza Fuentes ha contribuído a saldar la deuda de las letras nacionales con el fundador del Modernismo.

—o—

Esta deuda, ¿puede enrrostrársenos como una humillación?

Reflexionemos un poco.

Darío llegó a Chile en uno de los "momentos estelares" de nuestra historia. No existía aún, puede afirmarse, literatura literaria, poesía poética, crítica de arte, "sentimental, sensible, sensitiva". Habíamos ganado una guerra y disfrutábamos las riquezas de la victoria. Nos enorgullecía la tradición legal constitucional, inquebrantable, en una América medio caótica. Los que ahora forman el mundo intelectual aun no habían despertado. Y el adolescente de Nicaragua venía tan disfrazado, exteriormente...

Sin embargo, hubo quienes le adivinaron. Pedrito Balmaceda, hijo del Presidente, le llevó a su casa, le sentó a su mesa, en Palacio, le hizo respirar la atmósfera que el pobre mozo anhelaba con sed de peregrino y de huérfano. Le dió todos sus puntos de partida hacia el futuro. Don Eduardo de la Barra se lo pronosticó en términos que don Juan Valera repetiría, magnificados, desde España.

Es bastante.

No obtuvo aquí riquezas ni honores. Vivió de párrafos en los diarios, de pesar cosas obscuras en la Aduana del Puerto, de nada. Pero es posible preguntar si habría hallado mucho más en otras partes, si no hubiera encontrado algo peor. Pensemos que tenía sólo diecinueve abriles, y era feo, huraño, con cara de indígena. Hay que verlo en esa página al agua fuerte de Rodríguez Mendoza. Pocas veces se ha presentado más enigmático el "huésped desconocido" a plantear ante su tiempo el dilema de siempre. "Celui-qui ne compred pas" el personaje de Gourmont, puede alegar excusas.

ALONE.



Mankean

Por Carlos Iramitt

(*Envío del autor.* Del libro en preparación: *Leyendas araucanas*, recogidas, traducidas y anotadas por Carlos Iramitt.)

(Esta leyenda la recogí en las reducciones indígenas al sur de Tolten. Con sus características de sentido animista y mágico y hasta por sus menores detalles realísticos es de las más genuinamente araucanas que conozco.)

Mankean vivía en una ruka que miraba el mar. Era un *machi* (1) antiguo. Un día salió a mariscar en compañía de cinco amigas machis.

Atravesando un senderito, entre maquis, canelos y copihues, encontraron un arroyo. Las jóvenes machis empezaron a juntar en sus canastas copihues y *paupaweñ*. (2).

—¡Qué hermosos collares vamos a hacer, se decían. Tres de estos solcitos amarillos pondremos entre la sangre de los copihues.

—¡Iré a observar la cascada y a pensar un remedio! dijo Mankean y dejó a sus amigas.

Allí donde el agua salta y hace espuma y sale un vaho fresco empezó a llamar al "Espíritu".

—¿Dónde iré a cortar un aliento?... Se mojó las manos. En lo alto de la cascada divisó un *likan*. (3).

Los ojos fijos en él dijo: "¡Qué lindo eres!.... ¡qué hermoso el viejecito Espíritu!" Entonces detrás del likan aparecieron, sobre una piedra azuleja, dos bellísimas niñas de chamal azul y de largas trenzas.

—¿Y éstas, y éstas?... ¡iré!... dijo Mankean en actitud de dar un paso hacia ellas; pero apartó los ojos y en lugar de subir, comenzó a descender, tocando su *wada,* (4) por el arroyito verde.

El agua sonaba como si cayera en un cántaro al llenarse. Mankean sonrió: "Una de las niñas está orinando", dijo.

Las piedras le oyeron y comenzaron a moverse sin ruido, bajo sus pies, rodando hacia el mar, dejando visibles entre ellas las machas, los locos y las jaibas.

Mankean sonriendo y caminando siempre iba echándolos en su "Wilal".

Aún no tocaba el agua del mar. Quiso dar un paso más, pero su pie estaba pegado a una piedrecita azuleja que tenía la forma de un pie de mujer. Afirmó el otro para desprenderse y otra pequeña piedra de forma semejante vino a adherirse a su planta.

La espuma de una ola grande llegó a los pies de Mankean. Todas las piedrecitas seguían moviéndose siempre sin ruido.

Mankean quedó ahí mirando fijamente, sintiendo lo que subía silenciosamente por su sangre.

Las machis amigas se volvieron a sus rukas.

—¡Se apartó de nosotras y no le vimos más!...

—Le llamamos gritando por la cascada, le seguimos sus huellas por el bosque, pero no le hallamos!...

—¡Iremos todos! dijeron sus amigos.

—¡Iremos a buscarlo! dijo su mujer.

¡Iremos todos! dijeros sus amigos.

Y comenzaron a caminar por distintos senderos.

El día se iba. Mankean seguía siempre frente al mar, sin moverse.

Otras piedras azulejas habían venido a juntarse a las primeras bajo sus plantas. El mar venía subiendo.

Mankean quiso sacar las piedras de sus pies, pero las más pequeñas se habían pegado a las más grandes y parecían irse confundiendo con lo helado de sus dedos y de sus plantas.

Por entre las grietas babosas de las rocas, Mankean veía aparecer y desaparecer las machas, los locos y las jaibas.

El mar vino sonando, se oyó un trueno y un polvo blanco inundó las rocas.

La espuma dió un salto y alcanzó a tocar los pies helados de Mankean.

Intentó moverlos con sus manos, pero ya no pudo. Un hielo de piedra subía por sus piernas. Miró al rededor. El mar andaba hirviente y furioso por todas partes.

Mankean tocó sus piernas y ya no eran sus piernas. Se habían helado y endurecido; se iban confundiendo con las piedras.

Tocó su cuerpo; el hielo corría por sus venas.

Las sombras venían llegando. Entonces Mankean sonrió, se sentó en otra piedra azuleja, tomó su wada y la agitó con fuerza.

Una mujer que pasaba por la playa, en un silencio del mar, oyó la wada y vió a Mankean.

Le llamó varias veces y, como él pareció no oírla, fué corriendo hasta las rukas a avisar a las gentes.

En el bosque encontró a los parientes que volvían con tristeza en sus semblantes.

—¡Allá está! dijo ella, ¡allá frente al mar!

Un hombre siguió solo hacia el mar, en la noche. Sintió sonar la wada y se acercó cuanto pudo a Mankean.

—¡Hermano! dijo, ¿por qué estás ahí?

—¿Por qué no vuelves a tu ruka?... ¡Vamos hermano!

—¡Me tomó una mujer, dijo Mankean, y no habló más.

Las piedras de sus pies empezaron a crecer y a moverse. El mar vino a rodearlas.

El hermano volvió solo en la noche hasta su ruka.

Al amanecer todos sus parientes salieron camino del mar.

Llegaron a la playa y vieron a Mankean sentado tocando su wada.

Le llamaron muchas veces gritando. Su mujer le llamó; su hermano le llamó; todos sus parientes le llamaron.

El parecía no oírles.

Al amanecer vino una de las cinco machis amigas. Se sentó en medio de los parientes; los ojos fijos en Mankean y comenzó a cantar tocando su *kultrun*: (5)

—¡Deu Kimuiñ tami nünen!
¡fei meu küpan!
Wiyü lonko nerkeimi
rupaduan neweturkeimi
¡fei meu küpan!
¿Tunte perapan antü nener keinichi?
¿Cheu almenerkeimi chei?
¡Deu kimmüñ mau laiñ tami Am!
kimmüñ mau laiñ mi reputun!
¡Fei meu küpaiñ nillatual!
¡Fei meu küpaiñ nillatual!
¡Küpañe em kai; wenu melechi Pulli!
¡Küpañe em, ayün küme nümeu!
¡Nagpañe kütral reke inche meu!
..¡Ayün nechei antü n'ai!...
¡Femnechi pun llampedkeñ,
Amuaimi kofiñ wenu liwen meu!
¡Dumiñ emu amuaimi kai!
¡Ayün pelon llampedkeñ
mi rakiduam meu naupawai!
Rumel kom meu, kelewetuai ventru
¡fei meu küpan!
¡Deu kimmün mau laiñ tami Am!
¡Kimmün mau laiñ mi reputun!
¡Welu kishu neneu, kom, kom meu,
müchai femetuaimi mai!
¡Rei meu küpan!

¡Sabía que te habían tomado! (*)
¡por eso he venido!
Han trastornado tu cabeza
han confundido tus pensamientos
¡por eso he venido!
¿Cuántos en la mañana te tomaron para hacerte gemir?
¿A donde han ido a dejarte?
¡Ya no comprendemos tu alma!
¡ni sabemos tu caminar!
¡Por eso vinimos a rogar!
¡Ven! ¡oh Espíritu de arriba!
¡Ven! ¡arte amado!
¡Baja a mí como el fuego!
...¡Yo voy a sacarte!...
¡Cómo mariposa de noche
te irás con los arreboles caldeados del amanecer!
¡Y tienes que irte con las sombras!
¡Bella mariposa de luz
bajará a tu pensamiento!
¡Y libre para siempre de todo quedará el hombre!
¡Por eso he venido!
¡Ya no comprendemos tu alma!
¡Ni sabemos tu caminar!
¡Pero libre de todo y de todos,
bien luego quedarás!
¡Por eso he venido!"

El canto de la machi y el kultrun, los gritos de los hombres y mujeres y el rezongo del mar eran como otra sombra de la noche.

Pero Mankean no salió; seguía tocando su wada.

(*) Se refiere a los espíritus o enviados de Wekufu.

Al levantarse de nuevo el sol vinieron las otras cuatro machis amigas y todas las gentes del lugar, con ramas de canelo, *trutrukas* (6) y *pifelkas*. (7) Hicieron rogativas.

Todos comenzaron a danzar yendo y retrocediendo frente a la roca de Mankean, agitando sus ramas, las machis cantando y tocando sus kultrunes, los hombres, sus trutrukas y pifelkas.

Al caer la tarde Mankean dejó caer su *wada;* llevó sus manos a sus piernas, fue tocando su cuerpo hacia arriba. El hielo de la piedra iba subiendo hasta su pecho.

Las gentes danzaban gritando: "*¡eu, eu, eu....* (8) Mankean, volverás a tu tierra! ¡eu, eu, eu!

Repentinamente la danza se detuvo. Un kultrun quedó sonando suavemente.

Todos escuchaban sus latidos.

Mankean llevó sus dos manos al pecho y dijo claramente: Algo va llegando a apresar mi corazón! ¡Sólo soy uno ya con lo que alienta en las piedras azules!

—¡Eu, eu, eu! ¡Volverás a tu tierra! dijeron las voces del gentío.

Mankean volvió los ojos a donde estaba su mujer, las machis amigas y los que habían sido sus amigos:

—¡Ya no saldré más!... ¡Mi corazón ha encontrado!... ¡Uno soy ya con lo que alienta en las piedras azules! dijo apenas. La voz se apagó; las manos cayeron a los lados del cuerpo. Y Mankean no fue más hombre de la tierra.

Y vino la luna. El mar comenzó a entrarse en la noche. Las machis fueron corriendo a la roca, tocando sus kultrunes. Detrás de ellas el gentío.

Palparon todo el cuerpo sentado en la roca, pero no era sino piedra... piedra dura y en silencio!

Una ola saltó por entre las rocas. El mar venía subiendo. Las gentes descendieron corriendo y corriendo volvieron a sus rukas.

Desde una altura miraron por última vez hacia atrás... En medio de las espumas una roca se movía y se agrandaba y en ella el cuerpo de piedra con la humana apariencia de Mankean.

C. I.

---

(1) *Machi.*—Médico araucano, hombre o mujer que tiene poderes para contrarrestar los poderes maléficos del Wekufu (demonio familiar) causante de las enfermedades.

(2) *Paupaweñ.*—Semillas de color amarillo dorado, del tamaño de uva.

(3) *Likan.*—Piedra azuleja que los machis buscan en las quebradas y a la que atribuyen poderes espirituales.

(4) *Wada.*—Instrumento de percusión hecho de un calabazo que contiene semillas y piedrecitas. Al agitarlo produce sonajera especial. Lo usan los machis en las ceremonias rituales; por esto es instrumento de carácter religioso. Se pronuncia: *waza.*

(5) *Kultrum.*—Tambor, instrumento de percusión que usan los machis.

(6) *Trutrukas.*—Instrumento hecho de quila que debe tocarse en toda ceremonia, porque el corazón de la quila tiene una voz del agrado de Nenechen (Dios).

(7) *Pifelka.*—Especie de flauta lateral con cuatro agujeros, instrumento que toca el indio cuando siente la necesidad.

(8) *¡Eu! ¡eu!*—Exclamación intraducible que expresa la sorpresa y el dolor.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras).

Señalamos las últimas obras publicadas por la magnífica Editorial *Sêneca* (Varsovia 35-A. México, D. F. México):

Dos libros de José Bergamín:

Detrás de la Cruz. Terrorismo y persecución religiosa en España.

En la colección *Lucero*. Precio en dólares, el ejpr. en rústica: 0.80.

El pozo de la angustia Burla y pasión del hombre invisible

En la Colección *Lucero* Precio en dólares, el ejpr. en rústica: 0.80.

En la misma Colección *Lucero*:

José Alvarez del Vayo: *La guerra empezó en España* (Lucha por la Libertad). Precio en dólares del ejpr. en rústica: $ 1.40.

Descubrimientos oceánicos. Capítulos de la Historia de la Marina de Guerra de España, por Juan Oyarzabal, Oficial de la Armada española. Precio en dólares del ejpr.: $ 2.50. En tela: $ 2.90.

En la Colección *Arbol*:

David García Bacca, prof. de la Universidad de Barcelona: *Filosofía de las Ciencias.* Teoría de la relatividad. Precio en dólares del ejpr. en rústica: $ 1.90. En tela: $ 2.30.

En la Colección *Estela*:

Walter B. Cannon: *La sabiduría del cuerpo.* Versión española por J. M. Bellido y Golferich, con numerosos grabados y 360 páginas de texto. Prólogo por el Dr. Joaquín Izquierdo. Nota final del Prof. Augusto Pi Suñer Precio en dólares del ejpr. en rústica: 1.90. En tela: 2.30.

Prof. Enrique Rioja: *El mar, acuario del mundo.*

Profusamente ilustrado con grabados y con más de 400 páginas de texto. recio del ejpr. en dólares: en rústica: 2.10; en tela: 2.50.

Prof. Pedro Carrasco: *El cielo abierto* (Razón y vida de las estrellas). Con numerosos grabados y 270 páginas de texto. Precio del

ejpr. en dólares: en rústica: 1.25; en tela: 1.65.

—o—

Otra editorial meritísima:
Compañía General Editora, S. A.
(Palma Norte, 335. D. 401-402. Aptdo. postal 8626. México, D. F. México).

Las obras últimamente publicadas:

En las *Monografías Jurídicas*:
Eduardo García Maynez, Prof. de Filosofía del Derecho de la Universidad Nacional de México: *Libertad, como derecho y como poder*. México, D. F. 1941.
Dr. Ismael Cosío Villegas: *Los abscesos del pulmón*.
En las *Monografías médicas*.

Dr. Juan Cuatrecasas: *Psicobiología del lenguaje*.
(Háganse los educadores y médicos de esta obra útil).

NUEVOS LIBROS DE MEDICINA MEJICANOS

Bajo el impulso y la dirección de maestros españoles y mejicanos, las casas editoriales del vecino país del Norte han publicado recientemente obras médicas interesantes que ciertamente deben contribuir a desarrollar el pensamiento y la obra científica américo-hispana. La Compañía General Editora, en la Colección Balmis, *nos ofrece títulos de muy variado contenido e interés, pues tal es su propósito.*

Hemos leído en esta Colección: La insuficiencia Cardíaca, *por el Dr. Cristián Cortés Lladó, de la Universidad de Barcelona y* Los Abscesos del Pulmón, *por el Dr. Ismael Cosío Villegas, de la Facultad de Medicina de México. Del primero diremos que siguiendo sobre todo la orientación de la escuela francesa, su librito servirá de punto de apoyo a los estudiantes que frecuenten las clínicas cardiológicas, pero ofrece poco o nada para el especialista. Del segundo, su lectura revela un dominio completo del tema y el autor lo expone con claridad y concisión. Recomienda como excelente el benzoato de sodio intra-venoso Con o en otras obras de impresión parecida, se hubiera ganado con la reproducción de menor número de radiografías, pero acompañadas de un esquema explicativo. En la* Psicobiología del Lenguaje, *por el Dr. Juan Cuatrecasas, de la Universidad de Barcelona, se profundizan todos los conceptos relacionados con el lenguaje, y su lectura serán sugestiva para los psiquiatras y neurólogos. En esta Colección se anuncian otros títulos que aguardamos con interés y relacionados con la patología tropical americana.*

*

La Editorial Séneca publica en su Colección Estela, obras de alto relieve científico. Entre ellas hemos leído La Sabiduría del Cuerpo, *por el Dr. Walter B. Cannon, el conocido fisiólogo de Boston. El milieu interne de Claude Bernard ha sido ampliamente discutido por el autor bajo el concepto de homeostasis. La regulación del medio interno del organismo es discutida en este libro, que resume años de labor científica del autor, de un modo amplio y firme, como no existe en ninguna otra obra en castellano. Se encuentran conceptos tan sugestivos como éstos: "Después de la escisión de los ganglios simpáticos, entre los trastornos que pueden observarse, no se registra ninguna dominancia por falta de oposición del sistema antagonista", lo que revoluciona los conceptos de simpaticotonia y vagotonia, de que tanto se abusa en la clínica. Todos los amantes de la medicina fisiológica, deben leer la obra de Cannon.*

e. g. c.

—o—

Honroso y placentero ha sido para nosotros recibir de don Angel Ossorio estas obras suyas:

El alma de la toga y cuestiones judiciales de la Argentina. Editorial Losada, Bs. Aires. 1940.

Orígenes próximos de la España actual. (De Carlos IV a Franco). Texto ampliado de las conferencias pronunciadas en el Teatro del Pueblo, de Buenos Aires, y en la Universidad Popular de la Plata, en los meses de abril y mayo de 1940. Con varios apéndices de documentos históricos. Editor: Aniceto López. Buenos Aires.

La reforma del *Código Civil Argentino*. Conferencia patrocinada por la Sociedad de Abogados de Buenos Aires y pronunciadas en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza durante los meses de julio, agosto y setiembre de 1940. Editor: Aniceto López (Córdoba 2082). Buenos Aires.

De la cuidadosa lectura que hagamos de estas obras, hemos de sacar una nota próxima.

—o—

Atención del autor:
Antología de la poesía mexicana moderna. Presentada por Manuel Maples Arce. Roma. 1940.

Con el autor: Chargé d'Affaires a. i. du Mexique, Roma. Italia.

—o—

Dos casos ejemplares, no tenemos palabras con qué encarecerlos:

el de Gilberto Agudelo con su libro *Retablos*. 2da. edición. Manizales. Colombia. Nos ha obsequiado para el "fondo económico" del *Rep. Amer.* unos 30 ejprs. Ofrecemos el ejpr. a ₡ 3.00. Se trata de una obra que deleita e instruye.

Con el autor: Revista *Atalaya*. Aptdo. Nacional 68. Manizales. Colombia.

y el de Max Henríquez Ureña con su libro: *La conspiración de los Alcarrizos*. (Episodios Dominicanos). Lisboa. 1941. También nos ha remitido algunos ejprs. para la venta. La ofrecemos a ₡ 3.00.

Con el autor: Minister of the Dominican Republic. Rua Marquéz Sá da Bandeira. Lisboa. Portugal.

En nota posterior hemos de hablar otra vez de ambos libros, tan atractivos. Los estimaremos en justicia. Extractos, más referencias daremos.

Atención del autor, de la Academia Colombiana de la Lengua:
Ignacio Rodríguez Guerrero: *Ismael Enrique Arciniegas*. Tomo I. El poeta original. Pasto. 1941.
El tomo segundo será: El traductor.
Los publica la Universidad de Nariño en homenaje a la ciudad de Pasto en el IV Centenario de su fundación.

—o—

Como ediciones del Ministerio de Educación Nacional, y una Dirección de Cultura que de ellas se encarga, en la *Biblioteca Venezolana de Cultura*, Colección "Clásicos Venezolanos".
Nos ha remitido:
Fermín Toro: *Reflexiones sobre la Ley de 10 de Abril de 1834 y otras obras*. Caracas. 1941.

—o—

Cortesía de los autores:
Luis Alberto Sánchez: *El paisaje en la literatura americana, elemento desconocido aunque dominante*. Noviembre de 1940.
Salvador R. Merlos: *Educación integral*. San Salvador. 1939.
Dr. José Manuel Cortina: *Antonio Maceo* (Discursos).
Envío de la Legación de Cuba en San José, Costa Rica.
Mme. Gustave Michaud: *Poésies Francaises*. San José de Costa Rica. 1941.
Atención de la autora.

Testimonios

El Gobierno de Chile nos da su honroso apoyo

República de Chile
Ministerio de Relaciones
Exteriores y Comercio
agh. mra.

Información y Propaganda
"Repertorio Americano"

1/4-0-1-20-Nº 08250

Santiago, 30 de Noviembre de 1940.

Este Ministerio se ha impuesto con viva complacencia del número dedicado a Chile del semanario *Repertorio Americano*, de su digna dirección.

La buena selección del material escogido, como la inteligente orientación de sus páginas hacia una visión completa de los valores espirituales de Chile, denotan en su autor un verdadero cariño por la obra realizada y el reflejo de una amplia cordialidad para Chile.

Este Ministerio se hace un deber en agradecer a Ud. sinceramente este sacrificio que se une a las ya muchas demostraciones de amistad que ha tenido Ud. para Chile y al mismo tiempo le felicita en forma especial por la excelente presentación del número aludido.

En atención al prestigio de *Repertorio Americano* el Departamento ha estimado que sería muy útil su distribución entre Universidades y Centros Culturales de este país, por lo tanto me es grato manifestarle que se ha acordado la contratación de 50 suscripciones para tal objeto.

Para los efectos de la entrega de estos números puede Ud. ponerse en comunicación con el Señor Joaquín Larraín, Encargado de Negocios de Chile en ese país.

Lo saluda atentamente a Ud. por el Ministro,

MARCELO RUIZ

Al Señor Don Joaquín García Monge.
Correos, Letra X. San José de Costa Rica.

—o—

García Monge

En Costa Rica, tierra amable, de paz y de cultura, vive un buen amigo de Chile que, desde que vino a Santiago a cursar sus estudios en el Instituto Pedagógico, se acercó tanto a la vida chilena, en fuerza de convivir con los nuestros, que la hizo un poco suya, vale decir se la apropió en simpatía y en cordialidad. Cuando partió, de regreso a su patria, siguió siendo una especie de ciudadano honorario de este país, hijo de elección en el afecto de todos los chilenos.

¿Qué mucho, entonces, que de él nos vengan, con frecuencia, cosas amables, palabras sencillas de adhesión, ecos constantes de simpatía, cuando de Joaquín García Monge sólo nos toca esperar lo que sólo nos suelen dar los nuestros?

Su talento y su cultura han estado siempre al servicio de América y nadie en este continente puede ostentar un título como el suyo para ser considerado el mejor y el más americano de los americanos. En efecto, desde hace dieciséis años ya, edita, solo, con una voluntad heroica de perseverancia y de generosidad, el *Repertorio Americano*, espejo de cuanto se publica, se escribe o se dice en nuestros países.

García Monge y su *Repertorio Americano* son una misma cosa, una voluntad hecha acción: una idealidad convertida en símbolo. Donde las Américas se aprietan en un delgado abrazo, este hombre mantiene en alto siempre su bandera americanista.

Ahora el *Repertorio*, como para no desmentir su cordial adhesión a Chile, acaba de consagrarle un número extraordinario a nuestro país, con motivo de las festividades del 18 de septiembre.

Chile aparece, a través de ese exponente, a la luz de una hermosa perspectiva de cultura y de progreso. Un haz de firmas selectas, de nombres calificados hablan de lo nuestro para el continente. Gabriela Mistral, Joaquín Edwards Bello, Valentín Letelier, Amanda Labarca, Emilio Rodríguez Mendoza, Pablo Neruda, Juan Guzmán, Samuel A. Lillo, Angel Cruchaga, discurren sobre las cosas de la tierra, de la vida, del arte, de la ciencia chilenos Y un maestro, Alberto Baeza, franquea este homenaje con las páginas consagradas a la historia de un maestro chileno, o sea la de don Pedro Aguirre Cerda, cuya voluntad de acción cultural, estudia con elevación, sobre todo desde el ángulo de su consagración a la enseñanza.

Y, para cerrar este homenaje, su autor, el inolvidable Joaquín García Monge, escribe estas palabras, que nos parece inoficioso comentar después de transcribirlas:

"Pienso en Chile, y me mueve a quererlo su gente laboriosa, que tan cordial se vuelve cuando concede la amistad, bien que cuesta conseguirlo así como apesara perderlo".— *D.*

(*El Mercurio*. Santiago de Chile, 21-X-40)

—o—

Quien sabe dar; aquél que en momento oportuno sirve a los demás silenciosamente y sin esperar reciprocidad, llena función esencial en la vida.

Por eso afirmo que la grande y añorada Nación Chilena, tiene en su Encargado de Negocios, don Joaquín Larraín, un leal representante. Cinco años lleva entre los costarricenses y siempre viva en él la preocupación de ser útil. Lo que más satisface, es su espontaneidad y la prontitud con que el favor llega a nuestras manos.

De sus tántos rasgos amables, cabe señalar en mi testimonio pequeño, pero cordial, el que haya conseguido cincuenta suscripciones para nuestro excelente Repertorio Americano.

GUIOMAR

Costa Rica. Setiembre 18 de 1941.

—o—

Cosecha de amistad

Joaquín García Monge, el infatigable americanista, el genoroso editor del semanario de más alta y recia envergadura entre los del continente hispano, y que durante más de un cuarto de siglo ha difundido desde Costa Rica el conocimiento de los mejores autores de estas razas, acaba de dedicar a Chile un número entero de su *Repertorio Americano*. El gesto ha sido espontáneo; tras él no hay ni la mira interesada de las ediciones comerciales, ni los brujuleos de las cancillerías. Es una antología de autores escogidos con amor, con finura de tacto y que representan, unos con más méritos que otros, lo que Chile ha producido en sus últimas décadas. Es un canto de amistad a vuestra patria.

Joaquín García Monge pasó aquí sus años de juventud; estudió en el Instituto Pedagógico en los albores de este siglo y ha llevado por el mundo, junto con Brenes Mesén, Fidel Tristán, Juan Dávila y varios otros, con orgulloso honor el título de nuestra Universidad. Es uno en la pléyade de estudiantes forasteros que han madurado al amparo de la Casa de Bello. Se me ha dicho que cronológicamente Chile es el primer país del continente que les ofreciera becas, a raíz de lo que se llamó aquí la reforma pedagógica del 80. Adelantándose por más de medio siglo a la Convención Panamericana de Buenos Aires, que codificó los intercambios, ha dado las normas por las cuales los demás han planteado su cooperación estudiantil.

Desde principios del XX, el número de esos alumnos ha crecido extraordinariamente. Cuando la Universidad de San Marcos de Lima y otras de Sud-América fueron clausuradas por acontecimientos políticos, llegó a tener la Universidad de Chile más del 25% de población hermana; no digo extranjera, porque hemos de habituarnos a mirar a los del norte y del sur como a compatriotas en el continente. Después de recorrer las institutciones docentes superiores del hemisferio, el Director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York, expresó en su informe oficial al Presidente, que era la Universidad de Chile la que,

en proporción al volumen de su estudiantado, contaba con más alumnos extranjeros en el mundo.

De ellos estamos recibiendo ahora, como en el caso de García Monge, la cosecha de amistad, de esa amistad que conserva a través de las vicisitudes y el tiempo la ilusionada mirada de los veinte años. Nunca he visto yo más iluminada la estampa de Chile que cuando escuchaba sus loores de labios de los costarricenses que habían estudiado en Chile—los chilenoides, como allí los llaman. Es que ellos llevaron de esta tierra, en la flor de su juventud, sus ilusiones intactas, mientras que nosotros hemos visto con amargura de lágrimas deshojarse aquí muchas para ser reemplazadas por otras cada vez más medrosas, cada vez más alicortas. Cuando ellos en la madurez del medio siglo, miran hacia atrás, olvidan los sacrificios, las decepciones, todas las penas, si las hubo, y sólo recuerdan las gloria de las esperanzas que aleteaban en el corazón. ¡Ah! se dicen: ¡Cuando yo estuve en Chile! que gran país era, qué bien se vivía, que hálito de entusiasmo no recibimos de sus instituciones, qué mujeres aquellas, qué varones de energía...! Lo que están añorando son, seguramente, sus veinte años. Ellos eran los maravillosos y no lo que les rodeaba. Pero en el recuerdo se confunden, y entonces aparece esta cosecha de amistad tan cálida, tan vibrante, tan plena, como sería el amor de los veinte años en un alma de cincuenta.

Cuando recibimos estudiantes extranjeros en nuestras aulas, cuando los enviamos a países hermanos, ignoramos hasta qué punto estamos haciendo verdadero americanismo, verdadera fraternidad de pueblos, ignoramos qué recias fibras estamos urdiendo por el porvenir que ansió Bolívar, el que aun tarda en llegar... Sin darnos cuenta, nos acercamos a esa solidaridad que nos hará sentirnos racimos de una misma vida, ejemplares de una especie nueva de humanidad que Europa vino a procrear en entraña cobriza para que cuando sonara allá su hora trágica, el hombre tuviera a dónde volver los ojos esperanzados.

AMANDA LABARCA H.

(*El Mercurio*. Santiago de Chile, 27-X-40)

—o—

Valioso homenaje a Chile

Los números 19-20 del tomo XXXVII de *Repertorio Americano*, periódico costarriqueño dirigido por Joaquín García Monge, están dedicados a Chile

Un grupo de escritores y artistas plásticos chilenos contribuye con artículos, poemas e ilustraciones al realce de esta singular edición del mencionado semanario. A las 21 colaboraciones de intelectuales de nuestro país, es preciso agregar 6 de americanos, americanos que no se pueden considerar foráneos, como sostiene con justicia Amanda Labarca, refiriéndose a los demás americanos que forman la gran familia continental. A todo este volumen, rico por su variedad y contenido, es aun necesario agregar una vibrante página de Víctor Lorz, escritor español republicano residente en San José de Costa Rica, y varios fragmentos de libros chilenos, escogidos con buen gusto. En suma, un material de calidad superior y que será de útil consulta por las informaciones que de Chile contiene.

Desde hace 21 años *Repertorio Aemricano* es el nexo más eficaz que poseen los escritores hispanoamericanos. Es preciso pensar lo que significa esta labor hecha con tesón tan ejemplar. Desde las páginas del periódico costarriqueño se ha mantenido vivo un ideal, el gran ideal de la inteligencia americana, inteligencia que empieza a dar frutos; porque permite una paz fecunda y bienhechora para la cultura y no sólo del continente colombiano, sino del mundo todo. América es, se puede decir con modestia y satisfacción, el refugio de esa forma de cultura que vió su alba en el dulce clima de Grecia, hoy también asaltada por la ola de mando inescrupuloso que moja con su negra fuerza varios pueblos europeos.

Ahora es más necesario que nunca cavilar en el fervor que Joaquín García Monge, ha tenido durante 21 años que lleva de vida su *Repertorio*. Es una tarea cumplida sin desmayo y con entusiasmo renovado semana a semana.

La colección de *Repertorio Americano* representa, sin duda, la más valiosa *suma* de la cultura hispánica de los últimos años. En sus cuadernos, de actualidad permanente, se halla tanto el pensamiento filosófico, científico, literario, artístico como la expresión más cabal de las bellezas poéticas de América. Pero a todo este numeroso acopio de cultura expuesto en estudios, ensayos, artículos, poesías, es preciso agregar la difusión de los valores espirituales extranjeros. En los pliegos de *Repertorio* siempre hay sitio para dar a conocer a filósofos, humanistas y poetas de Asia y Europa.

No resulta, pues, exagerado afirmar que la colección del periódico de García Monge es una *suma*, esto es, una recopilación viviente de buen trecho de la vida cultural del presente siglo. De ahí que haya alcanzado *Repertorio* tan justo prestigio en los medios ilustrados.

El homenaje que *Repertorio Aemricano* tributa a Chile, espontáneo y serio a la par, alcanza un alto significado de americanidad, significado que es bella lección en esta triste hora del mundo.

NORBERTO PINILLA

(*El Diario Ilustrado*. Santiago de Chile, 15-XII-40).

—o—

Noticiario

Joaquín García Monge ha hecho conocer ventajosamente en toda América su *Repertorio Americano*, tribuna abierta al pensamiento americano y a todo cuanto tienda a crear lazos de amistad y de comprensión entre los pueblos indo-españoles, especialmente.

Ahora hay que agradecerle efusivamente el número que en setiembre de este año dedicó a Chile. En este número vemos las firmas de Samuel Lillo, Joaquín Edwards, Amanda Labarca, Angel Cruchaga Santa María, Juan Guzmán Cruchaga, Yolando Pino Saavedra, Nicanor Parra, Gabriela Mistral y otras.

Sabido es que García Monge vivió un largo tiempo en Chile, país que se le metió muy adentro en el corazón y el cual no ha podido olvidar jamás. Buena prueba de ello nos la da en este homenaje que en su semanario de arte y de literatura le tributa a las letras chilenas con ocasión de nuestro aniversario patrio.

Y al final del número que comentamos encontramos una oración poética de García Monge, titulada *Pienso en Chile*... y que en algunos de sus párrafos dice así:

> "Pienso en Chile y ya me regocija el paisaje fino y sobrio de la tierra angosta y varia y larga, tan pulcramente vuelto expersión del alma nativa por sus admirables noveladores y poetas.
>
> "Pienso en Chile y sus destinos y me reconforta la honrosa tradición civil de su historia. ¡Sombras venerables de Bello, de Bilbao, de Barros Arana y de Letelier!
>
> "Pienso en Chile y ya se ve su insigne magisterio en la América nuestra y una. Sentimos la suave admonición de Gabriela Mistral, de Enrique Molina y Edwards Bello."

Esta oración de recuerdos a esta tiera y a sus hombres fué escrita hace 13 años, y su autor al publicarla de nuevo en esta ocasión, purifica y enaltece su valor.

(*Atenea*, Concepción, Chile, noviembre de 1940).

—o—

"Repertorio Americano"

Hace 21 años se inició en San José de Costa Rica, la publicación de este semanario de cultura hispánica. El lema de unión americana y autonomía continental creciente, tanto en lo meterial como en los predios del espíritu, alentó y sigue animando la labor apostólica, y si se quiese profética, que, sobre la firme base de sus páginas, se ha realizado con una tensión interior sin decadencias. Es que cuando detrás de las cosas hay un corazón fuerte, un alma inquebrantable, esas mismas cosas, henchidas de virtualidad, se agitan y rebasan los límites estrechos de lo efímero, la mezquina condicionalidad de lo transitorio.

Corazón fuerte, alma inquebrantable... Hemos querido decir Joaquín García Monge, el digno director de *Repertorio Americano*.

García Monge fué alumno del Instituto Pedagógico de Santiago durante los primeros años del novecientos. El mismo lo recuerda:

"Pienso en Chile, y ya me acuerdo con ternura de la generosa juventud universitaria (Toystoy? Zola? Kropotkin?) que conocí del 1901 al 1903. Por cierto que en su seno recogí alientos que han sustentado mi devoción perdurable—sin engañifas políticas—por la causa de la cultura popular".

Palabras que honran por igual a nuestra nación y a quien las escribiera.

Si alguna deuda contrajo García Monge con Chile, es indudable que ya la canceló de sobra, haciendo por multiplicar los valores espirituales de América Latina en una incansable jornada tan honrosa. Hasta producirse el caso singular de ser nosotros, ahora, sus deudores.

Al escribir esta breve glosa— más vale tarde que nunca— no hemos querido sino agradecer el cálido homenaje que *Repertorio Americano* rindiera a nuestra patria con motivo del pasado 18 de septiembre. Efectivamente, la entrega del 14 de dicho mes, que comprende los números 899 y 900, reúne, en el apretado fajo de sus páginas, una buena cantidad de los mejores nombres de nuestra literatura: Gabriela Mistral, Amanda Labarca, Joaquín Cruchaga Santa María, Emilio Rodríguez Mendoza, Samuel A. Lillo, Pablo Neruda, Juan Marín y muchos otros. A todos los cuales encabeza el Excmo. señor don Pe- Aguirre Cerda, en efigie y estudio, este último debido a la pluma ágil del joven poeta chileno, Alberto Baeza Flores, actualmente en Cuba.

Hemos dejado para el postrer momento el nombre de Norberto Pinilla. El colaboró, desde acá, con García Monge, en la materialización del homenaje cotarricense. Solicitó trabajos de nuestros escritores, comprometiendo a algunos y entre promesas y olvidos lamentables pudo, a satisfacción, cumplir su cometido. Es de notar su contribución particular acerca de la pintura chilena contemporánea.

El Sur de Concepción y el que esto escribe se complacen en expresar, desde estas columnas, al gran americano García Monge, los más profundos agradecimientos, a nombre de la verde Frontera chilena.

AIDO TORRES PÚA

(*El Sur*. Concepción, Chile, 3-XI-40).

Un bello homenaje a Chile

Joaquín García Monge, el eminente hombre de letras y pensador costarricense, editor y animador del semanario *Repertorio Americano*, poderosa palanca espiritual puesta al servicio incondicional de la cultura y del progreso intelectual de nuestro Continente, ha rendido un soberbio y emocionante homenaje a nuestro país, dedicándole los Nos. 19 y 20, editados conjuntamente, del Tomo XXXVII de aquella brillante publicación.

Por las treinta y tantas páginas que contiene esa edición del *Repertorio Americano*, desfilan, suscribiendo magníficas producciones sobre nuestro país, las mejores plumas de Chile de Costa Rica, Cuba y otras naciones latino-americanas. En su portada vemos la reproducción de un espléndido dibujo al lápiz de la cabeza de S. E. el Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda, y en el cual, el autor supo captar en toda su intensidad y profundidad, el gesto varonil y pleno de hondas preocupaciones por el bien de sus semejantes que caracteriza a la personalidad espiritual de nuestro Primer Mandatario.

En sus páginas interiores, se ha reproducido de los Anales de la Facultad de Comercio y de Economía Industrial de nuestra Universidad, un notable trabajo sobre los deberes actuales de la juventud chilena, firmado por el entonces Decano de esa Facultad y hoy Jefe de nuestro Estado, don Pedro Aguirre Cerda. Además vienen: Historia de un chileno, conferencia dada por Alberto Baeza Flores, Cónsul de Chile en La Habana, sobre la vida y formación espiritual, cultural y política de don Pedro Aguirre Cerda; Andrés Bello, por Emilio Edwards B., Embajador de Chile en Colombia; Síntesis de Chile, por Guillermo Eduardo Feliú; Arte Popular y fragmento del Canto General a Chile, por Pablo Neruda; la Tradición de la Verónica, por Valentín Letelier; Chile, por Víctor Lorz; Amor, Alba, Ocaso, por Amanda Labarca Hubertson: Historia viva, fragmentos del Libro "El Golpe de Estado de 1924", por Emilio Rodríguez Mendoza: Semblanza de Samuel A. Lillo, por Eugenio Orrego Vicuña; Recado sobre la Cordillera, de Gabriela Mistral: España contra Chile, por Joaquín Edwards Bello; etc., y otros interesantes artículos firmados por Concha Meléndez, G. Humberto Mata, Juan Marín, R. Brenes Mesén, Olga Poblete de Espinoza, Y. Pino Saavedra, Norberto Pinilla, Guiomar, Magda Portal y poesías de Juan Guzmán Cruchaga. Angel Cruchaga Santa María, Samuel A. Lillo, Nicanor Parra, Antonio de Undurraga, etc.

Cierra tan hermoso como espiritualmente suntuoso homenaje, la inspirada prosa de Joaquín García Monge, vaciada en un artículo titulado "Pienso en Chile..." y que es un emocionado recuerdo de hombres y cosas de nuestra tierra, con quienes el autor mantuviera estrecho comercio espiritual e intelectual durante su lejana y breve estada, entre nosotros.

(*La Hora*. Santiago. Chile. 24-X-40)

Simiente

En todos los escritos de Bacon se halla presente un profundo sentimiento por la miseria de la humanidad. El personaje principal de la Redargutio Philosophiarum *y el hijo (padre) de la Casa de Salomón en* La Nueva Atlántida *expresan la idea baconiana de lo que debía ser el filósofo; y ambos tenían el aspecto de una persona que se compadece de los hombres. Vemos aquí la razón por la cual Bacon ha sido llamado frecuentemente el utilitarista: no porque amara la verdad menos que los demás, sino porque más amaba a los hombres.*

(Robert Leslie Ellis, en *La Nueva Atlántida* de Francis Bacón. Editorial Losada. Buenos Aires, 1941).

—o—

El placer del dominio se complica aún más, es claro, porque en la clase educada está todavía íntimamente aliado a los placeres de la riqueza, del prestigio social y profesional. Su diferencia de los placeres comparativamente sencillos—digamos el placer de una caminata por el campo—está demostrada por el temor al ridículo que los grandes psicólogos, como Sófocles, notan en el dominador; que también es particularmente susceptible, según la misma autoridad, al ridículo o al desafío por parte del sexo femenino. Por consiguiente, un elemento esencial de este placer parecería derivarse no de la sensación misma sino del reflejo de las sensaciones en otras personas, y parece que se puede influir en él por un cambio en esas sensaciones. Está indicada, acaso, la risa como antídoto del dominio.

(Virginia Woolf, *Tres guineas*. Ediciones *Sur*. Buenos Aires. 1941).

Un joven ruso también me viene a la memoria por el entusiasmo excesivo y creo que sin afectación de que dió testimonio. Cuando se le hizo entrar avanzó rápidamente, cogió las dos manos de Kant y las besó. Kant, que por haber vivido mucho entre amigos ingleses había adquirido una buena parte de reserva y dignidad inglesas, y detestaba toda actitud teatral, pareció un poco asustado y quedó muy mucho embarazado ante esta manera de saludo. No obstante, la manifestación de aquel joven correspondía, a lo que entiendo, a sentimientos sinceros, porque a la mañana siguiente volvió de nuevo, se informó de la salud de Kant, se mostró muy ansioso de saber si su vejez le era pesada, y por encima de todo pidió se le diese un recuerdo del grande hombre. Por casualidad el doméstico había descubierto un corto fragmento raspado del manuscrito original de la Antropología de Kant. Con mi sanción lo dió al ruso, que tomó el papel con trasporte, lo besó y entregó al doméstico el único rublo que sobre él tenía. Luego, pensando que no era bastante, sacó su vestido y su chaleco y obligó a aquel hombre a aceptarlos. Kant, cuya natural sencillez de carácter le hacía poco propicio a la simpatía por las extravagancias sentimentales, no pudo, con todo, dejar de sonreír cuando se le contó este ejemplo de candidez y de entusiasmo en su joven admirador.

(Tomás de Quincey. *Los últimos días de Kant*. Madrid. 1915).

Si se considera la perversidad de la naturaleza humana, manifestada sin recato en las relaciones entre pueblos libres —contenida, en cambio, y velada en el estado civil y político por la coacción legal del Gobierno—, es muy de admirar que la palabra derecho *no haya sido aún expulsada de la política guerrera por pedante y arbitraria. Todavía no se ha atrevido ningún Estado a sostener públicamente esta opinión. Acógense de continuo a Hugo Grocio, a Puffendorf, a Vattel y otros —¡triste consuelo!—, aun cuando esos códigos compuestos en sentido filosófico o diplomático, no tienen ni pueden tener la menor fuerza legal, porque los Estados, como tales, no se hallan sumisos a ninguna común autoridad externa. Citan a esos juristas, sinceramente, para justificar una declaración de guerra, y sin embargo no hay ejemplo de que un Estado se haya conmovido ante el testimonio de esos hombres ilustres abandonando sus propósitos. Con todo, el homenaje que tributan así los Estados al concepto del Derecho —por lo menos, de palabra— demuestra que en el hombre hay una muy importante tendencia al bien moral. Esta tendencia, acaso dormida por el momento, aspira a sobrepujar al principio malo —que innegablemente existe—, y permite esperar también en los demás una victoria semejante. Si así no fuera, no se les ocurriría nunca a los Estados hablar de derecho cuando se disponen a lanzarse a la guerra, a no ser por broma, como aquel príncipe galo que decía: "La ventaja que la Naturaleza ha dado al más fuerte es que el más débil debe obedecerle."*

(Kant. *La paz perpetua*. Madrid. 1919).

—o—

Si el intento de Kant de fundar la fe religiosa en la conciencia moral ofrece ciertos inconvenientes, por otra parte es de aplaudir que haya hecho independiente la moralidad de la religión; pero más aún: ha sometido la religión a la crítica de la conciencia moral. Es preciso que todo cuanto las Iglesias nos presenten como revelación o precepto divinos, soporte nuestro examen moral, y el único culto valioso que puede tributarse a Dios es la intención seria de obrar bien. La pretensión de adorar a Dios de otra manera que por la conducta moral lleva fatalmente a lo que Kant llama "adoraciones de fetiches" o "falsos cultos de Dios". La creencia de que la fe religiosa sincera puede ser muy favorable a la realización de la moral, es perfectamente compatible con la convicción de que la vigencia de la moralidad es independiente de la religión.

(A. Messer, *Historia de la Filosofía*. Revista de Occidente. Madrid. 1927).

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Variaciones sobre el indio

(En el *Rep. Amer.)*

Aunque nos duela

Sí, aunque nos duela, es necesario reconocer que el hombre que vive o vegeta en las ciudades del continente sudamericano—es decir, nosotros, es el ser que menos interés tiene para el sabio o escritor extranjero.

El mestizo, descendiente de india y blanco o de blanca e indio, y el mulato, descendiente de negra y blanco o de blanca y negro, son, para esos sabios o esos escritores, seres sin originalidad alguna. Y el criollo, hijo de blancos, que suele tener el orgullo de serlo, parece ser el menos original de todos, ya que, careciendo de todo lo que carecen los demás, carece, por añadidura, de la tragedia de ser hijo de padres de diverso origen.

El interés está en la pureza

Mientras más mezclado es el sudamericano, menos interés parece tener. El interés está, comi siempre y en todas las cosas, en dirección a la pureza. Los primeros mestizos fueron sin duda seres interesantísimos. En ellos veían, frescas aun, recientes, las huellas de dos razs que se habían fundido. Su mentalidad y su estructura física resultaban atrayentes por lo nuevas. Pero, a medida que se fueron mezclando entre ellos, esas huellas desaparecieron, adquiriendo el mestizo un tipo con caracteres propios, recientes también, pero ya sin aquel interés que se perdió en las mezclas. El mestizo llegará a tenerlo cuando, transcurridos los siglos, sus caracteres cristalicen y produzcan resplandores propios.

El interés humano

Todo esto, claro está, mirado desde un punto de vista extranjero. Si lo miramos desde un punto de vista interno, personal, la cosa es diferente, pues el mestizo el mulato y el criollo tienen indefectiblemente, el interés que todo ser humano tiene con sólo serlo. Pero este interés no tiene valor sino para nosotros mismos, y el mestizo, el mulato y el criollo deberán crear, utilizando sus propios medios espirituales, los hombres, escritores o filósofos, que interpreten y expresen ese interés.

Más cerca del indio

Mientras más cerca se está del indio, mayor es el interés. Prueba de ello es que las mejores novelas sudamericanas, "Los de abajo", "La vorágine", "Don Segundo Sombra", "La serpiente de oro", son aquellas que tratan seres en que el indio está a flor de piel. "Martín Fierro" es, de este modo, una obra cuyo mayor valor está en la semi-pureza de sus personajes. Y Guillermo Enrique Hudson, el admirable escritor y sabio anglo-argentino, debe gran parte de su riqueza emocional, ya que no espiritual, pues lo espiritual le es propio, a la suerte de haber conocido y tratado en su infancia aquellos gauchos, animales casi puros, que tan bellamente describió después en sus libros. Y el interés de "La guerra a muerte", de Vicuña Mackenna, y de algunos de los mejores cuentos de Horacio Quiroga, reside en lo mismo. E igual cosa podría decirse de "La serpiente emplumada", de D. H. Lawrence.

El indio resplandece

Los mestizos sudamericanos encontramos opaco al indio medio civilizado. Estamos demasiado cerca de él y no nos dice nada, así como el abuelo analfabeto no le dice nada al nieto que va ya en el segundo año de los estudios de humanidades. Además, nuestro espíritu está orientado en otra dirección, va hacia otra cultura, y el indio, desgraciadamente, el indio que conocemos y tratamos no tiene ya dirección ni va hacia ninguna cultura. Todo eso fue cortado en él.

Pero no todos son indios semi-civilizados en Sud América y muchos que lo parecen no lo son. En las selvas del corazón de América del Sur viven seres humanos, indios, animales puros, que resplandecen de vida original. Muchos son aun absolutamente desconocidos, y otros, más conocidos, no han sido sino rozados por el blanco, que no ha podido ni podrá en muchos años destruir su alma virginal. Viven en medio de un mundo mágico, y sus costumbres, sus ritos, sus creencias, su modo de vivir, son, para los hombres de ciencia,— estnólogos, antropólogos,— así como para los que únicamente obedecen al placer de explorar y de tomar películas científicas o meramente artísticas, de un interés único.

La selva y el hombre

Numerosas expediciones recorren continuamente las márgenes del Amazonas, río enorme, navegable en una extensión de diez mil kilómetros. Pero las expediciones no hacen más que rozar la selva, esa "selva sádica y virginal" de que habla José Eustacio Rivera. No hay huellas. Las pistas abiertas hoy amanecen cegadas mañana. La selva la impide todo y protege al indio. Los habitantes de esa inmensa región no han construído, como los quechuas o los aztecas, imperio alguno, y una de esas razas, la de los jíbaros, dividida en tres ramas—achuales, huambizas y aguarunas,—ocupa una extensa región del oriente ecuatoriano, sin que haya entre ellas ninguna relación, fuera de la del lenguaje y de las costumbres. Son grupos nómades y cada agrupación tiene su jefe y su brujo. No son agricultores, mineros o comerciantes, y esto, que se debe a la presencia inamovible de la selva, es lo que ha impedido la formación de vastas agrupaciones humanas. Y esto es también lo que los ha salvado de la destrucción, pues allí donde el indio americano se agrupó, trabajó, construyó ciudades y acumuló, en consecuencia, riqueza, fué donde el blanco penetró a sangre y fuego y destruyó para siempre su célula económica, mágica y social.



(Cuadro de *Exequiel Plaza*)

Todavía espera

La selva amazónica, así como nuestros hielos continentales y gran parte de nuestra Patagonia, espera a los hombres que habrán de conquistarla. Allí donde los incas, con Huayna-Capac a la cabeza, se rompieron las manos y los dientes, y donde los españoles y sus poblados fueron destruídos por veinte mil indios "plus excités que diables", como dice Bertrand Flornoy, no será fácil entrar. Mientras tanto, los ojos de los indios, así como sus almas, resplandecen, puros, en medio de la oscuridad del gran "matto"

MANUEL ROJAS

De todos los cambios que la Primavera produce uno sólo interesaba todavía a Kant, poniéndole lánguido e imprimiendo a su actitud una avidez y una intensidad de espera que era casi doloroso contemplar: la vuelta de un pájaro (ignoro si gorrión o jilguero), que cantaba en su jardín y ante su ventana. Este pájaro, fuese el mismo o su sucesor en la serie de generaciones, había cantado durante años en el mismo sitio, y Kant se inquietaba cuando en tiempo frío tardaba en desaparecer y en volver el pájaro. Como lord Bacon, tenía un amor infantil por los pájaros todos, y en particular se esforzaba en estimular a los gorriones a que formasen su nido debajo de las ventanas de su gabinete de trabajo. Cuando esto acontecía, y era frecuente, a causa del profundo silencio que reinaba en aquella habitación, gustaba su canto con la delicia y la ternura que otros ponen en un interés humano.

(Tomás de Quincey, *Los Ultimos días de Kant*. Madrid. 1915).